

erskine | *en busca*  
caldwell | *de bisco*



oo  
Lectulandia

Mezcla brillante y originalísima de encuesta y reportaje, en la que se relata un viaje del autor por el Sur de los Estados Unidos, *En busca de Bisco* de Erskine Caldwell es un documento humano y social de un valor inapreciable. Inspirado en el recuerdo del pequeño Bisco, un muchacho negro de la aldea de White Oak, en Georgia pueblo natal del autor, que fue el único compañero de juegos de su niñez, el viaje que éste emprende en su busca, medio siglo después, tiene un valor claramente simbólico. No se trata de un retorno nostálgico al pasado, ni de una evocación retrospectiva de los años infantiles, sino del noble intento de mostrar en el presente actual la pervivencia de los mismos prejuicios de raza que le separaron para siempre del mejor amigo de su infancia. Personificación mítica de todos los hombres de su raza, la misteriosa figura del negro Bisco, a quien el autor no habrá de encontrar jamás, es el símbolo de los negros del Sur, condenados a trabajar como esclavos en una tierra donde no se les permite vivir como seres humanos. De ahí que el errabundo vagabundaje del escritor viajero en busca del antiguo compañero de juegos de su niñez, sea un mero pretexto para describir las costumbres y formas de vida y el medio humano y social en que viven Bisco y sus hermanos.

Enfocado desde un punto de vista esencialmente humano, lo que este libro nos ofrece es, en primer término, un certero y lúcido análisis del espíritu y la mentalidad que condicionan la conducta del blanco sureño, anglosajón y protestante, frente al negro descendiente de esclavos. En segundo lugar, un cuadro desapasionado y objetivo de las condiciones de vida en que se mueven los negros del Sur, víctimas no sólo de la segregación racial, sino de una monstruosa injusticia social y económica. Escrito con una clásica simplicidad, que acredita al novelista de raza, y con una lucidez despiadada, que no excluye un amor entrañable por su tierra nativa, este libro, que recoge por igual la voz doliente de los negros y el odio irracional e instintivo de los supremacistas blancos, es tal vez el documento más revelador del trágico problema racial que desgarró los Estados del Sur, producido en la literatura americana de los últimos años.

**Lectulandia**

Erskine Caldwell

# **En busca de Bisco**

ePub r1.0

Titivillus 14.07.16

Título original: *In Search of Bisco*

Erskine Caldwell, 1965

Traducción: Andrés Bosch

Fotografía de cubierta: *Grandson of tenant farmer whose father is in the penitentiary* (North Carolina, 1939)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

El lugar en que por vez primera me di cuenta de las diferencias que el color de la piel establece entre los seres humanos fue, precisamente, la tierra en que nací. Ocurrió en una granja solitaria, que se alzaba en un paisaje de colinas de roja arcilla y bosques de pinos, en el corazón del condado de Coweta, en la zona media de Georgia. El conocimiento de la existencia de una línea divisoria entre las gentes de piel blanca y las de piel negra llegó a mí de una manera súbita, repentina.

Según recuerdo, corría la primera década del presente siglo, y yo contaba algo más de cinco años. Mi único compañero de juegos era un muchacho negro, llamado Bisco. Su padre, hombre alto y flaco, trabajaba como aparcerero, con una sola mula, en un campo de algodón inmediato a su casa. La madre de Bisco, grande y de blandas carnes, dejaba que mi amigo y yo nos sentáramos en sus rodillas y nos cantaba melancólicas canciones.

El nombre completo de mi amigo quizá fuera Nabisco o Frisco o Brisco, pero siempre le llamé Bisco, y él a mí, Esk. Teníamos aproximadamente la misma edad, y los dos carecíamos de hermanos y hermanas con quienes jugar.

Bisco tenía el cabello corto y lanudo, la piel achocolatada, el rostro redondo y mofletudo, sonreía anchamente, con la boca abierta, y tanto en invierno como en verano iba descalzo. Cuando jugábamos a lucha libre y los dos rodábamos por el suelo enzarzados en nuestra infantil pelea, briznas de hierba seca, minúsculas piedrecillas y polvo se prendían a su cabello. Y Bisco solía pedir una tregua. Entonces abandonábamos nuestro juego por unos instantes. Bisco se ponía en pie y, con rápidos movimientos de las manos, se limpiaba el cabello. Luego seguíamos con nuestra lucha.

Aquel día, ya tan lejano, después de haber pasado la mañana entera dedicados al juego de la lucha libre, Bisco y yo consumimos las horas de la tarde de otoño jugando con barcos de madera, tallados a mano, sobre la suave y blanca arena, ante la casa de mis padres, edificio de altas columnas, con terraza y cuatro habitaciones. En Georgia, cuando el otoño está ya avanzado anochece pronto, y aquel día las rachas de viento eran frías y húmedas.

En cuanto el sol se puso, Bisco comenzó a temblar. Se sacudió del cabello la arena y el polvo, y dijo que se iba a casa. Le pedí que se quedara para jugar un poco más, pero él contestó que tenía frío, y que quería ir a casa porque allí se calentaría junto al hogar. Vivía con sus padres en una cabaña de una sola estancia, con hogar, situada en medio de un campo de algodón, a un cuarto de milla de mi casa. Desde donde nos encontrábamos, podía ver el humo azulado del fuego de leña de pino que salía de la chimenea de la cabaña de troncos y arcilla, y hasta mi casa llegaba el buen olor de aquel humo.

A la luz de la anochecida, Bisco, castañeteando de frío los dientes, recogió sus barcos y emprendió el camino de regreso a lo largo del sendero que avanzaba por entre las altas zarzamoras. Sin decir palabra, volvió la cabeza atrás varias veces para mirarme, y yo, antes de que Bisco se alejara demasiado, eché a correr tras él.

Había ido a menudo a casa de Bisco para jugar con él ante su casa, pero siempre lo hice durante el día, nunca de noche. En aquella ocasión, tenía tantos deseos de seguir jugando que no me acordé de pedir permiso a mis padres para acompañarle.

Cuando llegamos a la cabaña, los dos temblábamos de frío. La madre de Bisco nos ordenó que nos pusiéramos ante el hogar de ladrillos y nos calentáramos con las azules llamas que despedían las ramas de pino. Era la hora de la cena de Bisco. Su madre nos dio a los dos chuletas de cerdo fritas, acompañadas de torreznos, y caldo caliente en grandes tazones de hojalata. Nos sentamos ante el fuego que crepitaba y comimos con los platos puestos cerca de las llamas.

Tan pronto terminamos la cena, la madre de Bisco lo desnudó y lo llevó a la cama grande y alta, cubriéndole con coloridas mantas de algodón. Mientras la madre abrigaba a Bisco con las mantas, me quité la camisa y los pantalones e intenté meterme en la cama, al lado de mi amigo.

Suave pero firmemente, la madre me cogió de la mano y me llevó ante el hogar, donde me vistió. Mientras esto ocurría, yo no había dejado de rogarle que me dejara quedar en su casa y meterme en cama con Bisco, pero ella meneó negativamente la cabeza y me dijo que mi madre quería que yo volviera a casa y durmiera en mi propia cama. Mis razonamientos, ruegos y lágrimas no surtieron efecto. Con su cálida mano, la madre de Bisco cogió la mía, y por el sendero que cruzaba el campo de algodón me llevó camino de las zarzamoras y de mi casa.

Cuando llegamos a las zarzamoras, vi a mi padre que avanzaba hacia nosotros, con una linterna en la mano. En la oscuridad, cuando mi padre se acercó a mí para llevarme a casa, no parecía estar sorprendido, ni tampoco enfadado, pero cuando comencé a suplicarle que me permitiera volver atrás, para pasar la noche con Bisco, bajo las gruesas y cálidas mantas, vi, a la débil luz de la linterna, que la cabeza de mi padre se movía de uno a otro lado, diciéndome que no.

En el momento en que tuve que soltar la caliente mano de la negra, me eché a llorar. Entonces mi padre me levantó del suelo con un brazo, tras pasarse la linterna a la otra mano. Dejé de llorar y me abracé al cuello de mi padre en busca de calor, de protección, contra el frío de la noche. Mientras a la luz de la linterna avanzábamos hacia casa, me dijo que mi madre quería que yo durmiera en mi casa, ya que así sabía dónde estaba, y que la madre de Bisco también quería que éste durmiera en su cama para poder vigilarlo y no padecer la angustia de tenerlo fuera de casa durante la noche.

Poco antes de llegar a casa, vi a mi madre que nos esperaba en el porche iluminado. Mi padre me dejó en el suelo, y yo corrí hacia ella. Cuando le supliqué que me dejara pasar la noche siguiente con Bisco, me dijo que había llegado el

momento de poner término a estas cosas y que nunca más debía ir a casa de Bisco. Cuando le pregunté por qué, me contestó que yo era blanco y él era negro, y que ya era lo bastante mayorcito para saber que debíamos vivir en casas separadas.

Más tarde, pensé en los llameantes troncos del hogar de Bisco, y en la gran cama cubierta con mantas de colores. Y entonces volvió a dolerme que me hubieran devuelto a casa. Pero mi madre se mostró inflexible, incluso cuando le expliqué que Bisco siempre cenaba chuletas de cerdo fritas y torreznos y caldo caliente. Sin embargo, mi madre me dijo que, si prometía no volver jamás a casa de Bisco, quizá algún día me daría, para cenar, todas aquellas cosas. Me costó mucho hacer a mi madre esta promesa, porque Bisco era mi amigo, y, después de hacerla, me sentí desgraciado, incluso cuando mi madre me dijo que podría poner el plato ante el fuego del hogar y comer exactamente lo mismo que Bisco comía en su casa.

Han pasado muchos años desde el día en que lo anterior ocurrió. Pero, el recuerdo de los hechos y de cuanto ellos suponen permanece en mi mente, claro, pletórico de significado e inalterable.

El lugar de mi segundo recuerdo de la vida de los negros americanos se encuentra cerca del Mississippi, junto a una carretera vecinal, en las tierras oscuras, blandas y bien regadas por las lluvias, del condado de Tipton, en la zona occidental de Tennessee. Tenía yo alrededor de los catorce años y estudiaba el octavo curso de segunda enseñanza.

Una tarde del mes de septiembre, recorría solo, a lo largo de la embarrada carretera, el trayecto de tres millas que separaba la escuela de mi casa. A mitad de camino, vi un grupo formado por unos doce hombres blancos, granjeros y leñadores, que hablaban muy excitados, ante la tienda de víveres en el cruce de carreteras. Serían las cuatro de la tarde. La tierra todavía despedía el calor acumulado durante el verano. Los hombres vestían ropas de trabajo, sucias y manchadas de barro, y se tocaban con sombreros de paja requemados por el sol, tal como solían entre semana. Me senté sobre los hierbajos que crecían en el borde de la cuneta, al otro lado de la carretera, preguntándome qué había podido ocurrir para que aquellos hombres gesticulantes, gritones y habituales masticadores de tabaco, hablasen con tanta excitación.

No era raro que los sábados por la tarde se reuniera un buen grupo de granjeros y leñadores blancos en la tienda de la encrucijada, y que también se formara un grupo de negros que hablaban entre sí, separados de los demás. Sin embargo, la semana estaba tan sólo mediada, y allí no había ni un negro.

Cuando llevaba cerca de un cuarto de hora sentado en la cuneta, demasiado lejos para poder oír lo que decían, comencé a sentir deseos de enterarme de cuál era el acontecimiento que inducía a aquellos hombres a hablar con tanta pasión. Normalmente, los granjeros y leñadores reían, y en sus conversaciones surgían momentos de silencio. Pero en aquella ocasión no hubo ni una sola risa, no dejaron de hablar ni un instante, e incluso eran varios los que hablaban al mismo tiempo. Crucé

la carretera y me acerqué a ellos para escucharles.

En los tiempos que entonces corrían, un muchacho en edad escolar jamás se hubiera atrevido a formular una pregunta directa o a terciar en una conversación, cuando los mayores estaban reunidos ante una tienda de pueblo, a no ser que se lo pidieran. El muchacho capaz de cometer tal error se exponía a que le dieran un sopapo o a recibir en un ojo un salivazo impregnado de tabaco.

Tantos eran los hombres que hablaban, sin aquella vaguedad propia de las conversaciones ociosas, que no tardé en juntar los diversos elementos de la historia a que se referían, y enterarme de que un muchacho negro llamado Sonny Brown había sido acusado de violar a una muchacha blanca de veinte años de edad, en una granja situada a dos millas. Según decían, a primera hora de la mañana, Sonny, en vez de esconderse o huir, había acudido como de costumbre al aserradero en el que se ocupaba de cargar serrín. El hermano de la muchacha, su padre, y otros hombres blancos acudieron al aserradero, colgaron a Sonny en un árbol y le remataron a tiros.

Yo no conocía a la muchacha de que hablaban, pero había oído decir a algunos compañeros de estudios, mayores que yo, que bastaba con obsequiar a esta chica con una bolsa de caramelos o de bombones, para que se aviniera a ir al bosque y a desnudarse ante la vista de su acompañante. Los chicos mayores decían que la muchacha, después de desnudarse y de comerse los bombones, siempre pedía la unión carnal. Casi todas las tardes de los sábados había visto a Sonny en la tienda de la encrucijada, y aquel verano habíamos ido juntos, dos veces, a pescar en el Blue Creek.

Mientras escuchaba, la discusión que los hombres sostenían adquirió violencia y sus voces se elevaron de tono. Algunos decían que tenían la certeza de que la muchacha, que durante los últimos años había sido una prostituta de todos conocida, mintió al asegurar que Sonny la había violado, y que no hubieran debido linchar a Sonny. Otros mantenían que no se podía permitir que un negro que hubiera tenido acceso carnal a una muchacha blanca, fuera o no una prostituta, siguiera con vida. Se cruzaron amenazas entre los hombres que formaban el grupo, y algunos parecían dispuestos a recurrir a la violencia física.

Sabedor de que un muchacho de mi edad no debía quedarse allí, en aquellas circunstancias, ya que, en cualquier momento uno de los presentes era capaz de sacar un revólver y comenzar a disparar, me aparté del grupo y, por la carretera, proseguí el camino hacia mi casa. En las poblaciones de la cuenca del Mississippi corrían a menudo rumores de linchamientos, y de vez en cuando los periódicos traían noticias de que efectivamente habían ocurrido. Los hechos de esta naturaleza no eran raros en los ardientes meses del verano y a principios de otoño.

Durante mucho tiempo, me pregunté cómo podía un negro demostrar, antes de ser linchado, que no era culpable de violar a una muchacha blanca dada a inducir a chicos de menos de veinte años, blancos y negros, a que le dieran caramelos a cambio de fornicar con ella.

La zona occidental de Tennessee está lejos de la zona media de Georgia, pero no pude evitar preguntarme si lo que le había ocurrido a Sonny podía también pasarle a Bisco.

Las tierras llanas de arena arcillosa que se encuentran bajo la altiplanicie de Piedmont, en el condado de Jefferson, zona oriental de Georgia, fueron el escenario en que por tercera vez fui testigo del vivir de los negros sureños. Todavía guardo un vívido recuerdo. Entonces tenía yo unos dieciséis años, y los hechos a los que voy a referirme ocurrieron en un período en el que pasé todas las tardes de los domingos, durante el verano, en el recinto de un penal en el que vivían unos penados negros, encadenados, con grilletes y bolas de hierro.

Los reclusos, vestidos con pantalones y camisas a rayas blancas y negras, trabajaban seis días a la semana, de sol a sol, en las carreteras del condado. Por todo alimento se les daba una taza de caldo y una mazorca de maíz, tres veces al día. Por la noche, se les encerraba, con grilletes, cadena y bola, en unas jaulas portátiles, de hierro, de unos seis pies de longitud. Sólo gozaban de cierta libertad, sin que ello significara liberarse del grillete, la cadena y la bola, durante el domingo. El domingo era su día de descanso.

Las esposas, los hijos y los amigos o conocidos negros no estaban autorizados a penetrar en el recinto del penal en momento alguno. Sin embargo, cual si los penados tuvieran el privilegio de poder exhibirse, los guardianes no impedían que los blancos entrasen en el recinto los domingos y estuvieran con los presos, hasta que éstos eran encerrados en las jaulas al anochecer.

Comencé a ir al penal, los domingos por la tarde, no impulsado por la curiosidad, sino porque conocía a uno de los penados negros. Se llamaba Roy, y cuando contaba quince años comenzó a trabajar como mozo en casa de un vecino, en la ciudad. Cuando tenía dieciséis fue acusado de haber robado en el patio interior en el que trabajaba, un pesado caldero de hierro empleado para hacer la colada. Pese a que el caldero pesaba demasiado para que un hombre solo pudiera levantarlo, y a que no fue vendido como chatarra, Roy fue condenado, por el delito de hurto, a la pena de dos años de trabajos forzados en el penal del condado.

Yo tenía la certeza de que Roy no había robado el caldero, no sólo porque éste pesaba demasiado, sino también porque él me dijo que no lo había robado. Le traté durante más de un año, antes de ser condenado, y sabía que no me había mentado.

De todos modos, Roy se encontraba en el penal y no había probabilidad alguna de que le soltaran antes de cumplir la pena de dos años. Comencé a visitarle los domingos por la tarde. Roy me limpiaba los zapatos, y yo le ofrecía traerle lo que me pidiera. Desde que le conocí, Roy me recordó mucho a Bisco. No tenía la menor idea de cuál podía ser el aspecto físico de Bisco a los dieciséis años, pero los tres teníamos la misma edad, y yo recordaba que Bisco era mulato, igual que Roy. Además los dos

sonreían con la boca abierta, y en sus ojos aparecía idéntica chispa de afecto. Cuando visitaba a Roy, me parecía que visitara a Bisco.

En el penal, hacerse limpiar los zapatos costaba cinco centavos. Estas eran las únicas ganancias que un condenado podía obtener, y de ellas debía deducir el precio del betún. Como sea que allí había cuarenta negros o más, y que los domingos casi nunca acudían a visitarles más de doce personas, raro era el preso que se ganaba los cinco centavos.

Al principio, cuando daba a Roy la moneda de cinco centavos a cambio de sus servicios, me la devolvía pidiéndome que con aquel dinero le comprara un paquete de picadura y papel de fumar. Pronto cogí la costumbre de comprar la picadura antes de ir al penal, y de dársela a Roy al llegar. Después de darme las gracias, Roy liaba un pitillo, que fumaba a lentas chupadas, mientras los ojos le brillaban de gratitud. Después, se pasaba una hora limpiándome los zapatos, mientras charlábamos sobre los temas más diversos.

A veces, Roy y yo hablábamos de *baseball*, de caza y de pesca, y otras de algún accidente que había sufrido alguien de nuestra ciudad, o de un crimen o de un incendio. Los penados siempre se inventaban chistes, y Roy me contaba los últimos puestos en circulación. Algunos presos solían entretenerse con un juego consistente en recitar, en una interminable cantilena, versos improvisados en alabanza de aberraciones y deseos sexuales, pero Roy decía que el juego le parecía muy vulgar y que prefería no intervenir en él. Siempre me preguntaba si sabía cómo se encontraba su madre, y si había visto a alguno de sus hermanos o hermanas. Y, al fin, cuando me disponía a irme, le pedía si quería que le trajese algo, además de la picadura, en mi próxima visita.

Como si creyera que me pedía un favor demasiado oneroso, me indicó que si alguna vez llegaba a tener diez centavos le gustaría comprar dos paquetes de picadura, con lo cual podría fumar durante toda la semana. Poco después comencé a traerle los dos paquetes, y una lata de betún, cuando Roy la necesitaba.

A fines de verano, poco antes de que los presos fueran trasladados a un campamento en otro lugar del condado, a unas quince millas, pregunté a Roy qué era lo que más le gustaría que le trajera, además de lo que ya le traía. Sin dudar un instante, como si lo hubiera pensado largo tiempo, dijo que, después de la picadura, lo que más le gustaría recibir era unas chuletas de cerdo fritas, las mayores chuletas de cerdo que se pudieran encontrar en el planeta.

Los guardianes no permitían la entrada en el recinto con paquetes, salvo los de picadura y las latas de betún, por lo que los visitantes del domingo por la tarde eran registrados a la entrada, en busca de limas y pistolas. Pese a esto, yo creía que me sería fácil pasar de contrabando las chuletas de cerdo, por el procedimiento de ponerlas dentro de la camisa y mantener los brazos pegados al cuerpo. El siguiente domingo por la mañana freí, en casa, cuatro chuletas, las envolví por separado en papel de periódico y me las puse debajo de la camisa.

Aquella tarde, el guardián que solía estar de servicio había sido substituido por otro más joven, a quien yo jamás había visto. Cuando llegué a la puerta, me detuvo y me dijo que alzase los brazos, para poder cachearme, no fuera que ocultara pistolas y limas. Apenas levanté los brazos, vi aparecer en el rostro del guardián una sonrisa de experto en la materia, y noté que sus manos habían tropezado con las chuletas. Primero me dijo que la próxima vez debía envolver las chuletas en otra clase de papel, para evitar que la grasa me manchara la camisa, tal como había ocurrido. Y después, mientras yo cruzaba la puerta, añadió que si volvía a hacerlo quizá me ganase en la ciudad la reputación de ser aficionado a los negros.

Mientras Roy se comía las chuletas de cerdo, le pregunté si conocía a un muchacho de color llamado Bisco. Sacudió negativamente la cabeza y dijo que jamás había oído tal nombre, pero que le parecía bonito y simpático. Le conté mi amistad con Bisco, cuando éramos chicos, y le dije que los dos se parecían tanto que bien hubieran podido pasar por hermanos.

Entonces, Roy me miró y dijo que un muchacho de color con un nombre así forzosamente tenía que ser un gran chico, y que esperaba que nadie que se llamara Bisco fuese injustamente acusado de haber infringido la ley, y luego condenado a trabajos forzados, o muerto a tiros por un hombre blanco. Me acordé de lo que le había ocurrido a Sonny en Tennessee, me fijé en el grillete en la pierna de Roy, con la cadena y la bola, y entonces le dije que también yo esperaba lo mismo.

El Sur de los Estados Unidos de América es la zona, geográficamente unitaria, formada por Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Mississippi, Arkansas y Luisiana. También es un concepto —una especie de purgatorio o de paraíso terrenal— y, a menudo, una iniquidad económica, un anacronismo social, una autocracia política y una tiranía racial.

Incluso después de situar los Estados fronterizos de Virginia, Carolina del Norte, Kentucky y Tennessee al otro lado de la línea Mason-Dixon, es decir si trazáramos ésta con un criterio más realista —pese a lo cual todavía quedarían al norte del feudal horizonte sureño—, la zona comprendida entre Carolina del Sur y Luisiana es el verdadero «Profundo Sur», tanto en la realidad como en la literatura.

Pero esta tierra es ante todo la Tierra de Bisco. Tras haber sido toda su vida un negro norteamericano, Bisco probablemente conoce tan bien como el que más las alegrías y las penas de esta tierra. Ir en busca de Bisco por el Profundo Sur ofrece la posibilidad de contemplar su tierra natal, tal como él la ve.

Esta región de fértiles campos de cultivo y florecientes industrias parece constituir un agradable sector de Norteamérica, alejado e aislado de las plagas económicas y sociales propias de cualquier otro lugar de los Estados Unidos. Allí se vive en paz y tranquilidad. El clima es benigno y el paisaje espectacular. Las gentes son acogedoras, e incluso los recaudadores de contribuciones piden disculpas al cumplir con su deber.

Todo sería perfecto en este país amable y fácil, si sólo hubiera una clase de sureños que se considerase con derecho a heredar las riquezas y las bendiciones de esta tierra. Pero no es así. Hay otra clase de sureños que tienen legítimo derecho a reclamar su parte en la herencia, una parte que han merecido plenamente, tras más de doscientos años de sudor, laboriosidad, penalidades y humillaciones. Hace ya mucho tiempo que se les debe una porción equitativa de la herencia de todos.

El sureño desheredado es el negro. Tras un largo período de esclavitud, servidumbre, injusticia y discriminación, el negro del Sur se atreve al fin a pedir cuentas. Pero las deudas contraídas fácilmente son las últimas que se pagan. El sureño blanco, protestante y de origen anglosajón, se resiste hasta el límite de sus posibilidades, sigue posponiendo la rendición de cuentas y promete el pago, en forma de igualdad de oportunidades económicas y de derechos, civiles, para un mañana que nunca llega.

La práctica de idear métodos para impedir que los negros trabajen en una industria, ocupación o profesión, no es una consecuencia de la imprevisión, es plenamente intencional. La vieja promesa de pagar la deuda no se ha cumplido jamás. La lógica deducción derivada de esta realidad resulta obvia, pero no se puede

expresar lisa y llanamente. La deuda no se paga porque los deudores piensan «Son negros... ¡Que se vayan al cuerno!».

Este conductor de camión tiene cuarenta y cuatro años, vive en un viejo chamizo construido con planchas de madera deterioradas por el sol, la lluvia y el viento, en una calle sin pavimentar, polvorienta y embarrada, en el pueblo de Kershaw, Carolina del Sur, que se alza sobre una colina arenosa. Esta tierra arenosa sólo produce juncos y raquíuticos pinos, pero sus habitantes siguen allí porque allí nacieron y porque es su tierra. Forma un cinturón de tierra arenosa, a lo largo de todo el Estado, bajo la línea de la altiplanicie de Piedmont, de los montes Apalaches y Blue Ridge, cuya anchura nunca supera cincuenta millas, y que desde antiguo ha sido la causa de la pobreza de muchas generaciones.

El camionero negro tiene un empleo consistente en lavar y engrasar automóviles, los viernes y los sábados, en una cercana estación de gasolina. Este es el único trabajo que ha podido encontrar. Los restantes días de la semana se queda en casa, y allí procura alentar la esperanza de que cualquier día encontrará un empleo, como conductor de camión, que ocupe totalmente su jornada laboral. A menudo, pero no tan a menudo como quisiera porque teme irritar con su insistencia al encargado blanco, acude al muelle de carga de la compañía de transportes en camión, y pregunta si hay alguna posibilidad de que le den un empleo. Siempre le dicen que por el momento no hay vacante alguna, pero que quizá mañana la haya. Y ahora, el camionero comienza a temer que cuando al fin la empresa se decida a contratar un negro para el trabajo de conducir los camiones en los largos trayectos, él quizá sea ya demasiado viejo.

En un periódico ha visto un anuncio en grandes letras. Lo mira y sacude la cabeza desalentado. El anuncio dice:

«Conductores con experiencia, los precisa inmediatamente compañía de transportes en camión a larga distancia. Excelente retribución y seguros. Dietas durante los viajes. Trabajo estable, sin despidos temporales».

El camionero dijo que si no supiera ya de qué se trata, hubiera acudido al instante a la empresa anunciante, en vez de quedarse en casa. No, el anuncio no habla de blancos ni de negros, no hace referencia alguna al color de la piel, pero nadie ignora la realidad. Para ser contratado hace falta ser blanco. De nada sirve tener un imaculado historial de conductor de primera especial, presentar un certificado librado por un médico blanco en el que éste jure que uno goza de una salud perfecta, y ser capaz de colocar un camión con remolque, de veinte ruedas, en una plataforma de carga, con nueve pies de anchura, que sólo da un margen de seguridad de seis pulgadas a cada lado. No, de nada sirve. Si uno es negro como yo, no le contratan, dice el camionero.

Cuando tenía veinte años me llamaron a filas, ya que, por lo visto, me necesitaban, y entré en el servicio poco después de que comenzara la última guerra. Al principio, en el ejército me pusieron en el taller de motores, luego pasé a ser

engrasador, y al cabo de seis meses ya conducía camionetas de un lado a otro del campamento. En realidad esto no significa mucho. Pero luego vino lo bueno. Me dieron un camión frigorífico, con remolque, de diez toneladas, con el que todas las noches tenía que hacer un recorrido, de ida y vuelta, de ciento cuarenta millas, por cuenta de intendencia. A eso le llamo yo vivir en la Tierra de Promisión.

Y esto es lo que hice en el ejército durante unos dos años. Cuando la guerra terminó no quise abandonar el camión. Me reenganché por cuatro años más, sólo para poder conducir aquellos trastos. Y puede estar seguro de que sabía llevarlos de manera que los grandes motores ronroneaban como si fueran máquinas de coser recién estrenadas, y que no me hicieron ni un solo arañazo en la pintura. Entonces yo era el hombre más feliz y orgulloso del cuartel.

Cuando al fin dejé el ejército y me volví a casa, podía agarrar un motor de camión, fuese de gasolina o diésel, y montarlo y desmontarlo con los ojos cerrados. Eso es lo que aprendí en el ejército, y todavía puedo hacerlo tan bien o mejor que cualquier camionero de los que conducen por esas carreteras. Me enseñaron a conocer cuál es el ruido que debe hacer el motor y el escape, cuando con el camión cargado hasta los topes uno sube una cuesta empinada.

Esta es la vida que me gusta llevar, y esto es lo que quiero hacer. Cuando regresé a casa, después de los seis años en el ejército, estaba seguro de que encontraría un empleo estable en una empresa de transportes, y de que conduciría camiones de un extremo a otro del país. Tal como dije antes, esto es lo que más me gustaba, lo que más me gusta ahora, y lo que más me gustará mientras viva. Pero desde el principio me di de narices contra un muro. Nadie quiso contratarme. No quieren contratar a las gentes de mi color.

Encontré algún que otro trabajo, como temporero, a tanto la hora, consistente en conducir camionetas de media tonelada, en tareas de carga y descarga por la ciudad, pero resultaba que siempre aparecía un blanco que quería mi trabajo, y entonces me lo quitaban y se lo daban a él. A fin de cuentas, el único trabajo fijo que pude obtener fue ese de limpiar y engrasar, en la estación de gasolina, los viernes y los sábados, aunque a eso no se le puede llamar trabajo fijo, en realidad, y yo no quiero pasarme la vida dedicado a un trabajo que no me ocupa toda la semana. Tal como ahora están las cosas, no gano lo suficiente para que mi mujer y mis tres hijas vivan en una casa decente, y tampoco pueden comprarse las ropas que precisan. Me abochorna ver a las tres chicas salir de casa todos los días, para ir a la escuela, vestidas como van, con ropas remendadas.

Vivo esperando que llegue el momento en que pueda lograr un buen empleo para conducir un camión con remolque, de tres ejes, y llevarlo hasta Florida, y luego a Nueva Jersey, y a todos esos sitios a los que van los camioneros blancos. Puedo conducir cualquier clase de camión, por grande que sea, y cuanto más grande mejor. Me sé el código de circulación de cabo a rabo. Y sé encontrar los desvíos y rutas para los camiones, en cualquier ciudad. Jamás me he quedado clavado en la carretera, y en

mi vida he dado un susto a un conductor de turismo. No, no lo digo para alardear; es la pura verdad. Lo que pasa es que no quieren contratar a negros. Y todavía me dicen que soy un hombre con mucha suerte porque los viernes y los sábados trabajo en la estación de gasolina. Saben perfectamente que con tales bobadas no pueden engañarme, pero, a pesar de todo, me lo dicen.

Les pregunto cómo es posible que todo lo que aprendí en el ejército no me sirva para nada, ahora. Y siempre me contestan lo mismo. Ahora le voy a decir cómo funciona la cosa. Como sabe, en las carreteras principales hay muchos restaurantes y cafés para camioneros. Hay muchos, en todo el país. Pero, todos los que se encuentran en esta zona, solían tener un cartel prohibiendo la entrada a los negros: «RESERVADO EL DERECHO DE ADMISIÓN». Algunos lo han quitado, pero eso nada significa, ni siquiera teniendo en cuenta que las leyes sobre derechos civiles dicen que a uno no pueden expulsarle de uno de esos establecimientos. Siempre encuentran el modo para que uno tenga que irse sin comer. Siempre pueden darle a uno un *desaire*, y, luego, decir que uno andaba buscando camorra. Con eso basta. Entonces telefonan al *sheriff* o a la patrulla de carreteras, y les dicen que uno ha alterado el orden o cualquier cosa por el estilo. Ya sabe lo que esto significa para un negro como yo. Una multa gorda o la cárcel, o las dos cosas.

El encargado blanco de la empresa de transportes siempre me habla de eso, cuando yo voy a pedirle trabajo. Dice que la compañía no puede arriesgarse a que un camión con una carga de valor se quede en la carretera, donde cualquiera puede robar la mercancía, mientras yo voy a la cárcel por haber armado camorra. Dice que él no puede evitar estas cosas, porque su trabajo no consiste en recorrer el país para procurar que todos los camioneros negros puedan comer en los paradores en vez de ir a la cárcel.

El blanco de la compañía de transportes sabe que soy un buen conductor. Él mismo me lo dijo. Una vez logré que me dejara conducir uno de los grandes camiones de la empresa, por la carretera, durante tres o cuatro millas, con él sentado a mi lado. Cuando hubimos regresado al muelle de carga, me dijo que yo conducía mil veces mejor que él y que de buena gana me contrataría. Dijo exactamente eso. Pero no me contrató. Me dijo que lo sentía mucho, pero que no podría en tanto las cosas siguieran tal como están. Le pregunté que cuánto creía que duraría eso. Dijo que tan sólo Dios lo sabe, pero que Dios no hablaría porque tenía miedo de que los blancos se enfadaran tanto que dejaran de ir a la iglesia y de pagar a los predicadores.

Estuvo muy amable y me habló como a un amigo, de veras. Y por esto yo le dije que en casi todos los pueblos, junto a la carretera, hay casas de comidas para los negros, y que podía ir a ellas, y ni acercarme siquiera a los lugares en que los blancos no me dejan entrar. Me dijo que sí, que ya lo sabía, pero que a pesar de todo no podía contratarme. Dijo que los camiones pesados de su empresa no deben apartarse de las carreteras bien pavimentadas, y que no pueden entrar en las de tierra apisonada porque en éstas, cuando llueve, se ensucian, y además, mientras yo estuviera en el

restaurante, podían hundirse y quedar aprisionados en el barro. Yo tampoco quiero correr esta clase de riesgos, y que se me quede el camión clavado, y que mi historial de conductor resulte perjudicado por una mala nota. No, yo no soy un hombre de esta clase. De todos modos, seguramente ha de haber algún modo de salir de este laberinto y de conseguir que los negros puedan obtener esta clase de empleo. No me parece justo que la situación esté tal como está. Todos los que conducen camiones por las carreteras del país deben tener derecho a pararse de vez en cuando para comer e ir al retrete y lavarse un poco, sin correr el riesgo de tener una pelea e ir a parar a la cárcel por alterar el orden público.

Las leyes sobre derechos civiles dirán eso y lo otro, pero los blancos siempre encuentran maneras de burlar la ley. A partir de ahora, no sé lo que va a ocurrir, pero algo habrá de ocurrir, porque los negros lo estamos intentando con todas nuestras fuerzas. Cuando los jóvenes comenzaron a sentarse en el suelo para protestar y a hacer cosas semejantes en todo el país, no parecía que pudieran llegar muy lejos, sin embargo se ha avanzado mucho desde entonces. Quizá parezca que no hagan gran cosa, pero hay que avanzar paso a paso, y cada paso tiene una importancia enorme porque las gentes de color carecieron siempre de una base desde la que comenzar.

Y ahora comenzamos a tener una buena base. Algunos viejos están asustados porque temen que los blancos se enfaden, pero no llevan razón. No puedo culpar a los viejos de tener miedo, porque han estado dominados por los blancos durante toda su vida, y creen que las cosas no pueden cambiar. En nuestros días, los jóvenes negros reciben muy buena educación y no se asustan de nada. Esto es lo mejor de cuanto ocurre ahora en favor de los negros.

Ahora, el mayor problema consiste en que los blancos están acostumbrados a salirse siempre con la suya y quieren seguir dominando. Conste que no digo que todos los blancos sean así. Muchos de ellos están a nuestro lado. Los que más nos perjudican son los que más hablan y hacen discursos que salen en los periódicos. Una de las cosas de que no dejan de alardear es la construcción de bonitas escuelas para nuestros hijos, y es verdad que las construyen, pero con eso no basta. Se limitan a hacer esto y no se preocupan de que los profesores obtengan una buena preparación en las universidades. La mayoría de los profesores no saben más que sus propios alumnos. Me consta porque mis tres chicas cursan secundaria, y me lo dicen.

Son estos políticos de quienes hablan los periódicos los que no me dejan conducir un camión desde aquí a Florida para buscar un cargamento de naranjas, y pararme a comer cuando tenga hambre. Yo no quiero comer en sus lujosas cafeterías, ni dormir en sus hermosos moteles. Ellos dicen que eso es lo que nosotros queremos. Parece que ignoren que un hombre como yo, aun si recibiera una buena paga, no se gastaría el dinero en eso, sólo por el placer de hacerlo. Soy lo bastante sensato para no malgastar el dinero ganado con el sudor de mi frente.

Le voy a decir qué haría yo con ese dinero. Alquilaría una casa en la que mi familia pudiera vivir a gusto. Y esta casa no estaría ahí, en el barrio de los blancos, no

señor. Tendría mucho gusto en poder segregarme, por propia voluntad, aquí en mi barrio, junto a las gentes de mi raza.

No es raro que el confiado forastero recién llegado a la Tierra de Bisco sienta cierta simpatía hacia las ideas del sureño blanco que le dice, y sus palabras parecen sinceras, que él es el mejor amigo que jamás haya podido tener el negro americano. Este blanco nacido en el Sur está, evidentemente, convencido, y es capaz de convencer al forastero, de que los negros saben por propia experiencia, y lo aceptan de buen grado, que su única oportunidad de vivir en paz y felicidad se da cuando viven segregados social, política y económicamente.

Quien por primera vez visita el Sur, sienta o no simpatía por tales ideas, no tarda en advertir que esta postura propia del racista blanco sureño es ya tradicional en el Profundo Sur. Se trata de una concepción que ha regido la vida de los sureños durante muchas generaciones. Al principio, la actitud feudal de los blancos tenía su base en una presunta superioridad racial y en el indiscutible egoísmo de orden económico. Después, los sureños, avergonzados por la existencia de abrumadoras pruebas de su feudal comportamiento, modificaron ligeramente su comportamiento con el fin de crear unas apariencias de elegante caridad y compasión hacia los negros. Sin embargo, en los años siguientes a la Guerra Civil, a los negros no les quedó más remedio que seguir viviendo en una forma modificada de esclavitud, y al sentar esta afirmación debemos prescindir de los motivos, bien o mal intencionados, que dieron lugar a esta realidad.

Durante los cien años siguientes, en las zonas agrícolas del Sur, y en especial en los campos de algodón, la vida de los negros se desarrolló en un estado de esclavitud coactivamente impuesto. Obligados por la necesidad, trabajaban a cambio de salarios irrisorios que tan sólo les bastaban para proveerse de lo más indispensable en materia de alimentos, ropas y habitación. Así, al obtener la libertad tras un siglo de esclavitud física, el negro quedó inmediatamente esclavizado por los vínculos de la servidumbre económica durante cien años más.

A lo largo de este período, los negros fueron considerados como rehenes de la riqueza, o como huérfanos predestinados de clase inferior que debían estar eternamente agradecidos de que se les protegiera de los peligros de un hostil mundo exterior. El pago por esta protección que les daban sus espontáneos benefactores debía consistir en la ciega obediencia y la servidumbre sin la menor queja. Si no pagaban este precio, el castigo era privarles de comida y vestido, o simplemente el latigazo. Y si estos medios no bastaban para reducirles a la obediencia, cabía el recurso de utilizar las temibles incursiones nocturnas o las actividades del Ku Klux Klan.

En los raciales años sesenta de este siglo, una nueva generación de negros, bien preparados y conscientes de sus derechos humanos, llegó a la mayoría de edad y se

rebeló contra el aislamiento y la segregación. Este despertar de una raza otrora dócil atenta contra las actitudes tradicionales de los blancos sureños, desde Carolina del Sur hasta Luisiana. Centenarias tradiciones corren peligro de extinguirse.

Como consecuencia de lo anterior, habrá blanco sureño que se convierta en enemigo de los negros y en teórico, a propia hechura, de la supremacía blanca. Otros, políticamente más astutos, se adherirán a una doctrina de calculada moderación de los prejuicios raciales. Y otros, que a su decir son mayoría, proclamarán muy alto que ellos saben mejor que nadie qué es lo que más conviene a los infantiles negros, y se aprestarán a protegerles de las peligrosas actividades de agitación llevadas a cabo por forasteros que no pueden comprender una realidad exclusivamente sureña. Aun cuando en la actualidad son minoría, también existen en el Profundo Sur hombres con clara visión que luchan para que el negro norteamericano alcance plenamente los derechos de ciudadanía que le corresponden.

Por la región central de Carolina del Sur, desde las colinas arenosas al norte hasta la llanura costera al sur, cruza en diagonal una ancha franja de tierra fértil llamada «tierra mulata». Esta tierra fue cultivada por vez primera en el siglo XVIII, por esclavos *gullah* que la trabajaron desde el río Pee Dee hasta el Savannah, y colmaron de riqueza a un sinfín de propietarios.

La «tierra mulata», llamada así por ser una mezcla de arena, arcilla y limo orgánico, resulta ideal para el cultivo del tabaco, el algodón y los cereales. Ni siquiera el hecho de haberse extraído de esta tierra una inmensa riqueza durante las décadas en que los esclavos la trabajaron bastó para esquilmarla, y ahora, en estos años en que se cumple el primer centenario de los avatares de la Guerra Civil, el cultivo científico y mecanizado obtiene de aquellos campos cosechas todavía mayores que en los tiempos pasados.

Las modernas formas de explotación agrícola sustituyen a los braceros por maquinaria y productos químicos, por lo que los descendientes de los antiguos esclavos *gullah* se ven obligados, poco a poco, a abandonar su trabajo y sus casas. A medida que disminuyen las ganancias de los obreros, baja su nivel de vida, y se convierten en víctimas de la moderna pobreza, en una tierra de abundancia.

El negro dedicado a las faenas agrícolas, desplazado por las máquinas y los productos químicos, arrasada su cabaña por otras máquinas que proporcionan mayor extensión de tierra de cultivo o de pastos, se encuentra en un callejón sin salida. Acompañado por su familia, emigra inevitablemente a la más cercana ciudad, donde pretende encontrar otro trabajo. Lo más probable es que en su nueva residencia se vea obligado a alojarse en una inhabitable vivienda de dos o tres cuartos, en la zona segregada, la zona del sur. Si tiene suerte, encontrará un trabajo de temporada, en el campo, que le mantendrá ocupado durante algunos meses, o quizá le contraten, de vez en cuando, para cuidar el césped de los jardines, o para recoger y transportar basura. Pero mientras él y los suyos viven en la estrechez, la fértil «tierra mulata» produce a su alrededor nueva riqueza.

Un hombre blanco nacido en el Sur, devoto protestante, entre los cincuenta y sesenta años de edad, con título de enseñanza secundaria, está tras el mostrador de su tienda de víveres, y habla de sus convicciones:

Conozco muy bien el problema, y creo que ya es hora de que la gente sepa la verdad. Nosotros nos preocupamos seriamente para procurar el bienestar a los negros. Si alguna vez usted les oye quejarse, ello se debe a que los forasteros les inducen a quejarse, o a pensar que deben quejarse.

Por esto no queremos que aquí vengan estos medio-blancos de Georgia. No sé el nombre de ninguno de ellos, ni me interesa saberlo. Es posible que uno de ellos se llame Bisco, y también es posible que todos se llamen Bisco, igual da. De todos modos, algunos de ellos aseguran que son predicadores, y otros dicen que han estudiado en la universidad, pero la verdad es que todos no son más que agitadores, lo mismo que estos yanquis blancos con sus espectáculos de televisión y su «sí, señor negro». Ya sabe a lo que me refiero. Son esos programas de televisión que nos dan desde el Norte, con sus «señores-negros» que se dan la mano entre sí y se mezclan con blancos, como el «señor» Sammy Davies, el «señor» Harry Belafonte, el «señor» Louis Armstrong, el «señor» Nat King Cole... Esto es lo que mete ideas absurdas en la cabeza de nuestros negros.

Ahora le voy a explicar cuánto nos preocupamos por el bienestar de los negros. El año pasado hicimos un parque, en uno de los mejores solares de la ciudad, destinado a los negros, y lo hicimos para que tuvieran su parque propio, igual que los blancos. Y no es esto todo. Con dinero procedente de los impuestos que nosotros pagamos, construimos nuevas escuelas para los negros, que ahora son mucho más modernas que los viejos edificios a los que van los niños blancos. Como puede ver, los negros no tienen ninguna razón para quejarse del trato que les damos. Quienes de verdad tienen derecho a quejarse son los niños blancos, que todos los días pasan, al ir a los viejos edificios en que están instaladas sus escuelas, ante los modernos colegios de los negros. Las gentes de color no se hubieran quejado de sus antiguas escuelas si el gobierno de Washington no hubiera emprendido aquella campaña de agitación sobre proporcionar a los negros nuevas escuelas que fuesen tan buenas como las nuestras, olvidando que nosotros hemos trabajado durante toda la vida para lograr lo que tenemos, y que ellos no han trabajado. Los gobernantes de Washington no obraron con justicia al obligarnos a dedicar el dinero de nuestros impuestos a este fin. Parece que en la actualidad los votos terminan por favorecer a los políticos que no nos interesan.

El blanco sureño calla. Entra un viejo trabajador negro, vestido con un mono de trabajo viejo y roto, y calzado con zapatos también rotos, y compra una libra de tocino y un paquete de sémola. El blanco dueño de la tienda coge el dinero, lo mete en la caja registradora y dice al negro que no dude en volver a la tienda, tan pronto tenga dinero para comprar algo más. Espera a que el negro salga, y dice que el dinero de las gentes de color tiene el mismo valor que el de los blancos, y que siempre ha

procurado hacerse con él. Luego, sigue su explicación.

No sé por qué diablos hablan tan mal de nosotros, de los sureños. Tiene que ser por ignorancia o por maldad. Ahora, en los diarios, uno no hace más que leer que alguien del Norte ha dicho que nosotros hacemos discriminaciones que perjudican a los negros. Ya ha visto cómo he aceptado sin ningún empacho el dinero de este negro. Vendo a los negros igual que a cualquier otra clase de gente. Si no les vendiera mis mercancías, el negocio no rendiría lo suficiente para permitirme terminar el mes sin deudas. Tonto sería si no lo hiciera. La mitad de los géneros los vendo a negros.

Verdaderamente, no sé lo que les ocurre a los del Norte. Allí nunca faltan los agitadores que dicen que obligamos a los negros a vivir allí donde nosotros queremos, y no donde ellos quieren. Y esto es falso. Las gentes de color están acostumbradas a vivir juntas, y eso es lo que los buenos negros quieren. Aquí no hay ni una sola ley que les prohíba mudarse a una casa situada en nuestra parte de la ciudad. Y tampoco hay ley alguna que les obligue a quedarse en su zona sur. Pero, cuando en una ciudad imperan las buenas costumbres, tal como ocurre en la nuestra, el gobierno no tiene por qué dictar leyes en contra de ellas.

Lo que pasa es que nunca habrá un negro que reúna el dinero bastante para comprar o alquilar una casa en nuestra zona de la ciudad. Las gentes de color son pobres. Incluso tienen dificultades en pagar los pocos dólares que les cuesta el alquiler de una vivienda en su propia zona. Soy propietario de unas cuantas casitas, allá, en la zona sur, y sé cuánto me cuesta conseguir que me paguen los alquileres que me deben. Siempre se quejan, y dicen que quieren que les instale agua corriente, y que quieren un retrete con agua dentro de la casa, en vez del retrete con pozo que hay fuera, y se lamentan de que hay goteras, y de que el porche se encuentra en mal estado y va a derrumbarse de un momento a otro. Pero esto no son más que excusas para no pagar el alquiler, y yo no hago el menor caso de las quejas de este estilo.

Tampoco hay que temer que un médico negro o un profesor o alguien de esta clase que haya ganado dinero pretenda comprar o alquilar una casa en nuestra zona. No, y le diré por qué. Todas las fincas de nuestra parte de la ciudad son propiedad de blancos, y ningún blanco venderá o arrendará la casa a un negro. Ninguno de nosotros haría una cosa así. Puede usted estar seguro.

Me consta, porque, no hace mucho, algunos de nosotros nos reunimos con los agentes de la propiedad inmobiliaria y hablamos del asunto. Todos los agentes dijeron que nos daban su palabra de honor de que jamás intervendrían en una negociación de compra de una vivienda en la zona blanca por parte de un negro, aunque ello les costara dejar de ganar dinero.

Cuando tuvimos esta reunión, alguien preguntó qué ocurriría si, en virtud de las cláusulas de un testamento, la ley exigiera que se vendiera en pública subasta una casa o un terreno de nuestra zona. Esto es un problema serio, porque si en un testamento hay una cláusula como la dicha, la ley exigirá su cumplimiento. Pero no tardamos en solucionar la cuestión. En la reunión había algunos abogados que nos

dijeron cómo salir del atolladero.

Nos aconsejaron que cuando surgiera un problema como éste, procurásemos solucionarlo sin promover escándalos, con orden y tranquilidad, como buenos comerciantes. De este modo, lo arreglaríamos sin dificultad. Y ahora voy a explicarle lo que nos dijeron los abogados.

Si en la subasta hubiera un negro que pujara más que nadie y adquiriese la propiedad de una casa en nuestra zona, unos cuantos de nosotros iríamos a verle y le hablaríamos seriamente, para convencerle de que más le valdría escuchar nuestros argumentos y vendernos la casa a toda prisa.

Este procedimiento quizá requiera tiempo y muchas conversaciones, porque a lo mejor surgen agitadores que dan su apoyo al negro en cuestión, sin embargo nosotros no dejaríamos de ejercer presión hasta obligarle a vender. Le recordaríamos lo bien que nos hemos portado con los negros, y le diríamos que seguiríamos portándonos bien, siempre y cuando se mostrase dispuesto a avenirse a razones. Le indicaríamos que tampoco debía olvidar que nosotros, con nuestro dinero, construimos nuevas escuelas para los negros y les destinamos un parque para ellos solos. Y le diríamos que nos molestaría mucho vernos obligados a dejarles otra vez sin el parque y sin las nuevas escuelas.

Después, les recordaríamos que hemos accedido a que los negros vayan una vez a la semana al cine al aire libre, en la explanada al este de la ciudad, para que igual que los demás ciudadanos vean cine desde el interior de sus automóviles. Si los otros argumentos no surtieran efecto, éste sería decisivo. El cine al aire libre, para verlo desde los automóviles, es algo que los negros no están dispuestos a perder. Para ellos, la noche de cine es la gran noche, la mejor noche de la semana.

Los negros decentes saben cuánto hemos hecho en su beneficio, y no quieren volver a los tiempos en que no tenían nada. Desde luego, también es cierto que entre ellos hay revoltosos que siempre piden más y más, y a quienes nada parece bastante. Esos últimos son aquellos a quienes no les da la gana contentarse con lo que tienen. Tan pronto obtienen algo, como el parque y el edificio de la escuela para negros, comienzan a protestar de nuevo, y dicen que quieren cualquier otra cosa.

Pero, en general, los negros decentes se avienen a razones, si nosotros les hablamos. Son como niños, y es preciso saber tratarlos, igual que hacemos con nuestros hijos cuando les damos una bolsa de caramelos para que obedezcan. Si nosotros no les tratáramos así, si no supiéramos cómo tratarlos, los negros de esta tierra no tardarían en desbocarse y en comenzar a cometer barbaridades.

Si los gobernantes de Washington dejaran de dictar leyes en favor de los negros, éstos no nos causarían problemas. Durante toda mi vida, el café de al lado ha tenido el cartelito diciendo que allí no se sirve a los negros. Cuando el gobierno ordene que quiten este cartel, para favorecer a los negros, y los negros entren en el café, puede usted estar seguro de que yo dejaré de ir.

Aquí, en la tienda, vendo mercancía a los negros, pero aquí los negros se quedan

en pie, e inmediatamente después de pagar se largan. Pero no estoy dispuesto a ir al café, sentarme a una mesa y comer en su compañía. Aquí es donde yo pongo un límite, y le aseguro que no pasaré de este límite. Ni siquiera el ejército logrará que vaya contra mis propios principios.

Y mis principios son tan rígidos en cuanto hace referencia a vivir en la vecindad de un negro, como en lo que respecta a comer en la misma habitación en que él come. En la reunión de que le he hablado, alguien dijo que debíamos pensar un poco en lo que habría que hacer, en el caso de que mandaran al ejército para proteger a un negro que intentara mudarse a una casa de la zona blanca de la ciudad, si es que este negro se las hubiera arreglado para comprar legalmente la casa, y, luego, no hubiera hecho caso de nuestros consejos.

De veras no sé lo que ocurriría si este negro estuviera amparado por la ley y protegido por los soldados, pero estoy seguro de que algo ocurriría. Desde luego, preferiría que no llegara esta ocasión, porque creo firmemente en la posibilidad de vivir en paz con los negros, siempre y cuando vivamos separados. Pero si el negro de que hablaba se mudara a la casa de la zona blanca, y se quedara en ella, pese a haber sido advertido por nosotros de que no debía hacerlo, puedo asegurarle que en esta ciudad hay mucha gente que piensa como yo, y que esta gente no se quedaría tranquilamente en casa al llegar la noche.

Conste que no le he hablado de teorías y zarandajas de este tipo, pero recuerde aquel párrafo de la Biblia que habla de uno que se sentó sobre un montón de cenizas. Bueno, pues esto es lo que yo pienso. Imagino que ya sabe a qué me refiero.

A juicio del muchacho de doce años que, hace mucho tiempo, vivía en las tierras altas del condado de Newberry, Carolina del Sur, no muy lejos de la meseta de Piedmont, aquel tío suyo que decía saber la razón por la que no todos los negros tienen la piel del mismo color, sino que los hay más claros y más oscuros, era, sin duda alguna, el hombre más sabio del planeta.

En aquel entonces, según yo recordaba la imagen de Bisco, vista algunos años atrás, en la zona media de Georgia, mi amigo tenía la piel del color del chocolate, propio de los mulatos, y yo creía que todos los negros del mundo tenían el mismo color que Bisco. Pero un día, mi tío y yo vimos, en la estación del ferrocarril, a un negro que hablaba *gullah*, y que había venido a Newberry desde Charleston, para predicar en la iglesia Bautista Africana.

La estatura de este predicador, de piel brillante y negra como el carbón, no era superior a la de los demás negros, y sus ropas tampoco se diferenciaban de las de los demás, pero era tan negro que parecía haber sido tiznado con hollín. Y se me ocurrió que seguramente había llegado directamente de África, y no de un lugar de Carolina del Sur.

Mi tío había estado en Charleston, y dijo que podía distinguir, con sólo echarle una ojeada, a un negro de habla *gullah*, procedente de las tierras bajas de Carolina, en cualquier sitio que lo viera. Y, más todavía, dijo que podía reconocer a un *gullah* incluso en la más total oscuridad, sin necesidad de verle, porque los *gullahs* hablan un extraño dialecto gutural que ni siquiera los otros negros comprenden. Dijo que si uno quería saber la impresión que causa oír un idioma extranjero, le bastaba con cerrar los ojos y escuchar a un *gullah*.

Los negros que acudieron a la iglesia Bautista Africana no pudieron comprender ni media palabra del sermón que les largó el predicador *gullah*. Dijeron que hablaba en una lengua tan rara que no había posibilidad de que el predicador les despertara sentimientos religiosos, ni siquiera en el caso de que les predicara una semana, sin parar. Así es que en vez de predicar los siete días de la semana misional, tal como estaba previsto, el ministro *gullah* hizo tan sólo un sermón, pasó una sola vez la bandeja y cogió el primer tren con destino a Charleston.

Recuerdo que, según me dijo mi tío, los negros de las tierras bajas de Carolina del Sur eran llamados *gullahs* porque así sonaba la palabra que pronunciaban cuando intentaban decir que los tratantes de esclavos los habían traído de Angola. Como sea que los esclavos procedentes de Angola que trabajaban en las plantaciones de Carolina no recibieron enseñanza alguna, y por esto no pudieron aprender el inglés, se inventaron un dialecto propio, resultado de sus intentos de dar la pronunciación inglesa de sus vigilantes blancos a las palabras de su idioma africano.

Mi tío dijo que los blancos de las tierras bajas, tras tratar durante muchos años con los *gullahs*, al término de la Guerra Civil, aprendieron el dialecto *gullah*, lo cual les permitió entenderse con ellos cuando iban a comprar a las tiendas y darles órdenes cuando los tenían a su servicio, sea como domésticos, sea como braceros. Desde entonces, los blancos de Charleston comprenden a los *gullahs* cuando hablan entre sí, y los *gullahs* les comprenden a ellos, pero las gentes de las tierras altas de Carolina jamás han podido entender el habla de estos negros.

Entonces fue cuando pregunté a mi tío por qué algunos negros eran de color de chocolate o tostado, como Bisco, y otros tenían piel negra como el carbón y brillante, cual ocurría en el caso del predicador *gullah* de Charleston. Me dijo que ya era yo lo bastante mayorcito para saber estas cosas, y que iba a explicármelo.

En primer lugar, me dijo que no iba a explicarme lo que hay de bueno y lo que hay de malo en la mezcla de razas, porque la mejor manera de educar a un muchacho consistía en dejar que piense por sí mismo acerca de estas cosas, a fin de que llegue a sus propias conclusiones sobre lo bueno y lo malo de la vida.

Después, dijo que cuando los primeros negros fueron traídos desde Angola, África Occidental, y vendidos en los mercados de esclavos de Charleston, todos ellos eran tan negros como el predicador *gullah* que habíamos visto. La mayoría fueron destinados a las grandes plantaciones de las tierras bajas, cerca de Charleston, y no penetraron en el interior del país, pero algunos fueron transportados a las tierras altas de Carolina del Sur, a cien o doscientas millas de Charleston, para dedicarlos al trabajo en pequeñas granjas.

Los esclavos que vinieron al condado de Newberry quedaron diseminados en pequeños grupos, de modo que en cada granja había una mujer y dos o tres hombres. Las tierras de las granjas tenían una extensión muy inferior a las de las plantaciones de la zona baja, por lo que los granjeros no necesitaban tantos hombres como los dueños de las plantaciones, ya que éstos solían explotar miles de acres. Si entre los esclavos que fueron transportados desde Charleston a las tierras altas había niñas y mujeres ello se debía a que los dueños de las granjas querían tener hembras, a fin de que los esclavos se reprodujeran.

Mi tío dijo que con este sistema los granjeros de las tierras altas hacían un buen negocio. Cuando los hijos de los esclavos alcanzaban cierta edad, podían comenzar a trabajar o ser vendidos con un margen de beneficio. Cuando la Guerra Civil terminó, había *gullahs* en todo el Estado. Y entonces comenzaron a aparecer los primeros mulatos. Sus padres eran los soldados de la Confederación, así como los soldados yanquis, de modo que, cuando uno veía a un mulato, a un cuarterón o a un ochavón, podía tener la certeza de que no tenía que buscar mucho para descubrir su parentesco con una familia blanca. Dijo que en el condado de Newberry había visto algunos negros y blancos que casi parecían gemelos, salvo por el color de la piel.

Le pregunté qué diferencia había entre un mulato, un cuarterón y un ochavón, y por qué razón Bisco tenía la piel de color mucho más claro que la de su padre o la de

su madre.

Me dijo que quizá no podría comprenderlo hasta que fuera un poco mayor, pero que la mezcla de razas era un tema del que oiría hablar el resto de mi vida, y que por mi propio bien debía enterarme de cómo comenzó la cosa.

Según me dijo, si Bisco tenía la piel más clara que la de sus padres, ello se debía a que por sus venas corría más sangre blanca. Dijo que ésta era la única razón. Si uno mezcla lo blanco con lo negro saldrá un color intermedio, más claro o más oscuro según las proporciones de la mezcla. Cuando las razas se mezclan por primera vez, el color resultante suele ser castaño, y cada vez que la raza vuelve a mezclarse a partir del castaño, el color se clarifica más y más. Y si la raza sigue mezclándose llega el momento en que nace un ser cuyo color es tan claro que bien puede pasar por blanco.

Sin embargo, dijo mi tío, no se trata de un milagro ni mucho menos, no hay nada misterioso en ello. Se trata de algo puramente natural. A veces, esto ocurre cuando un chico blanco, que vive en el campo o en una ciudad pequeña como ésta, no puede encontrar una chica blanca con la que hacer algo, sexualmente hablando, o es demasiado tímido para intentarlo. Además, un muchacho de quince o dieciséis años a veces siente la necesidad de dar expansión a sus impulsos viriles, y puede ser que encuentre a una linda muchacha negra que le haga saber de un modo u otro que está dispuesta, con mucho gusto, a que él haga lo que quiere hacer con ella.

Cuando se da esta situación, el color no cuenta, lo que cuenta es la chica. Ya sabes que algunos chicos mayores van al bosque, de día, al terminar las clases en la escuela, o que salen de casa, de noche, inmediatamente después de cenar. Bueno, en realidad no siempre ocurre lo que antes te he contado, ya que a veces los chicos forman grupos para masturbarse todos a la vez, y hasta ponen algo ante ellos, a modo de blanco, a ver quién le da. Pero muchas veces se dirigen al bosque o salen de casa para ir en busca de una chica negra. Y entonces, si la muchacha tiene un niño, resulta que ya hay otro mulato, u otro cuarterón en el mundo. Los blancos, en su mayoría, prefieren no hablar de estas cosas y fingen que las ignoran, pero eso es algo que debes saber, antes de que llegues a la edad de hacerlo.

Después, le pregunté si las chicas blancas tenían también hijos mulatos. Meneó negativamente la cabeza, con mucho énfasis.

No, no señor. Quizás ocurra en el futuro, pero ahora, en Carolina del Sur, eso es tan raro como ver a un albino paseando por la calle. He oído decir que alguna vez ha ocurrido, pero nunca he tenido pruebas fehacientes. No sé a qué se debe, pero la verdad es que las muchachas blancas no parecen tan inclinadas como los chicos a mezclarse con otras razas. Lo único que se me ocurre para explicar este fenómeno es que probablemente tendrán buenas razones para evitar la promiscuidad racial. Quizá tengan miedo de que si dan a luz a un niño mulato, las echen de casa y tengan que vivir ocultas hasta el fin de sus días.

El riesgo de tener un hijo mulato es una de las cosas que, por lo general, inhibe a una chica blanca. Y las mujeres saben proteger su honestidad con una fortaleza

increíble, cuando quieren. Pero mejor será que dejemos este asunto, porque tampoco voy a dedicarme a ir por ahí y preguntar a las mujeres qué piensan sobre este asunto. No tengo cara para eso.

Mi tío todavía no me había explicado por qué razón el predicador negro venido de Charleston era más negro que todos los negros que yo había visto en mi vida, en cualquier lugar del Sur. Mi tío, que había vivido en Virginia y Carolina del Norte, así como en Carolina del Sur, dijo que iba a explicármelo.

Dijo que las plantaciones de las tierras bajas de Carolina eran las mayores, y sus propietarios los más ricos de todo el país. Los dueños de las plantaciones compraron negros *gullahs*, llegados directamente de África, a los tratantes de esclavos, y los hicieron trabajar agrupados, mientras que, por la noche, los encerraban. Entre los esclavos había muy pocas muchachas y mujeres mayores —sólo las imprescindibles para cocinar y hacer los trabajos caseros—, y cuando una tenía un hijo, éste eran tan negro como los restantes *gullahs*.

Además, los propietarios de las plantaciones no necesitaban mujeres para que tuvieran hijos, como ocurría en el caso de los granjeros de las tierras altas. Los de las plantaciones podían comprar esclavos en pública subasta o encargar a los tratantes que se los trajeran de África, lo cual les resultaba más barato que criarlos en la plantación. Para ellos era antieconómico el tener que proporcionar techo y comida a los hijos de los esclavos, hasta el momento en que tuvieran doce o catorce años y fueran lo bastante robustos para trabajar como hombres en el campo.

Más todavía: para evitar que los capataces y guardianes blancos sintieran deseos de mezclarse con las esclavas *gullahs*, lo cual habría producido la consecuencia de que nacieran unos niños con cuyos gastos el dueño de la plantación no quería cargar, hicieron venir de Inglaterra a mujeres blancas, para que los capataces y guardianes escogieran entre ellas y se casaran. Esta es la razón por la que las mujeres *gullahs* de las tierras bajas no tuvieron ocasión de parir hijos mulatos, y la razón de que la raza se conservara puramente negra.

Luego, cuando la Guerra Civil terminó y los *gullahs* fueron liberados, la mayoría fue a vivir a Charleston, y allí se quedaron. Charleston es la ciudad en la que desembarcaron, al llegar de África, y quizá pensaban que allí podrían subir a bordo de un barco que los devolviera a su país.

Sin embargo, Charleston es una pequeña ciudad casi rodeada de ríos y bahías, como una isla, y la gente que allí vive, sea *gullah*, sea blanca, suele quedarse en ella hasta que le llega la hora de la muerte. Tan sólo unos cuantos *gullahs* de Charleston, muy pocos, que resultaron mulatos, tienen cierta propensión a dejar la ciudad para ir al Norte. Estas son las razones de que en Charleston haya *gullahs* pura sangre en número suficiente para que su raza sea la más negra que cabe encontrar fuera de África.

Pregunté a mi tío si creía que los padres o los abuelos de Bisco fueron *gullahs* procedentes de Charleston.

Me dijo que no le parecía probable. Los *gullahs* no gustaban de alejarse de su tierra. No tenían instintos migratorios. Siempre se quedaban en sus lugares, y así lo hicieron, incluso después de ser liberados de la esclavitud. Y ello se debía a que estaban siempre esperando que llegara a Charleston el buque que los devolviera a África, y no querían exponerse a perderlo y quedarse en América.

Los esclavos de Georgia era *geechees*, y los *geechees* comenzaron enseguida a producir mulatos, cuarterones y ochavones, y niños del más claro color. No sé de qué punto de África proceden, pero desde el principio se les llamó *geechees*, y *geechees* se les sigue llamando. Les dieron este nombre porque cuando llegaron de África y se les desembarcó en Savannah, inmediatamente fueron llevados a más de cien millas hacia el interior, a lo largo del río Ogeechee, y vendidos en subasta a los propietarios de las plantaciones de la zona media y oriental de Georgia. Estas plantaciones eran mucho más pequeñas que las de las tierras bajas de Carolina, y allí el precio de los esclavos era mucho más alto que en el puerto de recepción. Esta es la razón por la que quedaron tan desparramados a lo largo y ancho de Georgia, y por la que cada plantación tenía tan pocos esclavos.

Dijo que en Georgia se daba una específica característica, consistente en que, en el interior, las mujeres esclavas se cotizaban tanto como los hombres, por cuanto allí criar esclavos resultaba más barato que comprarlos en Savannah.

Además, en aquellos tiempos las mujeres blancas no abundaban en Georgia, y, por otra parte, había muchas muchachas *geechees*. Por lo que resultaba lógico que los propietarios blancos las dedicaran a los trabajos caseros y faenas por el estilo, en vez de mandarlas a trabajar la tierra. Lo que pretendo decir es que las mejor parecidas probablemente se quedaron en casa del propietario, a disposición de éste, día y noche, para facilitar las relaciones sexuales.

Y ésta es mi teoría sobre las razones por las que los *geechees* de Georgia no tardaron en tener la piel clara.

Le pregunté si un negro como Bisco prefería tener el color claro a tenerlo tan negro como los *gullahs*.

Mi tío dijo que no había modo de saber lo que Bisco pensaba al respecto, pero que todos los mulatos, cuarterones y ochavones que él conocía no se quejaban de tener la piel clara. Dijo que algunos estaban tan orgullosos de ello que incluso formaban una especie de sociedad aristocrática, a la que quizá Bisco pertenecía.

En los años treinta del presente siglo, la fértil tierra de cultivo de la zona oriental de Georgia no era más que un desolado paisaje de miseria. Un implacable desgaste económico había devastado la región. Las gentes vivían atormentadas por penalidades sin fin. Fueron diez años de depresión económica y psíquica. Las granjas hipotecadas pasaron a ser propiedad de los prestamistas, tras el correspondiente juicio; las empresas comerciales quebraron; los médicos aceptaban gallinas en pago de sus servicios; los abogados se mostraban contentos si sus clientes, para pagar las minutas, les entregaban cerdos y vacas; el obligatorio pago de los impuestos destruyó hogares sólidamente fundados, y se extinguieron las esperanzas de dar educación a los hijos.

Son muchos los habitantes de la Tierra de Bisco que todavía recuerdan vívidamente este desastroso período de los años treinta, en el que la lucha de todos los días consistía en obtener lo necesario para la simple supervivencia física. Los billetes de un dólar parecían ser los únicos que pasaban de mano en mano, y quedaron desgastados, mugrientos, algunos de ellos rotos, por lo que no era raro que alguien uniera sus pedazos con un imperdible. Este período es un recuerdo terrible e inolvidable para los miembros de la generación que lo vivió.

Ahora, en los años sesenta, más de una generación después, la rica tierra mulata, entre el río Savannah y el Flint, ofrece el aspecto de una zona jamás tocada por la adversidad, y en ella vive una nueva generación, ya en plena madurez, que sólo de oídas conoce el pasado de su tierra. Las polvorientas carreteras han sido asfaltadas, el ganado pace en las verdes laderas, la diversificación de la agricultura ha dado fin al cultivo de una sola cosecha al año. Allí donde en otros tiempos había grisáceas barracas de madera, ahora se alzan bonitos edificios de ladrillos. Y las plantas industriales, grandes o pequeñas, proporcionan empleos antes inexistentes.

Este hombre nació hace sesenta años y ha vivido aquí durante los cambios antes dichos, por lo que sabe perfectamente lo que han significado, y puede estar contento de haber conocido el presente período de riqueza y prosperidad. Sin embargo, su espíritu no está en paz, y tiene sus razones para ello.

Se encuentra en pie, bajo el deslumbrante sol de Georgia, vuelve la cabeza atrás y mira su sombra en el suelo. Es un granjero, ya retirado, que vive desahogadamente, pero le inquieta pensar en el sino económico y social de aquellos cuyo trabajo tanto contribuyó a proporcionarle el bienestar. Su sombra es el símbolo de su preocupación. Dice que nunca podrá huir de ella.

Voy a decirle qué es lo que me preocupa. Los turistas que vienen a esta parte del país, entre Florida y el Norte, tan sólo ven la superficie de la realidad. Nunca verán lo que hay detrás de la fachada. Contemplan el ganado en los pastos, pasan ante las

bonitas casas de ladrillos al borde de la carretera y ven las nuevas fábricas de la ciudad, pero nunca tienen ni tendrán ocasión de tratar a las gentes escondidas tras las colinas y en los bosques, que no participan de esta prosperidad. Esa gente escondida carece de todo, no tiene nada.

La gente a la que me refiero son los negros. Estos son los que el turista no ve, pese a que no se esconden adrede. Están ocultos porque se les ha ordenado que vivan en la zona segregada de la ciudad, o en el campo, junto a caminos vecinales, en cabañas y barracas que ni siquiera sirven para cobijar vacas o gallinas.

Es así. En nuestros días, los negros se encuentran en una situación todavía peor que aquella en la que se hallaban los blancos en los peores momentos de la depresión, hace treinta años. Los blancos temen que los negros desvíen parte del dinero en circulación, y lo dejen fuera de su alcance. Esta es la razón por la que se les prohíbe abrir una tienda e intentar competir con los blancos. No se les da empleos que impliquen tratar cara a cara con los blancos, a no ser que usted considere que recoger basura es un empleo con esta característica. Pocas son las cosas que pueden comprar, y tampoco pueden construirse una casa o alquilarla, fuera del lugar en que les han ordenado vivir durante los últimos cien años.

Si usted va por ahí y menciona mi nombre, comprobará que la gente habla muy mal de mí. Oirá que me llaman excéntrico, agitador, lunático, aficionado a los negros y mil sandeces más, e incluso dirán que soy comunista profeso. Dicen que incito a los negros a quebrantar las normas de la segregación, y que si supiera defender mis intereses me callaría, o me iría al Norte o a cualquier otra parte.

Pero estoy acostumbrado a que me insulten y ha dejado de preocuparme. Hablar tal como lo hago me ha costado perder a más de un amigo, y creo que todavía perderé otros. Mi mujer nunca hablaba de este asunto, ni en favor ni en contra de los negros, cuando frecuentaba el trato con las gentes de la ciudad —mi mujer murió no hace mucho—, pero ellos la tuvieron en la misma consideración que a mí, hasta el día de su muerte.

No, yo no me preocupo. Especialmente ahora que mi mujer ha muerto, y mis hijos son mayores y viven fuera. He oído que los racistas van diciendo que se proponen venir de noche, quemar una cruz ante mi casa y clavar un aviso en la puerta, pero esto no me hará alterar mi modo de pensar. Soy lo bastante viejo y he pensado sobre este asunto lo suficiente para quedar convencido de que tengo razón. Y cuando uno está convencido de algo no tiene ninguna necesidad de alardear de entereza, basta con seguir adelante y comportarse tal como uno cree que debe comportarse.

Me hice hombre en esta tierra, junto a gentes de color, y trabajé con ellas, codo a codo, durante la depresión y hasta el día en que me retiré, no hace muchos años. Es imposible no tratar a los negros igual que a cualquier otra persona, cuando uno los ha conocido durante toda la vida, como en mi caso. No, no cabe tratarlos de un modo distinto cuando uno se acuerda de los días en que en su compañía abría la fiambarrera

de la comida, en el campo yermo en que teníamos que trabajar o en un cultivo de algodón, y al mediodía almorzaba con ellos, a la sombra de un níspero, y les oía explicar sus problemas, y, luego, en el instante siguiente, contaban una historia graciosa de veras. No, no es posible cuando tantas veces me ha ocurrido estar enfermo y no poderme levantar para dar el pienso al ganado, y entonces ellos han venido a ayudarme, sin que yo se lo pidiera, y no han aceptado ni un centavo. El que es incapaz de convivir con gente como los negros es que ni siquiera tiene capacidad para vivir él solito.

Es cierto, no voy a negarlo, de vez en cuando hay negros que se emborrachan, pegan a sus mujeres y arman la gran bronca, pero los blancos lo hacen con tanta frecuencia o más que ellos. Y cada vez que usted me traiga a un negro que ha hurtado algo, yo le traeré a un blanco que ha robado tanto o más que el negro. En este aspecto las dos razas en nada se diferencian, aunque su color sea distinto.

Se dice constantemente que los negros pretenden ingeniar medios para despojar a los blancos de cuanto éstos han conseguido. Pero no es así. Los negros sólo pretenden vivir del mismo modo que los blancos. Eso sí. Quieren adquirir las cosas que la publicidad anuncia, cosas como automóviles, muebles y ropas. Y eso no podrán hacerlo mientras se les prohíba montar un negocio en una zona de la ciudad donde se gane dinero, y mientras se les impida comprar una granja en una tierra que produzca algo más que cizaña.

Los comerciantes y los agricultores temen la competencia de los negros. Tienen miedo de que les ganen por la mano y se hagan con una parte del dinero que ahora va a parar a sus cajas. Los tenderos van detrás de los dólares de los negros, y los cultivadores quieren que los negros trabajen para ellos a cambio de un salario o una participación de cuantía irrisoria. En términos generales, ahí radica el problema, tanto en la ciudad como en el campo. Es la lucha por el dólar. Todos luchamos para conseguirlos, pero todos debemos hacerlo en igualdad de condiciones.

Algunos argüirán que, ahora, los negros cobran en dinero, y no en harina, manteca de cerdo o ropas viejas, como antes. Dirán que no ha habido ni un linchamiento durante los últimos treinta años en el condado. Y le contarán que sus propios impuestos, los de los blancos, sufrieron un incremento, con el fin de destinarlo a la construcción de la nueva escuela de los negros, y que les cuesta mucho dinero pagar a los profesores de los muchachos negros.

Todo es cierto, pero también es cierto que los tiempos han cambiado y que lo anterior no basta, ya que si echa una ojeada alrededor verá que los negros siguen viviendo en barracas que se levantan a lo largo y ancho de nuestra tierra.

También oirá decir que si se cede un poco de terreno ante los negros, éstos se envalentonarán y pretenderán quedarse con todo lo de los blancos. Dicen que hacer concesiones conducirá inevitablemente a que los negros vayan a vivir en la zona de los blancos, y violen a sus mujeres y sus hijas. Si violar mujeres fuese la gran ambición de los negros, lo habrían ya hecho durante los últimos treinta años, puesto

que en las granjas del condado han convivido y conviven con los blancos.

Que yo sepa, las únicas violaciones que han tenido lugar en esta parte del país son las llevadas a cabo por muchachos blancos en la persona de muchachas negras. Siempre ha habido violaciones de esta clase, y muchas. Desde luego, en justicia, no son violaciones, porque a las mujeres siempre les ha gustado incitar a los hombres a que las persigan. Y, claro está, entonces hay que dar al hecho un nombre distinto al de violación. Algunas quieren que las atrapen y otras dicen que no quieren, por esto me parece un poco difícil establecer la diferencia entre cortejar a una muchacha y violarla. De todas maneras, siempre acaba en lo mismo. Hablo con fundamento, porque también yo he sido joven.

En los periódicos habrá leído muchas noticias sobre manifestaciones, protestas, piquetes y cosas por el estilo, que han ocurrido en las grandes ciudades de Georgia. Aquí todavía no ha pasado nada, y quizá nunca pase, porque estas cosas son propias de grandes ciudades, en las que hay el suficiente número de negros para que den buen resultado.

En ciudades pequeñas como la nuestra, la gente conoce a los negros por sus nombres de pila, y si éstos organizaran manifestaciones o algo por el estilo probablemente serían despedidos de sus empleos. Por esto yo creo que los lugares más adecuados para que los negros luchen, a fin de que se les reconozcan los derechos que les corresponden según la ley, son las grandes ciudades como Atlanta, Macon y Savannah, donde hay muchos estudiantes y gente joven, es decir, gente que se encuentra en aquella edad en que no se tiene miedo a nada. Los jóvenes son formidables en esta clase de actividades. Los mayores andarán con mucho cuidado, hasta el momento en que la situación comience a aclararse un poco.

De todos modos, y prescindiendo de lo que las leyes digan, los negros tardarán en conseguir lo que les corresponde. No, no lo dude. En las ciudades hay muchos blancos antinegros, lo mismo que en los pueblos, y éstos son los que pondrán toda clase de obstáculos al avance de las gentes de color, digan lo que digan las leyes. La gente que va de caza en época de veda, que pasa de contrabando bebidas alcohólicas y que roba gasolina del departamento estatal de carreteras, no hace el menor caso de lo que dicen las leyes sobre derechos civiles.

Aquí, la única ocasión en que tuvimos algo parecido a lo que ocurre en las grandes ciudades, fue cuando un par de negros del Norte vinieron a la ciudad y quisieron alquilar una habitación en un motel. El dueño les dijo que el establecimiento estaba lleno. No sé si dijo la verdad o no, a lo mejor si tenía habitaciones. El caso es que los dos negros comenzaron a protestar, y el dueño llamó a la policía. La policía cogió a los negros, los acompañó hasta los límites del pueblo y les dijo que si volvían a entrar los acusarían de perturbar el orden público y los condenarían a tres meses de cárcel. Creo que los negros no volvieron, porque, si hubieran vuelto, se habría celebrado el juicio correspondiente.

Quienes me llaman aficionado a los negros, y todo lo demás, dicen que si me

dedicase a oler un poco más y a hablar un poco menos seguramente cambiaría enseguida de opinión con respecto a los negros. Bueno, siempre andan diciendo cosas de este tipo. Aseguran que los negros pertenecen a una raza que la ley debiera prohibir que viviera cerca de los sitios en que viven los blancos, porque todos los de la raza de los negros apestan. Fíjese, no dicen que huelen mal, dicen que apestan. Hablan de la «peste de los negros».

Esa gente jura que la piel de los negros tiene unas características especiales, y que, por mucho que se laven, siempre huelen mal. Dicen que si los negros se lavan, al cabo de un instante ya vuelven a oler tan mal como antes.

Son muchas las cosas que yo ignoro, y ésta es una de ellas. Tampoco sé lo que diría un experto en la materia. Pero me parece que si una persona entendida nos diese una explicación, con pruebas y demostraciones, sobre la cuestión de si los negros huelen o no huelen, sus conclusiones serían muy parecidas a las que yo me he figurado.

Ahora, voy a explicarle mi teoría. Después de trabajar junto a negros y a blancos durante muchos años, me he convencido de que estoy en lo cierto.

Cuanto más oscura es la piel de un hombre —negro o blanco— más suda cuando trabaja de firme, al sol. Por otra parte, el sudor nunca huele bien, el sudor apesta. Yo he visto a hombres de cabello rubio y piel muy blanca que apenas sudaban, mientras que a nosotros el sudor nos corría por la espalda y nos empapaba la camisa, y olíamos tan mal que quien no estuviera acostumbrado se hubiera tapado las narices.

Aquí, en el campo, durante los días más calurosos del verano, los hombres rubios y de piel blanca, con la camisa siempre seca, son los que más se quejan del calor. No hacen más que pensar en pasar un rato a la sombra, para evitar la insolación, mientras los demás siguen trabajando al sol, y sudando, sin miedo alguno.

Me consta que las personas que sudan fácilmente pueden trabajar más y mejor que los otros, en los días de calor. Ignoro si en el resto del mundo lo anterior es también verdad, porque nunca he salido de aquí para comprobarlo, pero puede estar seguro de que en Georgia es así.

Para ser blanco, tengo la piel bastante oscura, e incluso hay quien dice que tengo una octava o dieciseisava parte de sangre *geechee*, y que, por lo tanto, soy negro, aunque si me empeño puedo pasar por blanco. De todos modos, lo cierto es que sudo mucho. Sudo tanto como un negro. Y nadie podrá convencerme de que el sudor de un hombre huele mejor que el sudor de otro, sólo porque pertenece a una raza diferente. Quien sea capaz de creer una cosa así, igual es capaz de creer que el sudor de un baptista huele de modo distinto al sudor de un metodista. O que los olores de los del partido demócrata y el de los del partido republicano son diferentes.

No diré que con las mujeres ocurre igual, según sean rubias o morenas. Recuerdo haber oído decir que las mujeres no sudan, que sólo transpiran. Bueno, el caso es que el mucho sudar, sea quien sea el que sude, apesta mucho más que el poco sudar o, digamos, el poco transpirar...

En el mapa geológico, Atlanta se encuentra en las sinuosas colinas pobladas de robles, junto al roquizado límite de la altiplanicie del Piedmont, en la zona del norte de Georgia. En los mapas sociológicos, políticos e históricos, aquella amplia ciudad se halla en una región en la que el contraste de las actitudes progresistas y reaccionarias del Profundo Sur quedan clara y rotundamente de manifiesto. Por la cuantía de su población, Atlanta es la metrópoli de la Tierra de Bisco.

Desde antiguo, la atmósfera imperante en Atlanta ha favorecido que el ser humano criado en ella incurra, sin arrepentimiento alguno, en las más extremadas actitudes del progresismo integrador y de la discriminación reaccionaria. En el ambiente de Atlanta es difícil encontrar hombres serenos e imparciales. A consecuencia de la tajante división en dos bandos, Atlanta se ha convertido en el prototipo de la ciudad contemporánea norteamericana, con civilización blanco-negra. Cualquier ciudad sacará provecho del estudio de las causas y efectos de los conflictos raciales y de la armonía social que tienen a Atlanta por escenario.

Como sea que existe una clara línea divisoria entre los extremos de conflicto, por un lado, y de armonía, por el otro, forzosamente habrá también una razón que nos lo explique. Y esta razón es evidente. La razón del primer extremo estriba en la frustración económica y social de la raza blanca, que se manifiesta en violentas explosiones irracionales, a través de palabras y de actos. La razón del segundo extremo radica en la tolerancia y agudeza intelectual de la raza blanca. La tensión entre una y otra fuerza ha sido durísima, durante largos años.

La condición del blanco sureño escasamente instruido y cargado de prejuicios, la condición del pobre *buckra*, como sarcásticamente lo llamaron los negros desde tiempos remotos, inspira profunda lástima. Estos hombres de mala voluntad suelen encontrarse entre los cuarenta y sesenta años de edad, son casi analfabetos debido a que en su niñez y mocedad no pudieron asistir a la escuela, y se hallan en dificultades económicas por cuanto son, y siempre han sido, trabajadores no cualificados.

Una de las más claras demostraciones de la frustración del pobre *buckra* la constituye su fanático deseo de ser engañado por las explosivas exhortaciones de arteros, demagógicos, ambiciosos y provocadores políticos profesionales, de los políticos astutos que utilizan los prejuicios del pobre *buckra* como trampolín para ser elegidos y reelegidos.

Al no tener nada de que sentirse orgulloso, y constantemente frustrado por la clara conciencia de su pasada, presente y futura pobreza social y económica, el pobre *buckra* se siente agraviado por los logros de los negros, y procura vengarse haciendo cuanto su escasa capacidad mental le sugiere para negar todos los derechos a las gentes de color. Los hombres víctimas de estos prejuicios a menudo instigan la

violencia directa o indirecta, a fin de imponer y perpetuar la discriminación y la injusticia racial.

En contraste con la situación del pobre *buckra* frustrado, el negro de Atlanta se beneficia de los servicios de una organización docente de amplitud muy superior a la que pueda existir en cualquier otra ciudad americana. Esta organización ha mantenido desde su inicio el criterio de discriminación, no porque los negros lo hayan querido así, sino en virtud de los hábitos discriminadores de la raza blanca políticamente dominante.

Las abundantes escuelas y universidades para negros existentes en Atlanta nacieron al impulso de los esfuerzos emprendidos por los propios negros a fin de proporcionar enseñanza superior y formación profesional a maestros, abogados y médicos negros a quienes se prohibía el ingreso en instituciones privadas y públicas que, en Georgia, estaban exclusivamente destinadas a los blancos. El empeño puesto en conseguir que los negros tuvieran acceso a la enseñanza superior ha permitido que, en Georgia, en el Sur y en toda la nación, haya en la actualidad dirigentes capacitados y auténticos representantes negros, en el movimiento para la consecución de los derechos civiles.

Este hombre de cuarenta y cinco años, profesor de Historia en una de las universidades para negros de Atlanta, tiene la tranquila confianza en sí mismo propia del hombre instruido que se sirve de la persuasión y de los razonamientos serenos para convertir su ideal en realidad. Descendiente de los *geechees* de la Georgia oriental y de los blancos de Georgia del Sur, tiene la clara piel propia de los octavones, y no está amargado por la actitud de los fanáticos defensores de la supremacía blanca y la discriminación racial.

Tardamos mucho tiempo, dijo este hombre, pero al fin pudimos iniciar nuestro movimiento. Ahora que avanzamos hacia nuestros objetivos, es preciso que no olvidemos algo muy importante. Hasta el presente momento, el progreso de los negros se debe a la colaboración entre inteligentes hombres blancos de la joven generación y dirigentes religiosos negros. Gracias a ellos podemos iniciar nuestro avance, tras una espera de un siglo, desde aquella liberación de la esclavitud, que nada significó. Ahora, por primera vez en la historia de los negros norteamericanos, hemos conseguido algo.

Tengo la certeza de que, sin la inicial dirección de nuestros predicadores, hubiéramos sido como ciegos que pretendieran guiar a otros ciegos. Con ello quiero decir que hubiéramos cometido graves errores de apreciación y hubiésemos incurrido en perjudiciales excesos. A lo largo de nuestra historia hemos carecido de dirigentes políticos, o hemos tenido muy pocos. Pero, afortunadamente, los predicadores negros supieron guiar con mano sabia y prudente nuestros primeros pasos hacia la libertad racial.

Estos predicadores negros de quienes hablo no siempre fueron hombres instruidos, pero instruidos o no, sí eran hombres reflexivos. Aconsejaron a nuestro

pueblo que buscara despacio y razonablemente la igualdad de derechos, y con nosotros iban a las manifestaciones y a los actos de protesta —y también a la cárcel—, pero en momento alguno dejaban de aconsejarnos que conserváramos la serenidad, que no cediéramos a la tentación de recurrir a la política de la fuerza y la violencia. Estos eran los dirigentes que necesitábamos en aquel crítico período en que nos liberamos de la servidumbre y tuvimos la oportunidad de consolidar nuestras conquistas sociales y económicas.

Si sabemos ser fieles a este criterio de persuasión y si evitamos el recurso de la violencia, no tardará en llegar el momento de alcanzar nuestra total libertad democrática, como ciudadanos americanos.

Pero son muchos los peligros que nos acechan. Hay indicios de que fanáticos pletóricos de buenas intenciones —fanáticos negros— pretenden apartarse de la serena y eficaz política preconizada por los predicadores negros, los acusan de ser lentos y anticuados, y pretenden substituirlos por seres delincuenciales y pependencieros, que organizan nuestro movimiento como si se tratara de un criminal empeño. Y los hombres blancos, igual que los negros, pueden también bastardear una causa legítima, al optar por la violencia.

Quizá yo haya adoptado esta actitud porque, en realidad, no soy negro. Algunos blancos creen que todos los negros tenemos un origen común. Esto quizá fuera cierto, referido a los esclavos africanos, hace doscientos años. Pero ahora no lo es. Yo soy *geechee*, soy un octavón natural de Georgia, y estoy orgulloso de ello. Por esto, la sangre negra que corre en mis venas necesita vivir en paz y armonía con la sangre blanca que el color de mi piel revela, o viceversa, igual da. A juzgar por lo que me ha contado de Bisco, me parece que él y yo tenemos mucho en común, ya que los dos somos *geechees*. Esté donde esté, tengo la certidumbre de que Bisco se esfuerza, igual que yo, en mantener su equilibrio interno.

Volviendo a lo anterior, estoy convencido de que mediante la persuasión podemos avanzar más y más aprisa —al fin y al cabo somos minoría— que mediante la violencia. El mejor camino que podemos seguir es el de votar en todas las elecciones. Nuestros dirigentes religiosos lo saben perfectamente, y nos lo recuerdan sin cesar. Por esta razón, los exaltados negros que se lanzan alocadamente a la lucha producen a nuestra causa perjuicios mucho más graves que los que le irroga la política no violenta, seguida por algunos blancos partidarios de la supremacía de su raza. Resulta imposible ganarse amigos a punta de navaja o de pistola.

Siempre que hemos intentado que se aceptara el criterio de la integración racial en una escuela, en un hospital o en un restaurante, hemos sufrido reveses, pero han sido reveses pasajeros. La Historia nos dice que el paso del tiempo es una fuerza que nos favorece. Se trata de un hecho demostrado. Hace muy pocos años, todavía estábamos obligados a ir en los vagones del ferrocarril especialmente destinados a los negros, y a sentarnos en la parte trasera de los autobuses. No había modo de escapar a este tipo de segregación. Pero ahora ya no queda ni una sola disposición en este sentido, y los

negros pueden incluso ir en coche-cama, si es que tienen dinero para pagarse el billete.

Otra cosa. Hace muy poco, los negros no podían alquilar habitaciones en ningún hotel o motel de Atlanta, ni sentarse en el restaurante. Pero ahora, el negro que vaya adecuadamente vestido encontrará alojamiento en casi todos los sitios.

En Atlanta, nuestro principal problema consiste en que todavía quedan unos cuantos impenitentes blancos dispuestos a defender la segregación hasta la muerte, y, hasta el momento, han logrado resistir a todo tipo de manifestaciones y demostraciones de protesta. Contra esta gente será preciso esgrimir los preceptos de la ley de derechos civiles, y, aun en este caso, recurrirán a los tribunales de justicia, para obtener retrasos, para obstaculizar su aplicación.

Algunos de estos blancos publican notas pagadas, en los periódicos, igual que si de anuncios se tratara, en las que pregonan su política segregacionista, insinúan que si los negros no cejamos en nuestro empeño puede estallar otra guerra civil como la habida hace cien años, y en sus palabras parece que se rebelen ante la fuerza del destino que los obliga a vivir de acuerdo con la realidad histórica del siglo veinte.

Contra estas gentes empleamos argumentos persuasivos, y confiamos en que el tiempo y las leyes de derechos civiles nos ayuden a obtener la victoria. En muy pocos años hemos recorrido un gran trecho, y estamos orgullosos de lo conseguido hasta el presente momento. Pero esto no significa que vayamos a declararnos satisfechos, y a quedarnos a mitad de camino. Ahora, sólo nos contentaremos con la consecución de todos nuestros objetivos.

A veces, pienso en la ironía que representa el que aquí, en la zona segregada de Atlanta, al otro lado de las vías del ferrocarril, tengamos restaurantes cuyos propietarios son negros, y clubs nocturnos con artistas negros, que atraen a tanta clientela blanca que a veces, en los fines de semana, muchos negros no pueden entrar porque resulta que los blancos han ocupado ya totalmente el local.

Por eso, cuando hablamos de integración, es preciso no olvidar que los blancos de Atlanta acuden a nuestra zona, y que con su presencia integraron nuestros restaurantes y clubs nocturnos hace ya mucho tiempo, sin siquiera molestarse en preguntarnos si nos molestaba esta clase de integración. Desde luego, estamos convencidos de que los clubs, cantantes y músicos negros son los mejores que hay en Atlanta, y nos sentimos orgullosos de ello.

No podemos acusar a los blancos de que les guste gozar de lo mejor, en cuanto a vida nocturna se refiere. Por eso siempre serán bienvenidos, y los trataremos con especial deferencia. De todos modos, parece un tanto irónico que nuestros clubs nocturnos hayan sido integrados por algunos de aquellos blancos que tan violentamente protestan, cuando nosotros decimos que nos gustaría tener acceso a algunos de sus establecimientos, situados al otro lado de las vías del tren.

Los comerciantes blancos necesitan que les compremos mercancías, y publican anuncios en los periódicos negros, porque un dólar, sea quien sea su poseedor,

siempre vale cien centavos. Sin embargo, pretenden que es preciso trazar la línea divisoria de las razas en el mostrador en que se sirve la comida y en los lavabos de los grandes almacenes.

Donde los negros sufren verdaderas penalidades es en el campo y en los pueblos, no en la ciudad. Lo sé porque he vivido en las tres circunstancias. Nací en un pueblecito del sur de Georgia, y viví en una granja cultivada en régimen de aparcería, en la Georgia oriental, hasta que vine a Atlanta para estudiar. Lo mismo ocurre en Alabama y Mississippi. En las grandes ciudades, como Birmingham, Mobile y Jackson, los negros han pasado sus vicisitudes con los problemas de la integración y los derechos civiles, igual que nosotros, aquí, en Atlanta, pero la servidumbre negra, en el aspecto social y económico, existe, en su mayor parte, en el campo y los pueblos. Ahí es donde el miedo obliga al hombre de color a renegar de sí mismo.

Se habla muy poco de la vida en el campo. Son las grandes ciudades las que figuran en los titulares de los periódicos, cuando algo ocurre en sus barrios pobres. Y si nos fijamos en las estadísticas de la población negra del Profundo Sur, veremos que en el campo hay doble número de negros que en las ciudades. En los pueblos, los negros que trabajan como criados, pinches de restaurante, peones en los aserraderos, trabajadores temporales a tanto la jornada y aparceros, se encuentran tan esclavizados por su trabajo, cuya retribución les permite escasamente vivir al día, que no les queda más remedio que pasar año tras año sometidos a la libérrima voluntad de sus patronos blancos. Por otra parte, los negros de las grandes ciudades viven concentrados en barrios, en casas contiguas, piso sobre piso, lo cual les hace mucho más conspicuos que los otros negros que viven miserablemente en otros lugares, y que les doblan en número.

Con ello no pretendo afirmar que en el campo y en los pueblos los negros sean tratados peor, desde un punto de vista físico, que los pobres *buckras*. Gracias a Dios, los latigazos y los linchamientos comienzan a pertenecer al pasado. Pero sí es cierto que allí los negros son víctimas de cierta clase de servidumbre o maltrato psicológico. Me refiero principalmente a los de las generaciones mayores, a los que ahora tienen cuarenta, cincuenta o más años. El empresario o el patrono blanco les dice que si no aceptan la paga, el alojamiento o las condiciones de trabajo que les ofrecen, otro negro habrá que lo acepte.

Y bien cierto es que siempre hay largas listas de solicitantes de empleo.

Este es el sistema imperante. Consiste en mantener siempre un contingente de gente sometida, dispuesta a trabajar por el menor salario posible. De esta manera, los negros del campo y de los pueblos viven en constantes dificultades económicas, y temen, en todo momento, hablar de sus legítimos derechos, ya que ello les puede acarrear la pérdida de sus medios de vida. Por esta razón, las manifestaciones y las protestas públicas quedan limitadas a las grandes ciudades.

A pesar de todo, comienza a apreciarse un cambio. En los pueblos, los negros más jóvenes —los que ahora tienen entre los quince y los veinte años, y van a las escuelas

de segunda enseñanza— han perdido el miedo a que antes me refería. Éstos serán quienes hagan lo que sus padres y abuelos no se atrevieron a hacer.

Para los negros de todo el país, recibir instrucción representa algo nuevo y extremadamente interesante. Ante sus ojos se han abierto las puertas de un mundo diferente, ven lo que sus padres ni siquiera sospechaban que existiera y se sienten embargados por un entusiasmo, propio de adelantados culturales, que les impulsa a explorar este mundo.

En mis tiempos, cuando salí de casa de mi padre, en la Georgia oriental, y, con cuatro dólares y medio en el bolsillo, me las arreglé para llegar a Atlanta, allí las escuelas tan sólo enseñaban hasta el quinto de secundaria. Y nadie podía pasar de quinto.

Ahora, la situación es totalmente distinta. Tenemos nuestras propias escuelas secundarias y nuestras universidades en todo el Estado, y la juventud negra acude a ellas. Sin embargo, Atlanta sigue siendo el centro de la enseñanza superior. Venir a Atlanta es el objetivo que se proponen todos los muchachos ambiciosos.

Pero tampoco hay que olvidar que Atlanta no es el último objetivo de los estudiantes. Los negros sureños siguen emigrando al Norte y al Oeste, en busca de unas circunstancias sociales más favorables, y de más oportunidades económicas. Y nosotros intentamos darles la mejor educación posible, a fin de que tengan más posibilidades de alcanzar cuanto pretenden.

Por esto me gusta enseñar. Me alegra y satisface saber que contribuyo a que los individuos de estas generaciones aprendan a comportarse como buenos ciudadanos, sea en el Norte o en el Sur.

El largo brazo de los Apalaches, sarmentoso, flaco y misérrimo, se extiende hacia el sudoeste, desde la Virginia occidental hasta el norte de Alabama, al través de Kentucky y Tennessee. Tras este esperanzado avance a lo largo de la frontera de la Tierra de Bisco, la mano suplicante de la pobreza se abre palma al cielo en petición de ayuda. Pero es ya demasiado tarde para pedir limosna. Las últimas monedas de las gentes de corazón sensible ya han sido depositadas en alguna otra mano implorante, y con ellas se agotaron los últimos sentimientos caritativos.

El reseco dedo pulgar de la mano de la pobreza es el monte Arkadelphia, del sistema Apalache, y su tierra empobrecida es la del condado de Walker, en la zona norte de Alabama. Al igual que los cuatro huesudos dedos formados por los montes Raccoon, Blount, Oak y Beaver, que también avanzan esperanzados hacia Birmingham y su carbón, minerales y cal, la región de Arkadelphia jamás ha sido tierra agrícola.

Las colinas del condado de Walker, de suelo pedregoso, con una ligera capa de tierra, son estériles, y su rocosa superficie impide tenazmente que la vegetación arraigue. El ligero mantillo que a veces se acumula bajo los raquíuticos pinos y los robles enanos no tarda en ser arrastrado por las lluvias al río Warrior, que lo lleva al Golfo de México.

En tiempos lejanos, mucho antes de la Guerra Civil, a las colinas estériles del condado de Walker llegaron los colonizadores anglosajones, en busca de tierras baratas. Fácilmente encontraron lo que buscaban, pero, para su desgracia, el pasajero aspecto lujurioso que en verano ofrecen aquellos parajes les engañó. Después, habiendo invertido cuanto dinero tenían, no tuvieron otro remedio que quedarse con sus familias y defender los hogares establecidos en la inhóspita tierra. Ahora, después de muchas generaciones en que aquellas familias se han cruzado entre sí, los Apalaches de Alabama son la patria chica de gentes mal preparadas para enfrentarse con la vida, que no pueden escapar de las garras de la miseria, en su tierra o fuera de ella.

Todavía no ha llegado el momento en que resulte factible industrializar esta región de colinas estériles, y proporcionar empleo a sus habitantes, como han demostrado los diversos intentos fallidos de establecer industrias allí.

Se han construido fábricas de tejidos de algodón, que, después, tuvieron que ser cerradas. También se abrieron y se cerraron fábricas de muebles. Al principio, las perspectivas de inevitable fracaso quedaron oscurecidas por la esperanza de éxito, pero pronto se vio que era antieconómico instalar industrias en una remota región carente de vías de acceso a lo largo de las que transportar los necesarios suministros, y sin fuentes locales de los precisos materiales de fabricación. La única esperanza que

sostiene a los naturales de esta región consiste en que quizá en el futuro la ciencia descubra un procedimiento rentable de transformar la madera de aquellos pinos y la retama en papel y material plástico.

Tras el fracaso de las industrias de tejidos y de muebles, se han hecho otros intentos, algunos con sentido realista y otros propios de visionarios, para proporcionar a la población un medio de subsistir en aquella tierra improductiva. Los cubrecamas de artesanía, confeccionados en casa, y las alfombras tejidas a mano pronto saturaron el mercado turista. Tanta era la superproducción de *whisky* de fabricación casera, que no tardó en llegar el momento en que resultó quimérico pretender trocar un barril por un cerdo, o adquirir, a cambio de una jarra, en la tienda de la encrucijada, un paquete de tabaco.

Después, más recientemente, abrió sus puertas en la región un vagabundo taller de confección de camisas, con varias docenas de máquinas de coser, instaladas en un granero abandonado, que pagaba treinta centavos por hora a las mujeres que aceptaban ir allá para coser las piezas de algodón de desecho. Esta industria terminó su breve vida cuando las leyes federales de salario mínimo barrieron de aquella estéril región la única fuente de ingresos con que contaban sus habitantes.

La triste situación económica de Jasper, Cordova y otros pueblecitos del condado de Walker tiene su paralelo en otras poblaciones de esta región del extremo sudoeste de los Apalaches. Parecida miseria existe en aquellas zonas del norte de Alabama en que las lluvias de la montaña han erosionado el suelo, dejando sólo escasas pulgadas de tierra que únicamente pueden dar vida a una pobrísima vegetación. Pero, como compensación de la pobreza de la tierra, no faltan en la región, sino que, al contrario, abundan, las viejas sectas religiosas dadas a los cánticos y al paroxismo de los rezos a gritos, y en ella predominan las tendencias políticas de inflexible supremacía blanca, partidarias del empleo de la violencia para imponer su criterio.

Aquel hombre con barba rojiza, amable y charlatán, dueño de la tienda situada en la encrucijada, se mostró dispuesto a hablar con plena libertad sobre las dificultades que ofrecía vivir en las pedregosas colinas del condado de Walker.

Fui a la escuela hasta los diecisiete años, dijo, lo cual es más que suficiente para aprender a leer y a escribir, y llegar, por lo menos, hasta el sexto curso. Pero después de salir de la escuela me casé con una maestra que sabía sumar, restar y multiplicar sin necesidad de tener el libro de aritmética debajo de las narices.

Entonces, hubo un poco de chismorreó, aquí, y en Jasper, por el hecho de que un hombre blanco se casara con una mujer como ella, y de vez en cuando todavía se habla un poco de eso, porque resulta que mi mujer no parece totalmente blanca como las demás. Me dijo que si tiene este aspecto se debe a que es una mestiza india de la zona media de Georgia. Desde el principio acepté su explicación, pese a que hay gente que todavía dice que si mi mujer tiene la piel oscura se debe a que es una *geechee* de Georgia, con sangre blanca, que pretende pasar por blanca. Pero esto no me preocupa. No me preocupa en absoluto. Casarme con una mujer que era maestra

ha sido la cosa más inteligente que he hecho en toda mi vida, y estoy contento de ello.

En una ocasión le pregunté en qué condado de Georgia había nacido, pero me dijo que no lo sabía porque su familia se había trasladado a Alabama cuando ella era muy pequeña, y, claro, no se acordaba. No, nunca le oí decir que su padre se llamara Bisco o algo parecido, pero bien pudo llamarse así. No le gusta hablar de sus parientes, y me parece inconveniente que un extraño le haga preguntas sobre esta materia.

De todos modos, cuando nos casamos me dio la paga de maestra de un año, dejó la escuela y se puso a cuidar de la casa. Cogí el dinero, me fui a Jasper, y allí compré una buena cantidad de latas, artículos de consumo general y unas cuantas cosas más, como clavos y bisagras. Después, lo metí todo en la barraca esa que yo mismo construí con desechos de un aserradero. Aquí, en la encrucijada, vive poca gente, y nadie tiene dinero para gastarlo en latas de comida y los demás artículos que vendo. Pero casi todos pueden gastar un poco en tabaco, así es que cogí unas cuantas latas, volví a Jasper y las cambié por tabaco.

La venta de tabaco dio vida a mi negocio, y desde entonces siempre he procurado estar provisto. Mi mujer me enseñó a dar el cambio de las monedas, de medio dólar y de veinticinco centavos, para que no saliera perdiendo dinero cada vez que vendía un paquete de tabaco. De eso hace ya veinte años, y ahora ya sé dar el cambio tan bien como cualquier comerciante de Jasper o de Cordova. Desde luego, no despacho tanto como algunos comercios de allá, pero tiene la ventaja de que corro menos peligro de equivocarme, y de salir perdiendo cada vez que dé más cambio del debido.

Otra gran cosa que debo a la maestra, a mi esposa, es que me ayudó a aprender a vivir siendo pobre, tan pobre como todos los que viven en los alrededores. Todos nosotros necesitamos tener un dicho verdadero al que recurrir cuando la situación se pone mal, y yo no contaba con ningún dicho verdadero hasta que mi mujer me enseñó uno. Cuando me quejaba de algo y decía que me gustaría tener un poco de dinero para arreglar la tienda, mi mujer me decía que dejase de preocuparme y que procurase contentarme con lo que tenía. Y siempre me decía unas palabras, y me las decía de tal manera, que yo me calmaba enseguida. Ahora se lo voy a contar.

Mi mujer parecía tan segura y tan instruida, cuando me decía lo que me decía, que me hacía entrar ganas de aprender a decirlo como ella lo decía. Y ahora sé decirlo casi tan bien como ella. Lo dice igual que voy a decírselo yo, ahora. Fíjese, escuche: la pobreza es siempre relativa, debido a que en el mundo son muchos los que la padecen.

Durante algún tiempo fui incapaz de comprender el exacto significado de estas palabras. Sin embargo, me puse terco y aprendí a decirlo igual que ella lo decía, y ahora, siempre que me repito estas palabras, me tranquilizo.

Una de las ocasiones en que este dicho me confortó mucho, fue cuando ocurrió el descarrilamiento. No hace muchos años, un tren de carga se salió de las vías en una curva, a dos millas de aquí, cerca de Cordova, y tres vagones cargados de sacos de harina y latas de todo género se estrellaron contra unas rocas, allá, junto al río.

Bueno, aquello era un espectáculo que sólo se ve una vez en la vida. De todos modos, la gente no tardó en enterarse y vinieron de todas partes, de pueblos situados a varias millas a la redonda. Acudieron con sacos, espuelas, cajas y qué sé yo...

Se llevaron cuantos sacos y latas pudieron cargar. Y no crea que fueran allá una sola vez, no señor. Hubo quien hizo cuatro y cinco viajes. Ya le he dicho que los tres vagones fueron a parar junto al río y allí quedaron despanzurrados, de modo que las latas cayeron al río, y allí tuvimos que cogerlas.

El caso es que el agua empapó e hizo saltar el papel de las latas, y los que se las llevaron a casa no sabían lo que había dentro. Pero esto carecía de importancia porque, al fin y al cabo, no habían pagado ni cinco por ellas. Lo malo era que no sabían lo que había dentro, de manera que, cuando abrían una lata, ignoraban si iban a comer alubias, pasta de carne o mermelada. Y a la hora de comer, siempre se preguntaban qué diablos tendrían que tragarse.

Pero esto es solamente parte de lo que iba a contarle. Bueno, en realidad, todo conduce a lo mismo. El caso es que las gentes de estos contornos arramblaron con tanta harina y con tantas latas de comida que se pasaron casi un año sin tener necesidad de venir a comprar a la tienda, y yo sólo vendía un poco de tabaco, cajas de cerillas, aceite de quemar, clavos y cosas por el estilo. Ganaba poquísimo, y la situación se puso tan mal que no pude contenerme y comencé a quejarme y a contárselo a mi mujer. No hay nada como la miseria para obligar a un hombre a hablar.

Como ya le he dicho, mi mujer era una maestra muy instruida, cuando me casé con ella, y durante el tiempo en que ha estado casada conmigo no ha perdido su buena educación ni sus conocimientos. Así es que cuando me quejé y le dije que la gente no compraba nada, me dijo aquellas palabras que usted ya sabe. Fue y me dijo: la pobreza es siempre relativa, debido a que en el mundo son muchos los que la padecen.

Oiga, cuando un hombre se aprende de memoria un dicho como éste, siempre encuentra consuelo, porque apenas comienza a quejarse de algo, ya le viene a la cabeza el dicho y se queda tranquilo. Desde luego, uno sigue siendo tan pobre como antes, pobre como siempre, pero si uno tiene una esposa bien educada e instruida, uno se consuela antes que los demás. No sé si a los ricos también les resulta conveniente tener mujeres instruidas, pero es bien cierto que las mujeres así hacen que la vida sea mucho más llevadera para los pobres como yo.

Es posible que los ricos no tengan ocasión de darse cuenta de eso, pero le aseguro que una esposa instruida es de mucha utilidad, tanto en la cocina como en la cama, especialmente cuando uno se ha peleado con el predicador.

Y ahora le voy a decir por qué. No hace mucho tuve una discusión con el predicador, en la iglesia; y este hombre me exasperó de tal modo que, si no hubiera sido por mi mujer, le hubiese saltado al cuello. El modo en que se arregló la cosa demuestra cuán beneficioso es estar casado con una mujer instruida. Yo ya me había

quitado la chaqueta y estaba a punto de darle una somanta al predicador, por haberme dicho que yo no era lo bastante religioso y que él no aguantaba a la gente tan poco religiosa como yo, cuando mi mujer me dijo que volviera a ponerme la chaqueta y que me fuera a casa, que allí me calmaría.

Todo comenzó cuando el predicador dijo que, en la iglesia, todos se arrodillaban, menos yo, cuando él rezaba. Y que los hombres que no se arrodillan son precisamente los que más necesitan de la religión. Aquel domingo, incluso antes de salir de casa para ir a la iglesia, me dije que no me arrodillaría porque llevaba un traje nuevo, el único que me había comprado en siete años, y porque no estaba dispuesto a hacerle rodilleras precisamente el día en que lo estrenaba.

Le dije al predicador que cantaría y gritaría los rezos como el que más, e incluso que echaría un poco más de dinero en la bandeja, pero que no estaba dispuesto a estropear los pantalones y a hacerles rodilleras tan pronto. Bueno, pues se puso muy alterado y comenzó a gritar y a decir que si hablaba de aquella manera terminaría en el infierno por los siglos de los siglos.

Y entonces fue cuando me quité la chaqueta para atizarle, cosa que hubiera hecho si mi esposa no hubiera sido una mujer instruida. Y ella me dijo que me fuera a casa, y que allí me calmaría. El predicador dijo que, cuando yo y los otros nos fuéramos, mi esposa se quedara porque le quería hablar en privado acerca de mi religión. Y ella le contestó que no se quedaría, porque de la manera en que el predicador la miraba, de arriba abajo y de abajo arriba, se deducía que el predicador tenía malos pensamientos de lujuria. Puede usted estar seguro de que si mi esposa no hubiera sido una maestra instruida y bien educada, y si yo no hubiera estado presente, el predicador hubiera hecho con ella lo que quería hacer.

A partir de entonces, las cosas comenzaron a arreglarse. Un par de semanas después, el predicador dejó el pueblo, para ir a no sé dónde, y vino otro que dijo que quería que los fieles estuvieran en pie, y no arrodillados en el suelo, mientras él rezaba.

Mi mujer evitó que le atizara al predicador, pero, además, me ha solucionado otros problemas en los que me he metido. Por ejemplo, los políticos suelen visitarnos todos los años, o cada dos años, para pescar votos, y la pasada primavera uno de ellos vino a la tienda, me pidió una botella de soda y me dio diez centavos, y después comenzó a hablar como si fuese Dios Todopoderoso, convencido de que con los diez centavos había comprado mi voto y el de mi mujer. Comenzó a pasear arriba y abajo, y a decir que él se encargaría de tener a los negros a raya, y de impedir que se crean que valen tanto como los blancos. Después de pasarse un buen rato diciendo cosas por el estilo, aseguró que los votos de mi mujer y mío contribuirían a que él pudiera seguir en su justa lucha contra los morenos. Esto me sacó de quicio, y le voy a decir por qué.

Lo que me indignó fue la manera en que este político vino aquí, se gastó diez centavos y comenzó a hablar como si nos hiciera un gran favor, a mi mujer y a mí, al

evitar que los negros creyeran que valen tanto como los blancos, sin preguntarme si yo quería que me hiciera tal favor. Pues bien, siguió hablando y hablando contra las gentes de color, y yo fui cargándome más y más.

Entonces, cuando decidí abrir la boca, le dije que si él era tan poco partidario de los negros y de las gentes de color, lo mejor que podía hacer era largarse de Alabama, e ir a un lugar en que no hubiera negros. Me contestó que yo hablaba de un modo que parecía que fuese muy amigo de los negros, y que debería caérseme mi blanca cara de vergüenza, y que el Estado y todo se iría al cuerno, si no fuese porque los políticos como él impedían que los negros acudieran a las mismas escuelas y a las mismas iglesias que los blancos. Y, para terminar, dijo que si no votaba a favor de sus ideas, ya se encargaría él de que unos amigos suyos de Jasper vinieran de noche a mi casa y me dieran una lección, por mi propio bien.

Yo no tolero que nadie me hable de esta forma, ni siquiera cuando se trata de un político importante, así es que le dije que saliera inmediatamente de mi tienda y que se cuidara muy mucho de volver a entrar.

Precisamente entonces llegó mi mujer, y vi que se daba cuenta de que yo estaba salido de madre y que era capaz de cualquier cosa. Inmediatamente comprendió qué era lo que debía hacer, igual que cuando estuve a punto de lanzarme al cuello del predicador. Mi mujer se fue directamente detrás del mostrador, allí donde guardo una vieja escopeta, por si se presenta el caso de usarla. Sin decir palabra, cogió la escopeta y la abrió como para cargarla.

El político la miró y me preguntó quién era. Yo se lo dije, y él comentó que no le parecía totalmente blanca, y entonces quiso saber si yo era de esos que practican la mezcla de razas con gentes medio negras. Y entonces me di cuenta de que, a pesar de ser un político puramente blanco, miraba a mi mujer de arriba abajo y de abajo arriba, con malos pensamientos de lujuria.

Ya iba yo a decirle que no metiera las narices donde no le importaba, cuando vi que se había dado cuenta de que mi mujer sostenía la escopeta abierta. Bueno, en realidad mi mujer había abierto la escopeta para quitarle los dos cartuchos, no fuese que se me ocurriera utilizarla y matara a alguien, pero eso el político no lo sabía. Pensaba que mi mujer la estaba cargando, por lo que salió de la tienda con tanta prisa que hasta se dejó el sombrero.

Mientras el político se metía en el coche en el que había venido, mi mujer salió tras él con el sombrero, pero por lo visto el hombre no quería correr riesgos. Puso el automóvil en marcha y dio la vuelta para enfilar el camino hacia Jasper. Entonces cogí la escopeta, la cargué y disparé dos tiros al aire.

Estoy seguro de que, cuando el político oyó los dos tiros, pensó que disparaba contra él, porque vi que agachaba la cabeza cuanto podía. Y tanto quería correr que el automóvil hacía más ruido que el motor de un camión cargado de grava, cuando ha quedado clavado en un hoyo con barro y el conductor quiere sacarlo.

El caso es que, cuando mi mujer llegó a la tienda, yo no me acordaba de que tenía

la escopeta allí, pero ella sí que se acordó, al verme furioso. En realidad, yo tan sólo pensaba en romper la botella de soda en la crisma del político, por haber querido comprar mi voto y el de mi mujer por diez centavos, y, luego, por haber dicho que no le gustaba mi mujer, desde un punto de vista político, porque no es totalmente blanca. Quizá el color de mi mujer no esté de acuerdo con la política de aquel tipo, pero bien que se la miraba para lo otro. En este último aspecto, se portó igual que el predicador.

A principios del siglo diecinueve, mucho antes de la Guerra Civil, el Congreso aprobó la concesión de unas tierras, en las que por su extensión podían alzarse varios pueblos, a doscientos emigrantes franceses, a fin de que en ellas establecieran una colonia. Expulsados de Francia a causa de sus creencias políticas y penetrados por la teoría de gobierno democrático, base de la revolución norteamericana, los emigrantes cruzaron el Atlántico y fueron a parar a Mobile. Después, ascendieron doscientas cincuenta millas, por el río Tombigbee, hacia el interior de la parte occidental de Alabama, con el fin de convertir allí sus sueños en realidad.

Animados por el espíritu democrático y fieles a sus ideales de libertad, estos colonizadores decidieron no utilizar esclavos en la colonia que establecieron en la ribera del Tombigbee, a la que denominaron Demópolis.

Como venganza por haber sido expulsados de Francia, los refugiados no utilizaron el francés sino el griego para formar el nombre que describiera y distinguiera el lugar en el que se proponían vivir libre y democráticamente.

Demópolis, o Ciudad del Pueblo, fue un experimento realizado por idealistas y tuvo tan desastroso fin que, en la actualidad, sólo queda de él el nombre de la ciudad. La engañosa capa de tierra negra, que luego recibiría el nombre de Cinturón Negro de Alabama, cubría muy ligeramente un duro suelo calizo que no permitía el cultivo de las viñas y olivos que los colonizadores plantaron. Además, la malaria causó bajas entre los emigrantes, quienes carecían de esclavos que realizan las duras tareas que comporta el cultivo del algodón bajo el caluroso clima subtropical.

Por fin, los pocos colonizadores que salieron con vida de tan penosa aventura regresaron a Francia, con su equipaje por toda fortuna, al término de las guerras napoleónicas. Los cultivadores de algodón se adueñaron rápidamente de las tierras abandonadas, a las que mandaron esclavos de Guinea que ya trabajaban en las vecinas plantaciones.

Ahora, siglo y medio después, Demópolis es un pueblo más en Alabama, con unos diez mil habitantes, la mitad de los cuales son protestantes blancos de origen anglosajón, y la otra mitad descendientes, en tercera o cuarta generación, de los esclavos de Guinea. Y se da la paradoja de que todos ellos, blancos y negros, viven dominados por un espíritu que es la antítesis de la democracia, y que representa la continuidad de las tradiciones de la esclavitud y de la supremacía blanca.

El único rastro que la idealista aventura de los colonizadores franceses ha dejado es el nombre de la ciudad —la Ciudad del Pueblo—, y no sería de extrañar que también este rastro fuese borrado. Es muy posible que algunos ciudadanos blancos, molestos por el significado del nombre de la ciudad, pidan y consigan que Demópolis sea substituido por Wallaceville.

Alrededor del mediodía, en el restaurante junto a la carretera había varios clientes que almorzaban, al estilo del país, chuletas de cerdo fritas, guisantes, ensalada de col y pan de maíz con torreznos. Y, como cabía suponer, acompañaban la comida con la tradicional bebida que, en el Profundo Sur, se toma durante todo el año, es decir, té helado con azúcar. En la pared, había un gran cartel, escrito con hermosa caligrafía, enmarcado, que destacaba sobre los colores de una bandera de la Confederación. En un ángulo del marco dorado alguien había colocado un luctuoso crespón. El cartel decía:

**NOS RESERVAMOS EL DERECHO DE PERMITIR QUE NUESTROS CLIENTES SE SIENTEN, ASÍ COMO EL DE SERVIRLES. TODA PERSONA QUE ALTERE EL ORDEN EN EL INTERIOR DEL ESTABLECIMIENTO, POR HABERLE SIDO DENEGADO EL SERVICIO, SERÁ DENUNCIADA.**

Aquel agente de la propiedad inmobiliaria, hombre de unos cincuenta años, de rostro afable y corteses modales, acababa de dar fin a su comida del mediodía. Alzó la vista al aviso de la pared, tan lujosamente enmarcado y solemnemente adornado con la bandera, y en su rostro se dibujó una preocupada sonrisa. Aquel hombre era uno de los dirigentes cívicos de Demópolis. Había alcanzado tan eminente posición gracias a pertenecer a varios clubs de hombres de negocios, a ser presidente de una comisión de ciudadanos blancos, director de un banco, miembro de una iglesia metodista, de un club de campo y de una logia masónica.

Por lo general, todo ciudadano blanco que tenga el privilegio de ser un destacado dirigente cívico de una ciudad del Profundo Sur, como Demópolis o Birmingham, puede presentar una lista de asociaciones a las que pertenece, o de actividades que desarrolla, tan larga como la anteriormente consignada. Los médicos y los abogados rara vez se entregan a tantas y tan diversas actividades, pero los comerciantes, los banqueros y las gentes dedicadas a la venta saben perfectamente que si se convierten en agresivos dirigentes cívicos tendrán más ocasión de ganar dinero.

Me entristece ver este cartel ahí, en la pared, dijo aquel hombre. Pero, prescindiendo de lo que la ley ordene, e incluso teniendo en cuenta que lo que dice el cartel ya no puede cumplirse tal como se cumplía en otros tiempos, creo que vale la pena conservarlo donde está, lo mismo que la bandera de la Confederación. Es posible que este cartel ya no impida que los morenos vengan aquí, pero siempre servirá para recordarles quiénes son los que mandan aquí, en esta zona del Sur.

Le voy a decir en qué estriba nuestro problema. Todo se debe a que la gente del resto del país no puede comprender la situación racial en que aquí nos encontramos. La desconoce totalmente, y a nosotros incumbe ilustrarla al respecto, demostrándole cómo se deben enfocar esta clase de problemas. Los del Norte creen que se debe tratar a los negros igual que a las demás personas, y critican el modo en que les tratamos. Algún día se enterarán de que nosotros sabemos mucho más de ellos, al

respecto.

En el Norte, no comprenden que los negros no han evolucionado tanto como los blancos. Todavía son gentes primitivas, tal como lo eran los indios salvajes. Sencillamente, no poseen la inteligencia que nosotros poseemos, y todavía ha de pasar mucho tiempo antes de que sus cerebros se desarrollen, crezcan y pasen por el ciclo evolutivo por el que nosotros hemos pasado.

Ahora, les permitimos que se instruyan, que se eduquen, pero esto representa tan sólo el principio. Serán necesarias tres o cuatro generaciones para que sus cerebros lleguen a estar plenamente desarrollados, como los de los blancos. Por esto resulta absurdo decir que deben equipararse a los blancos, en cuanto hace referencia al derecho de voto, a vivir en la misma zona de la ciudad y a todo lo que dicen que desean. Tendrán que pasar cien años más antes de que terminen de evolucionar y de que su cerebro quede debidamente desarrollado, de manera que estén preparados para todo lo que ahora pretenden.

Es exactamente tal como digo. Nosotros sabemos cómo tratar a los negros. Desde niños hemos vivido en su compañía, y sabemos mucho mejor que ellos mismos qué es lo que más les conviene. Si quiere, lo llevaré a la otra zona de la ciudad, y allí podrá comprender el significado de mis palabras. Los viejos —los auténticos negros de Guinea— en su vida fueron a la escuela. Ni siquiera saben hablar el inglés, de modo que uno no tiene medio de enterarse de lo que le quieren decir cuando hablan. Sólo hablan su jerga de Guinea.

Por esta razón, no queremos que los negros de Georgia vengan a vivir a Demópolis. Estos negros no pueden comprender el dialecto de Guinea que hablan los negros de aquí, por lo que más les vale ir a Mississippi o a cualquier otro sitio. Pueda usted pasarse una semana en Demópolis sin encontrar al tal Bisco, ni a ningún *geechee* con sangre blanca. De todos modos, los negros no se ponen nombres así, como Bisco. Si quiere que le diga la verdad, Bisco me parece un nombre demasiado bueno para un negro, en esta zona del país. Aquí procuramos que los negros tengan nombres verdaderamente comunes y reservamos los buenos nombres para los blancos.

Llamamos *guineas* a nuestros negros porque descienden directamente de los esclavos de Guinea que fueron importados de África para trabajar en las plantaciones de algodón de Alabama, y por esta razón todos los negros viejos y la mayoría de los jóvenes hablan en la jerga de Guinea. Cuando trabajan para nosotros, podemos hacerles comprender qué es lo que queremos que hagan, pero de ahí no pasamos, en cuanto se refiere a comunicación mediante las palabras.

Ahora comprenderá por qué no pueden tener derecho a votar igual como los blancos. Ni siquiera saben lo que significa votar; una lechuza bizca lo sabría mejor que ellos. Dentro de unas cuantas generaciones, cuando los negros estén instruidos, entonces podremos darles explicaciones razonadas para que sepan a quién deben votar. Pero falta mucho para que llegue este momento.

En los presentes tiempos, los negros hablan mucho, entre ellos, de derechos civiles y de integración. He oído algo de lo que dicen, y la mayoría de ellos ni siquiera saben de qué hablan. Algunos creen que los derechos civiles les permitirán vivir en la zona de la ciudad que les dé la gana, incluso en la casa contigua a la de un blanco, y que la integración les dará derecho a casarse con una mujer blanca.

Si los agitadores se quedaran en casa como debieran, nosotros lograríamos educar a los negros en unas cuantas generaciones, y, entretanto, les mantendríamos en el lugar que les corresponde. Pero no nos dejan. Y resulta absurdo decir que debemos permitirles, ya ahora, ir a la escuela con los niños blancos. Esto es tan irrazonable como pretender que puedan vivir en la casa de al lado o casarse con mi hija.

No es que nosotros no queramos que los negros se sienten en la misma aula con nuestros hijos, ni que jueguen en el mismo patio, sólo porque ellos son negros y nosotros blancos. Esta no es la verdadera razón. Nuestra postura se debe a que la capacidad mental de los negros no les permite aprender tan aprisa como hacen los niños blancos, y esto obliga a refrenar los avances de los niños blancos a fin de que los negros no se rezaguen. Ahí está la razón por la que no queremos la integración racial de las escuelas.

Una de las más graves acusaciones que las gentes que no son de esta región formulan contra nosotros consiste en afirmar que maltratamos físicamente a los negros. Esto no es verdad. No es más que un embuste. Aquí, en el Sur, tenemos costumbres que no existen en otras partes del país, del mismo modo que otras gentes tienen costumbres que nosotros no tenemos, ni queremos tener.

Cierto es que hubo un tiempo en que el *guinea* al que se mandaba al campo para que realizara determinado trabajo, y no lo hacía del modo que debía, era azotado. Y también es posible que el negro que no pagara una deuda insignificante a un blanco recibiera una buena paliza, y lo mismo le ocurriera si decía que no podía trabajar por sentirse enfermo. Pero que yo sepa, cosas de este tipo no han ocurrido en el condado de Marengo desde hace ocho o diez años. Las gentes de fuera que nos acusan de cometer actos como los anteriores son injustas, y, además, nos dan una mala fama que hace ya mucho tiempo nosotros hemos dejado de merecer.

Ahora vamos a hablar del asunto ese de no querer que los negros vayan a nuestros moteles y restaurantes. Bueno, esto se debe a sólidas razones de sanidad. Los blancos no quieren comer en los mismos platos en que comen los negros, ni dormir en las mismas camas en que ellos han dormido. Y esto es todo. Bien está que los negros guisen nuestras comidas y cuiden de nuestros hijos, porque es algo de lo que no podemos prescindir.

Todos debieran comprender hechos tan claros como éstos. Cuando uno ha vivido toda la vida según ciertas costumbres, no está dispuesto a prescindir de ellas sólo porque a unos individuos que se encuentran a mil millas no les gustan y quieren que vivamos de otra manera. Es lo mismo que si yo le dijera a alguien del Norte que no me gusta desayunarme con col hervida y alubias al horno, y le exigiera que hiciera

como yo y se desayunara con sémola y tripa de cerdo.

Toda costumbre está basada en una razón u otra, y esa de no permitir que los negros entren en nuestros restaurantes comenzó hace ya mucho tiempo. Nosotros les hemos enseñado a no salirse del lugar que les corresponde, y ellos jamás han intentado extralimitarse. En realidad, ya va siendo hora de que les digamos a los agitadores del Norte que sus opiniones nos importan muy poco y que mejor será que se las guarden para sí. Esto es el Sur, y nosotros sabemos administrarnos tan bien como el que más.

Soy hombre razonable, y estoy dispuesto a explicarles la situación de modo que la puedan comprender. En el Norte olvidan que en muchos pueblos de esta zona del Sur hay más negros que blancos. Aquí, en Demópolis, hay tantos negros como blancos, estamos empatados, pero comienzan a sacarnos ventaja, día a día, pese a que nosotros aclaramos un poco su color y los hijos ilegítimos de los negros suelen tener la piel más y más clara.

Le voy a decir qué ocurriría si les dejáramos hacer lo que les diera la gana. Suponga que usted se detiene en un motel de Demópolis para pasar la noche y el recepcionista le dice que no hay habitaciones libres, y que mientras usted está aún en el vestíbulo, entra un negro y le dan habitación porque resulta que la había reservado. Esto es algo que le pone a cualquiera los pelos de puntas.

Y ahora le diré algo acerca de la gente del Norte, que ni siquiera ellos mismos saben hasta que vienen a vivir aquí. Es algo que he visto ocurrir infinidad de veces, cuando una gran empresa manda aquí a un nuevo director de fábrica o jefe de ventas.

Sea cual sea el lugar de donde vienen, apenas llegan aquí comienzan a pensar igual que nosotros, en cuanto concierne a los negros. Al principio, antes de acostumbrarse a vivir aquí, quizá digan que no tienen nada que objetar a que una familia negra vaya a vivir a la zona blanca de la ciudad, o a que los niños negros vayan a la escuela de los blancos. Pero enseguida cambian de opinión. Cuando llevan una temporada viviendo aquí, y han tenido ocasión de ver a los negros de Guinea, comprenden la realidad y comienzan a pensar de otra manera. Y después, hacen causa común con nosotros, en esta clase de asuntos. Esto demuestra que naturalmente el hombre blanco tiende a mantener a los negros separados de él. Incluso los pocos judíos que aquí tenemos se muestran de acuerdo.

Si usted no me conociera, las explicaciones que le he dado le harían pensar que odio a los negros. Pero no es así. Nada tengo en contra de ellos, siempre y cuando sepan quedarse donde les corresponde. Trato muy poco con los negros, excepto para cobrar los alquileres de unas casas que tengo en su zona. Desde luego, no disponen del dinero necesario para comprar los terrenos y casas que yo vendo.

En Demópolis hay muy poca gente que odie a los negros. Quienes hablan enérgicamente sobre el problema racial, no hacen más que comportarse con total sinceridad, y lo que pretenden es preconizar y defender lo que a su juicio más favorece a los negros, así como advertirles de que no deben prestar atención a los

agitadores venidos de fuera, que les inducen a pretender integrarse en escuelas, iglesias, en fin, en todo lo que pertenece a los blancos. Lo triste es que, al parecer, estamos perdiendo terreno, poco a poco. El gobierno de Washington no deja de hacer propaganda de los derechos civiles y contra la discriminación, y toma cuantas disposiciones puede a fin de acorralarnos, de meternos en un callejón sin salida y obligarnos a ceder.

Cada vez que el gobierno de Washington hace una concesión, induce a los negros a pedir más y más. Cuando el gobierno interviene para ayudar a los negros a conseguir lo que pretenden, destruye la buena labor que nosotros hemos realizado a fin de mantener la paz y la normalidad, y de conseguir que todo se desarrolle tal como debe.

Ahora, tan sólo me queda decir que las gentes de las otras zonas de nuestro país debieran comprender la realidad antes de que sea demasiado tarde y defender la actitud de los ciudadanos blancos de Alabama, así como de todos los del Sur de los Estados Unidos. Si no recibimos ayuda de fuera, y habrá de ser una ayuda bastante considerable, nosotros no podremos seguir llevando solos la pesada carga que nos ha caído.

Todos los blancos de los Estados Unidos debieran votar en favor de los políticos más idóneos, tal como se hace en Alabama y Mississippi, para que llegue el momento en que el gobierno se ponga de nuestra parte. Si no lo hacen —y de prisa— los blancos de todos los Estados de nuestra nación saldrán perjudicados.

Sería terrible que llegara el momento en que los morenos tuvieran la satisfacción de ver que han sido capaces de dar la vuelta a la situación. Y esto es lo que ocurrirá, si no tomamos las debidas precauciones.

Si en la Tierra de Bisco existen lugares que merecen la consideración de pequeñas poblaciones típicas, Jackson, situada en la zona sur de Alabama, es una de ellas, en virtud de muchas razones. Incluso cabe decir que Jackson bien merece la distinción de ser calificada como la más típica entre aquellas poblaciones.

Este pueblo, que se alza en una región en la que abundan los pinos, tiene una población que consta, aproximadamente, de dos mil quinientos negros y dos mil quinientos blancos. Se encuentra en el centro de una zona geológica claramente diferenciada, en el Profundo Sur. A menudo, sobre Jackson se abaten los destructivos vientos que recorren la amplia ruta de los tornados, que va desde el Océano Atlántico hasta el río Mississippi. Las temperaturas extremas de esta zona pueden producir insolación en verano y congelaciones en invierno.

La única razón que quizá pudiera motivar que Jackson resultara descalificado en un concurso de pequeñas ciudades típicas estriba en que pertenece al condado de Clarke. A diferencia de otros condados del sur de Alabama, en los que es facultativo implantar la «ley seca», el condado de Clarke produce mucho más *whisky* y aguardiente de fabricación casera que el que sus habitantes pueden consumir.

Cincuenta millas al norte de Jackson se encuentran los ricos prados ganaderos y las fértiles tierras del Cinturón de Tierra Negra. Cincuenta millas al sur, está la llanura de Gulf Coast, en la que se hallan las más variadas explotaciones agrícolas. Es comprensible que las cámaras de comercio y los dirigentes cívicos de las demás ciudades sientan envidia de la estable y próspera economía de Jackson, que no padece crisis en ninguna temporada del año, basada en los aserraderos de madera de pino, confección de prendas de corsetería y fabricación casera de *whisky*.

Pero, sea o no una típica pequeña población sureña desde el punto de vista económico y geográfico, lo cierto es que Jackson conserva estrictamente las tradicionales costumbres raciales del Profundo Sur. La ley no escrita de la supremacía blanca se aplica más rígidamente que los preceptos escritos sobre el aparcamiento de automóviles en la calle Mayor.

Los ciudadanos blancos de Jackson viven en lo alto de la colina de Bassett Creek. Los ciudadanos negros viven bajo la colina, en un barrio miserable en el que se alzan los aserraderos. En la colina se encuentran las anchas calles pavimentadas, bordeadas de árboles, y las modernas casas con jardín alrededor. Bajo la colina están las estrechas callejas sin pavimentar y las barracas de madera levantadas sobre el suelo de arcilla de color anaranjado.

Al igual que en muchas otras poblaciones parecidas del Profundo Sur, los ciudadanos blancos suelen apresurarse a decir, a los visitantes de fuera, que se sienten avergonzados al contemplar el mísero aspecto del barrio bajo la colina. Sin embargo,

nada hacen para evitar la obligada degradación en que viven los negros, a quienes no les queda más remedio que pagar alquileres de diez, quince y veinte dólares al mes a los propietarios blancos que viven en lo alto de la colina, debido a que la ley no escrita les prohíbe que se trasladen a otro lugar de la ciudad estrictamente segregada.

Aquel tendero negro, ya entrado en años, con el cabello gris, cuyo establecimiento se encuentra en una de las callejas de arcilla anaranjada, bajo la colina, vendía refrescos no alcohólicos, tabaco y caramelos. Sus clientes eran colegiales negros que compraban unos centavos de caramelos, y obreros del aserradero que gastaban sus monedas de diez y veinticinco centavos en bebidas de cola y cigarrillos. El tendero, *geechee* de Georgia, con piel clara, tenía casi setenta años y había vivido en Jackson poco menos de veinticinco, durante los que trabajó, hasta cumplir los sesenta y cinco años, en un aserradero de Bassett Creek.

Soy *geechee* y estoy orgulloso de ello, dijo. No diré que soy superior a los negros nacidos en Alabama —esos a quienes los blancos llaman *guineas*—, pero si en una conversación sale el tema de los antepasados y la familia de uno, puede estar seguro de que defenderé a los *geechees* de Georgia.

Me crié en la granja de que mi padre era aparcerero, en el condado de Coweta, en Georgia. Allí nací y allí viví hasta los quince años. Tenía tres hermanos menores, y mis padres solían decir que yo no podría estudiar en la universidad porque ya era demasiado tarde, pero que mis hermanos sí podrían. Fui a la escuela hasta los quince años y llegué a estar bastante adelantado en los estudios, pero no lo suficiente para ingresar en la universidad. Entonces, nos fuimos de Georgia y vinimos a Alabama, para estar más cerca de Tuskegee, lo que permitiría que mis hermanos acudiesen a la universidad.

Mi padre arrendó unos terrenos a veinte millas de Montgomery y comenzó a cultivar algodón. Entonces yo era ya lo bastante crecido para ayudarlo. Mis hermanos iban a la escuela y, al mismo tiempo, criaban cerdos y terneras, para ganar y ahorrar el dinero necesario para pagarse los estudios universitarios. Con esto ya tenían bastante para comenzar los estudios en Tuskegee, y además trabajaban en la ciudad y también en la misma universidad, para seguir pagándose los estudios hasta la obtención del título.

Mi madre estaba orgullosa de que mis hermanos fueran a la universidad y le afligía mucho que yo no pudiera ir. Sin embargo, nunca dejaba de insistir en que leyera cuanto me fuera posible, a fin de que mejorara mi educación. Gracias a ella cogí la costumbre de estudiar, y nunca la he abandonado. Por esto siempre he estado suscrito a dos periódicos, uno de Montgomery y otro de Mobile. Hace ya tiempo que descubrí que cuanto más aprende uno más quiere seguir aprendiendo. Y ahora no quiero abandonar esta costumbre. En el mundo pasan muchas cosas y yo quiero enterarme.

Cuando estábamos allá, en el condado de Coweta, en Georgia, vivíamos en una pequeña granja situada entre Moreland y Luthersville, pero no recuerdo a nadie

llamado Bisco. En aquel entonces, allí vivían muchos negros, y si ese Bisco hubiese vivido allí seguramente lo habría conocido, ya que yo conocí a casi toda la gente de los contornos. Recuerdo a un *geechee* de piel clara que se llamaba Brisket o Bristol, y quizás éste fuera Bisco. Durante una temporada fuimos compañeros de estudios, pero ahora no me acuerdo de cómo era. Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

Mientras mi madre vivía, solía recibir noticias de las gentes de Coweta, y es posible que supiera quién era este muchacho y qué fue de él. Muchas gentes de color salieron del condado de Coweta para ir a vivir a sitios mejores, y algunos vinieron a Alabama, como hicimos nosotros. Quizá Bisco fue uno de los que vinieron a Alabama. La próxima vez que me encuentre con gente de Coweta, les preguntaré si conocen a alguien llamado Bisco, o con cualquier nombre que se le parezca.

Cuando era joven, después de que mi familia se trasladase a Alabama, viajé mucho. En la primera guerra grande que tuvimos, me pasé casi dos años en el ejército. Me mandaron a Europa, donde estuve cerca de un año. Luego, antes de que la guerra terminara, estuve en muchos sitios, en todas partes de los Estados Unidos. Esto representó para mí un buen modo de educarme, es decir, pude descubrir por mí mismo cómo era el resto del mundo, fuera del Sur.

Después de licenciarme, fui fogonero de la compañía de ferrocarriles Frisco, en Birmingham, durante siete años. Trabajé en la Frisco hasta que quisieron trasladarme a la división de Mississippi. Pero yo siempre he preferido vivir en Alabama que trabajar en la Frisco de Mississippi.

En Mississippi, los blancos tratan a los negros como si fueran bestias. Sí, sí, como bestias. En Mississippi, por menos de un pitillo matan a un negro. Un día uno ve a un conocido, y al día siguiente ya ha desaparecido para siempre. Y es que los blancos le han echado a un pozo, o le han atado a una pesada pieza de hierro y le han arrojado a una charca. De todos los lugares del mundo, Mississippi es el último al que yo aconsejaría a un negro que fuera, o el primero del que le diría debe largarse. Conste que no digo que aquí vivamos bien, pero para las gentes de color es mucho mejor que Mississippi. Por esto dejé la Frisco, cuando solamente llevaba un mes en Mississippi. Volví a Alabama y encontré un buen empleo en el aserradero.

Después de haber estado trabajando casi veinticinco años aquí, en el aserradero, no quería abandonar el empleo, porque verdaderamente me gustaba, pero entonces la empresa dijo que tenía que dejar el trabajo porque ya había cumplido los sesenta y cinco años. Eso ocurrió hace unos tres años. Durante estos años había ahorrado algún dinero, lo que me permitió comprar una casita para mi familia, lo que es mucho mejor que pagar un alquiler de veinte dólares al mes para vivir en una barraca, tal como tienen que vivir los otros negros, ahí, bajo la colina.

Tengo tres hijas, ningún chico, y las tres prefirieron casarse a ir a la universidad. Me dieron un disgusto, porque a mi juicio obtener una buena educación es lo mejor que uno puede hacer cuando sabe que no dejará de ser negro en el resto de sus días. Pero mis hijas quisieron casarse y tener una familia propia. No, no puedo

reprochárselo ahora. Las tres están casadas y viven felices. Quizá las mujeres son más inteligentes que los hombres, en estas materias, y saben desde un buen principio qué es lo que más les conviene.

Pues, mientras trabajaba en el aserradero, ahorré lo bastante, no sólo para comprarme una casita, sino también para comprar un terreno y construir allí la tienda. Ahora ya lo he pagado todo, no debo ni un céntimo a nadie. Cuando se llega a mi edad, esto tranquiliza.

Desde luego, la venta de caramelos y cigarrillos me rinde muy poco, pero lo suficiente para que mi mujer y yo podamos vivir. Además, este negocio me proporciona la ocasión de hablar con todo el vecindario. Todos pasan por aquí para gastarse sus diez o veinticinco centavos.

El hecho de conocer a todos los que viven por los alrededores me indujo a hacer algo en beneficio de los muchachos de estos contornos. Estos chicos no tienen un campo de deportes, ni sitio a donde ir a jugar. Y los muchachos, cuando no se les da algo que hacer, crean problemas, comienzan a tirar piedras por ahí, si es que no hacen cosas peores. Por esto, puse manos a la obra y organicé una unidad de *boy scouts*.

Desde luego, yo tenía ya demasiados años para ser el jefe de los *boy scouts*, así es que le di el puesto a un hombre más joven, en quien tenía plena confianza. Se alistaron sesenta y dos muchachos. Limpié de maleza la parte del solar que había comprado y que no utilizaba, y con tablas que me dieron en el aserradero construí mesas y bancos. Estos chicos son pobres, tanto que ni siquiera pueden comprarse el equipo completo de *boy scout*, así que procuré que cada uno de los sesenta y dos muchachos tuviera algo, cualquier cosa, que le sirviera para demostrar a los demás que era *boy scout*. A uno le di un sombrero de reglamento de los *scouts*, a otro la hebilla del cinturón, al de más allá el manual de los *scouts*, y así sucesivamente.

Mis tres hermanos menores, los que estudiaron en Tuskegee, se fueron de Alabama hace ya tiempo. De vez en cuando vienen aquí, para visitarme, e intentan convencerme de que vaya al Norte, que es donde viven. Pero, yo me encuentro bien aquí y no pienso irme. Uno de mis hermanos es director de una escuela de Connecticut. Otro es profesor en Pennsylvania. Y el tercero es pastor de una iglesia de Michigan.

Los cuatro hermanos nos parecemos mucho, con la sola excepción de que los tres pequeños han recibido educación y yo no, pero igual que yo no hacen traición a su raza, y no intentan separarse de ella y vivir con los otros, con los blancos.

Conozco a mucha gente que va al Norte con la intención de vivir fuera del ambiente de su raza, pero no tardan en descubrir que esto es imposible. Todos los que tienen los rasgos de la raza negra, seguirán siendo negros, vivan donde vivan, y deben sentirse orgullosos de ello. Y si son *geechees*, como yo, también deben estar orgullosos de serlo. Los negros sólo pueden vivir fuera del ambiente de su raza cuando el color de su piel es tan claro que pueden pasar por blancos, y esto es algo que ningún negro de veras podrá hacer.

Sé perfectamente cuál es el color de mi piel, y me siento orgulloso de él y de ser lo que soy. Algunos de mis nietos han salido con la piel más clara que la de mi mujer y la mía, por lo que quizá llegue el día en que se vayan al Norte y se aparten de nuestra raza. En este caso, no tendré nada que objetar. Tampoco puedo pretender que las jóvenes generaciones compartan mis ideas.

Nací y me eduqué en el Sur, y he sido negro durante sesenta y ocho años. Esto significa que he vivido siempre en el ambiente de mi raza y que estoy acostumbrado a ello. Esta es la razón por la que, a mi edad, no tengo ganas de echarme a la calle y meterme en manifestaciones en favor de los derechos civiles. Son los jóvenes quienes deben hacerlo, y jamás me opondré a que intenten mejorar nuestra situación, siempre que lo hagan con sentido común. Si se portan tal como digo, pueden contar con mi apoyo incondicional.

Yo quisiera que los jóvenes siguieran a Martin King, y no se apartaran del camino que éste les señala. Si no fuera por Martin King todavía estaríamos donde nos encontrábamos hace tiempo, es decir, a cero. No me gusta que vengan fanáticos de nuestra raza, y comiencen a realizar una labor de agitación que tan sólo sirve para perjudicarnos. Si todos prestaran atención a lo que dice Martín King, las cosas marcharían mejor.

Casi todos los días, los periódicos hablan sobre la integración en las escuelas, para que los niños blancos y de color reciban la misma educación. Soy partidario de que las dos razas sean educadas lo mejor posible, pero el gran problema consiste en que nadie recibirá una buena educación si en las escuelas no hay buenos profesores. Da verdadera vergüenza oír el inglés que emplean algunos profesores blancos.

Estos profesores han pasado por la universidad y allí debieran haber aprendido a hablar y escribir correctamente el inglés, si es que proyectaban dedicarse a la enseñanza. No tengo la instrucción suficiente para poder explicar cuál es la manera correcta de decir algo, pero sé distinguir perfectamente las frases mal dichas, porque suenan mal. Quizá sería mejor que me callara y que no me metiera en este asunto, pero, de veras, no me gustaría que mis hijos o mis nietos fueran a la escuela y salieran de ella hablando con la gramática que gastan algunos profesores. Y esto vale para todos los profesores, sean blancos o negros.

Entre los jóvenes negros de Jackson hay algunos que comienzan a dar muestras de inquietud, y dicen que quieren hacer algo en pro de los derechos civiles, organizar manifestaciones y cosas por el estilo. Por el momento, no han hecho nada. Y mucha gente que piensa como yo les dice que no se precipiten. Diga lo que diga la ley, esta ciudad está todavía dominada por los blancos. Me gustaría saber qué diría Martin King si se le pidiera consejo sobre organizar manifestaciones en un pueblecito como éste. Hay algunos blancos que prescinden de las leyes, y que, si les da la gana, pueden hacer mucho daño a los negros.

A mi modo de ver, las actividades de este género debieran empezar en ciudades grandes como Birmingham, Mobile y Montgomery, en las que viven más gentes de

color que aquí, y donde tienen buenos dirigentes. Los jóvenes de Jackson necesitan que los dirija alguien con sentido común, y por el momento no hay nadie capaz de hacerlo. Sin una buena dirección, los jóvenes corren el riesgo de no poder controlar el desarrollo de una manifestación allí, en la colina, donde viven los blancos. Entonces, la manifestación podría degenerar en una revuelta. Y no hay que olvidar que si estallara la violencia, los negros saldrían perdiendo.

Aquí, en Jackson, ocurre algo parecido en cuanto se refiere a los musulmanes negros. Algunos dicen que quieren unirse a los musulmanes negros, pero no hay ningún dirigente, por el momento, y la organización de los musulmanes negros no puede funcionar sin que alguien la dirija, del mismo modo que una iglesia digna de tal nombre no puede existir sin un ministro.

A decir verdad, los musulmanes negros no me inspiran confianza. No me gusta lo que dicen. Y si uno se fija bien en ellos, se da cuenta de que son exactamente lo mismo que el Ku Klux Klan, pero en negro.

Hay quien dice que los musulmanes negros son necesarios, a fin de despertar en los negros el valor necesario para dar la cara y reclamar que se les reconozcan sus derechos.

Sí, yo también soy partidario de que los negros nos comportemos valerosamente, y de que perdamos el miedo, porque a partir de ahora será preciso que no nos falte el valor. Pero prefiero tener el valor que en nosotros inspira Martin Luther King.

Quizá se deba a que estoy orgulloso de ser un *geechee* nacido en Georgia, con piel clara, pero la verdad es que siempre he dicho que no me considero lo bastante negro para ser musulmán negro.

Laurel es una agradable ciudad, protegida por la sombra de abundantes árboles, cuyo nombre despierta románticas asociaciones de ideas, que se alza en las colinas pobladas de pinos, en el sur de Mississippi. Resulta delicioso llegar a Laurel, a la difusa luz del atardecer de un fragante día de verano. A esta hora, las abundantes flores que adornan los cuidados jardines ciudadanos perfuman tan intensamente el aire, que el forastero recién llegado cree haber penetrado en un mundo irreal. Bajo el alto campanario de la elegante iglesia, se ofrecen fervientes preces al Señor, se menciona sin ofender a nadie la hermandad de los humanos y se ruega por los desvalidos.

Sin embargo, la cruda luz del día revela la triste realidad de Laurel. Entonces advertimos que es una población de treinta mil habitantes que viven repartidos en tres zonas rígidamente separadas: los ciudadanos blancos y ricos, al norte; los negros al sur; y los blancos pobres, en una zona intermedia.

Este reparto de zonas residenciales, efectuado según criterios sociales, económicos y raciales, no es raro en las ciudades de la Tierra de Bisco. En realidad, constituye una tradición rígidamente mantenida, desde Carolina del Sur hasta Luisiana. Sin embargo, los contrastes entre las clases y las razas quedan más claramente definidos y más rígidamente fijados en Mississippi que en cualquier otro lugar.

El forastero quizá piense que Laurel, en especial, es una población aparte, aislada de las aguas que forman el torrente de la vida norteamericana, y que la soledad de sus habitantes inspira lástima. Sin embargo, el orgulloso ciudadano blanco de la zona norte de esta ciudad le dirá que todo Mississippi, y en especial Laurel, es depositario de una gloriosa herencia que las gentes menos afortunadas, radicadas en otros Estados, simulan despreciar, impulsados por la envidia y la ignorancia.

Sería muy de desear que los orgullosos residentes de la zona norte de Laurel, y también todos los habitantes de Mississippi, se dignaran dirigir la vista a la zona sur de la ciudad, por lo menos, ya que no quieren mirar más allá de las fronteras de su Estado. Para evitarse problemas, estos ciudadanos no aceptan la responsabilidad que tienen de la pobreza y degradación en que viven las familias negras de la zona sur, y olvidan que gracias al trabajo de los negros pudieron ellos acumular riquezas y pretendida distinción social.

Pero las costumbres prevalecen, tal como la arrogancia predomina, en Laurel. En vez de reconocer la responsabilidad moral que como ciudadanos de la moderna Norteamérica les incumbe, y de actuar en consonancia, a fin de suavizar la discriminación económica y social impuesta a los negros durante largas generaciones, el blanco partidario de la supremacía de su raza procura, por todos los medios a su

alcance, perpetuar la injusticia racial que tuvo su origen, hace largos años, en la esclavitud. Mientras estas costumbres puedan mantenerse, la conciencia del blanco, convencido de la supremacía que le corresponde, estará en paz y tranquilidad. Los medios para imponer el respeto a estas costumbres varían desde las amenazas hasta la muerte, pasando por el castigo físico.

El Consejo de Ciudadanos, o el Consejo de Ciudadanos Blancos, como con mayor justeza suele denominarse a esta organización instrumento del dominio blanco, fue fundada, hace muy poco, en los años cincuenta del presente siglo, en Mississippi. La finalidad de esta organización estriba en legalizar la segregación y lograr que la ley prohíba toda forma de integración y de igualdad racial, así como en evitar que el blanco tenga que realizar individualmente y por sí mismo la pesada tarea de intimidar a los negros.

El Consejo de Ciudadanos Blancos es un elegante club cuyos miembros, vestidos con atuendos propios de hombres de negocios —y a menudo con la toga de los administradores de justicia y las ropas eclesiásticas—, se dedican durante el día a conseguir, mediante sutil propaganda y directa presión política, aquellos resultados que el Ku Klux Klan no siempre alcanza mediante actos de intimidación y premeditada violencia, realizados de noche, con el disfraz de sus blancas sábanas.

En el ambiente racista dominante en aquellas regiones, la pertenencia al Consejo de Ciudadanos Blancos no tardó en ser considerada como un símbolo de distinción social, tanto para el blanco convencido de la supremacía de su raza, como para el simple oportunista político. Debido al descarado uso que de los prejuicios y el oportunismo hace tal organización, pronto aparecieron numerosas delegaciones locales en diversas ciudades y pueblos de Mississippi.

Ahora, a los diez años de haberse fundado la organización, todos los Estados del Profundo Sur tienen consejos, y, además, hay un apartado de correos a nombre del Consejo de Ciudadanos Blancos de América, a cuyo través los racistas de cualquier parte de los Estados Unidos pueden ingresar en la organización, así como comprar insignias y folletos. En Mississippi y en los demás Estados, el único propósito de la organización consiste en provocar los prejuicios raciales y en promover la acción política, a fin de establecer y legalizar la segregación y la discriminación en todos los Estados Unidos.

Aquel decidido partidario de la supremacía blanca habló con la encendida mirada y el fervor evangélico propios de un misionero que predicase en una iglesia de pueblo de Mississippi, una ardiente noche de verano.

Le voy a contar los hechos, pura y simplemente. El destino de nuestra patria está en manos de gentes como nosotros, que trabajamos noche y día a fin de evitar que las dos razas se mezclen. Somos nosotros y sólo nosotros, puede estar seguro. Y estoy muy orgulloso de ello.

Trabajamos arduamente para evitar que la raza blanca sea borrada del mapa. Si no implantamos la segregación, y la implantamos ahora mismo, nuestra raza se

convertirá en una raza de mestizos, no será blanca, como nosotros, ni tampoco negra, como ellos. Seremos todos de un sucio color gris, intermedio. Por el bien de la raza blanca, tenemos el deber de impedir que esto ocurra.

Oirá hablar mucho de la integración y de que hay que ser democráticos, y de mil tonterías más difundidas por los malditos radicales. Pero no se deje engañar. Sabemos perfectamente que no se trata más que de presiones que pretenden ejercer los yanquis sobre nosotros. Es un típico truco comunista. Si uno oye hablar de integración y no se para a meditar un poco, uno termina por aceptar que es natural permitir que los negros vivan donde les dé la gana, vayan a donde quieran y hagan lo que les plazca. Pero si nos dejamos de teorías y nos fijamos en la realidad práctica, no habrá ni un solo hombre de pura raza blanca que sea partidario de la integración.

Es contrario a la democracia imponer la integración a los blancos puros y obligarlos a mezclarse con los negros. La segregación otorga al hombre blanco el derecho democrático de elegir a la gente con quien quiere comer, comerciar e incluso hablar. Por esto no es más que un truco comunista afirmar que los blancos y los negros deben mezclarse. Me gustaría que esos yanquis se mezclaran y terminaran siendo del color intermedio que se merecen tener.

He tenido ocasión de oír decir a los yanquis que las gentes como nosotros, los que pertenecemos al Consejo de Ciudadanos Blancos, odiamos a los negros, y somos reaccionarios, y cosas por el estilo. Pero no es cierto. Es todo pura patraña. Se trata del truco del que antes le he hablado. Somos leales ciudadanos norteamericanos blancos que tenemos la hombría suficiente para hablar claro y alto, y para hacer algo a fin de evitar que los negros nos avasallen y se apoderen de lo que no es suyo. Somos mucho más patriotas que los yanquis que tanto nos critican.

Los negros dicen que quieren dormir en nuestros hoteles y moteles, pero, en realidad, no tienen el menor derecho a ello, del mismo modo que tampoco tienen derecho a entrar en mi casa y dormir en mi cama. Dicen que quieren comer en nuestras cafeterías y restaurantes, pero tienen tanto derecho a hacerlo como a colarse en mi casa, sentarse a la mesa y ordenar a mi esposa que les sirva.

Y lo mismo ocurre con todo lo que reclaman. Si hacemos la menor concesión a los negros, ya no habrá modo de detenerlos en sus pretensiones.

Y, ante todo, no hay un solo negro en la ciudad que no ambicione acostarse con una mujer blanca. Es exactamente así. Y no crea que pretenden casarse con mi hermana, por ejemplo. No, nada de eso. Lo que quieren es comenzar por desnudarla, y luego, seguir adelante. Si se lo permitimos convertirán a las mujeres blancas en un hatajo de prostitutas, y, luego, nos prohibirán a los blancos que las toquemos. Si usted ve a un grupo de negros en una esquina, que miran a una mujer blanca que pasa por allí, no tendrá usted que meditar mucho para adivinar en qué piensan. Sí, señor. No piensan más que en echarle las manos a los pechos, y poner sus pelotas entre sus piernas.

Antes era cosa normal que los blancos, cuando se sentían de humor para ello,

anduvieran detrás de muchachas negras atractivas. Abundaban mucho esas chicas, y resultaba fácil lograrlas, al atardecer o de noche. Y en la cama siempre daban mucho más juego que las chicas blancas normales. Pero esto ya se acabó, porque en nuestros días abundan las chicas blancas con las que ir a la cama.

Ahora ocurre lo contrario. Ahora, resulta que los negros quieren acostarse con las blancas. Pero nadie podrá convencerme de que sea decente que una mujer blanca fornicque con un negro. Y quien lo diga es un yanqui y un comunista, y hay que echarle del país.

Todo esto demuestra que debemos conservar íntegramente las normas de segregación, que, por cierto, en los tiempos que corremos, no son suficientes. Lo que tenemos que hacer es imponer una mayor segregación, y hacerla observar. El modo para conseguirlo consiste en darle forma legal, de manera que el gobierno no pueda venir aquí y encarcelar a los blancos por el delito de hacer lo que consideramos justo.

Los negros no lo saben porque son demasiado estúpidos para ello, pero nadie ignora que vivían mucho mejor en los tiempos en que no sabían leer ni escribir. Entonces, se les enseñaba a no salirse del sitio que les corresponde, y nunca provocaron conflictos pretendiendo ser iguales a los blancos y tener los mismos derechos. Por esto, la segregación rígida y sin contemplaciones favorece a todos, y a los negros más que a nadie. Cuando viven segregados no se les ocurren ideas equivocadas sobre lo que son. Entonces sí que saben cuál es su lugar, y no intentan salirse de él.

Aquí, los yanquis han tenido la desfachatez de darnos consejos, que nunca les pedimos, sobre el modo de tratar con los negros. A mí no me molesta que me critique alguien que sabe más que yo acerca de determinado asunto y que puede demostrarme que estoy equivocado. Pero no tolero que me critique alguien que no sabe lo que se dice. Allá, arriba, los yanquis se pasan a veces semanas enteras sin ver la cara de un negro, viven tan apartados de ellos como pueden, y no comerían en el mismo restaurante ni aunque les regalaran la comida.

Pero, al parecer, esto no tiene importancia, porque son precisamente los yanquis quienes organizan formidables escándalos cuando nosotros decimos que no queremos niños negros en las escuelas de los niños blancos, y cuando procuramos que los negros no coman en nuestros restaurantes ni duerman en nuestros moteles. Pero, a este respecto, voy a decirle algo que quizás usted ignore. Y conste que lo he visto infinitas veces. Cuando un yanqui viene a vivir aquí, antes de que pase un año se convierte en el más acérrimo partidario de la segregación. No, no está dispuesto a que los negros anden detrás de su esposa.

Principalmente nos critican en lo referente a eso que los yanquis llaman derechos civiles. Cuando hablan de derechos civiles no se refieren a la segregación, en realidad. En el Norte tienen su propia segregación, también, y quieren mantenerla del mismo modo que nosotros queremos conservar la nuestra. Cuando hablan de derechos civiles, en realidad hablan de votos. Sí, lo que quieren es obtener los votos

de los negros para poder dominar nuestra política. Quieren esto tan sólo. Les importa un rábano que los negros vayan a las escuelas blancas y duerman en los moteles blancos del Sur. Buscan los votos de los negros y nada más.

Los del Norte juran y vuelven a jurar que al criticarnos son absolutamente sinceros. ¡Mentira! Es sólo un truco para quitarnos las riendas políticas de las manos y situar a sus propios políticos en Washington, empezando por la Casa Blanca y terminando en el último cargo. Y si alguna vez logran sus propósitos, a los votantes blancos del Sur más les valdrá dejar de votar, porque de nada les servirá.

Estoy convencido de que dentro de poco ocurrirá algo muy curioso. Los negros se trasladan, en grandes cantidades, al Norte, y allí se multiplican a velocidad dos veces mayor que los blancos. Y si van al Norte no es porque les guste más vivir con los yanquis que vivir aquí, en el Sur. Van allá para conseguir empleos con salarios dobles o triples de los que se les paga aquí, o en cualquier otro sitio.

No puede tardar en llegar el día en que los blancos del Norte despierten de su marasmo, abran los ojos, y se vean rodeados de negros, negros en las escuelas, negros en las iglesias, negros en las tiendas, en las casas, en los restaurantes, en todas partes. Entonces, los yanquis meditarán un poco. Y cuando recobren el sentido común, veremos cómo los yanquis se desesperan, se estrujan las manos, se mesan los cabellos e intentan encontrar un modo de mantener a los negros apartados de ellos. No, los del Norte todavía no lo saben, pero terminarán haciendo lo mismo que nosotros hacemos, es decir, mantener a los negros en el sitio que les corresponde e impedir que penetren en nuestro territorio.

Al parecer, ya hay algunos blancos del Norte, los más inteligentes, que se preparan para el momento en que ocurra lo que acabo de explicar, y a este fin ingresan en el Consejo de Ciudadanos Blancos, solicitándolo a través de nuestro apartado de correos, y estudian los procedimientos que nosotros solemos emplear. Por el momento, son pocos los blancos del Norte que han ingresado en nuestra organización, pero no tardarán en ser muchos. De día en día, la situación se hace más difícil, y esto los obligará a unirse a nosotros. Los del Norte saben perfectamente que nosotros tenemos experiencia y conocimientos en enfrentarnos con los negros, y recurrirán a nosotros para que, por amor de Dios, los saquemos del atolladero.

No me sorprendería que los yanquis, después de habernos criticado con tanta dureza, se sintieran un poco avergonzados, pero, de todos modos, no por esto dejaremos de ayudarles. A los buenos profesionales les gusta sacar de apuros a los aficionados y enseñarles la manera de hacer las cosas con corrección y eficacia.

Honda, densa, de color castaño oscuro, la tierra de aluvión del valle del bajo Mississippi, allí depositada por los frecuentes desbordamientos del río, cubre una zona del Profundo Sur, de una anchura de cincuenta millas o más, y de casi cuatrocientas millas de longitud, entre Memphis y Nueva Orleáns.

La fértil capa de mantillo, barro, detritus orgánico y tierra mulata, que el río, alimentado durante siglos por las lluvias y los deshielos ha transportado a la Tierra de Bisco, desde los campos y los bosques de una tercera parte de los Estados Unidos, desde Montana a Tennessee, ha creado un paraíso agrícola a ambos lados del siempre desbordado Mississippi. Pero este paraíso hubiera sido estéril sin el trabajo de los negros. Por esto, se implantó legalmente la esclavitud, y, luego, ilegalmente, la servidumbre.

La amplia región formada por las llanuras cubiertas por la tierra de aluvión que el río deposita en ellas, de cálido clima subtropical y beneficiadas por abundantes lluvias, ha sido siempre denominada «el Delta», pese a que el verdadero delta geográfico del Mississippi se encuentra mucho más al sur.

Es indiscutible privilegio de la naturaleza el despojar de la riqueza de su suelo a una amplia zona de Norteamérica, para depositarla en el Delta. Sin embargo, no tan indiscutible es aquel otro privilegio que permitió que los propietarios de las plantaciones obtuvieran riquezas de la tierra, merced a empobrecer despiadadamente a las gentes que la trabajaban. De generación en generación, la propiedad de la tierra cambió de manos, pero el feudal sistema de explotación permaneció inalterable. Este paraíso agrícola sigue siendo una realidad, del mismo modo que lo son los hombres que han trabajado y trabajan, sin equitativa compensación, hundidos en un infierno social y económico, desde los tiempos de la esclavitud.

El Yazoo Basin es una de las llanuras formadas naturalmente por los desbordamientos del río, situada al este del Mississippi —dentro del Estado del mismo nombre— cuyas tierras de cultivo están ahora protegidas, mediante diques, de las destructivas inundaciones. El río Yazoo —lo mismo que el Big Black y el Bayou Pierre— es uno de los muchos cuyas barrosas aguas afluyen al Gran Río.

Más de la mitad de los habitantes del Yazoo Basin son negros de Angola y Guinea, descendientes de esclavos, que tan sólo trabajan unos pocos meses al año en las tareas de plantar, cosechar y embalar el algodón. Sin embargo, pese a que el Yazoo Basin está densamente poblado de negros, éstos constituyen únicamente una pequeña parte de los negros que viven en el Delta, a uno y otro lado del Mississippi, entre Memphis y Nueva Orleáns, ante cuya extremada pobreza parece envidiable la miseria que padecen otros americanos.

El obrero sin trabajo o el más pobre de los ciudadanos, sea cual fuere el color de

su piel, de los barrios pobres de las ciudades o de los villorrios escondidos en la zona de los Apalaches, puede, si quiere, hacer cola para recibir los vales de comida del gobierno o los cheques de la beneficencia. Pero los trabajadores agrícolas del Delta no pueden beneficiarse, por incomprensibles razones legales, de los programas de socorro gubernamental.

Cuando el trabajador agrícola negro del Delta se encuentra en paro y sin dinero, tan sólo le cabe la esperanza de que se conviertan en realidad los rumores que, de vez en cuando, llegan a sus oídos, y de que sea uno de los afortunados que reciben un lote de comida y ropas, donado por alguien conocedor de su triste situación, y que sabe cómo llegar hasta él. Los alimentos y las ropas que las parroquias, los sindicatos y las asociaciones cívicas recogen en Memphis y Nashville son siempre suficientes para hacer correr esperanzadores rumores en el Delta, pero nunca han bastado para aliviar la situación de todos los que han escuchado y esparcido los rumores.

Las ropas y los alimentos escasean en muchos otros lugares, además de en el Delta, y quienes no están enfermos saben, por lo general, hallar la manera de sobrevivir, de superar los embates del hambre y del frío. Y, en el Delta, casi siempre es posible encontrar los alimentos imprescindibles, de cualquier clase que sean, por escasos que sean, y hacerse con ropas viejas que uno puede ponerse, tras coserlas y remendarlas. La insuficiencia de ropas y comida es tan sólo una de las penalidades que la pobreza inflige a los negros del Delta. La situación imperante en esta zona exige que los norteamericanos nos ocupemos de volver a definir los conceptos de pobreza y miseria.

Aquel joven trabajador agrícola negro, su esposa y sus tres hijos, llevaban ya algunos años viviendo en una plantación de algodón, a cuatro millas del más cercano pueblo del Yazoo Basin. Su vivienda, por la que pagaba un alquiler de diez dólares al mes, era una frágil barraca, construida con tablas, veinte años atrás, y maltratada por las inclemencias del tiempo, que constaba de dos habitaciones. Desde hacía años faltaban los cristales de dos de las cuatro ventanas, y en su lugar los inquilinos habían puesto unas planchas de hojalata cubierta de orín, que un vendaval había arrancado de la techumbre.

El blanco propietario de las tierras y de la barraca no había proporcionado a los inquilinos el material necesario para efectuar las reparaciones de las ventanas, y éstos prefirieron protegerse del viento y de la lluvia cubriendo las ventanas con las planchas de hojalata del techo que evitar las goteras. Por su tamaño y estado, la barraca en nada se diferenciaba de las otras con las que formaba una hilera, separadas unos veinte pies unas de otras, a lo largo del embarrado camino. Tras cada barraca había una letrina, con un saco en vez de puerta. Un pozo, con bomba accionada a mano, proporcionaba agua a todos los vecinos.

Aquel negro habló de su vida libremente, sin temores, cosa que no hicieron los negros viejos, cautelosos y suspicaces, que temían las consecuencias que quejarse podía comportarles, y la ira y la venganza del blanco, propietario de las tierras.

Hace siete meses que no trabajo, desde el pasado septiembre, y debo cinco meses de alquiler ya, dijo el joven negro. Y tanto mi familia como yo llevábamos hambre atrasada desde hace bastante más de cinco meses. Nos pasamos la vida con la barriga vacía.

El hombre blanco me prometió que este año me daría trabajo, dos meses cortando el algodón y dos meses recogiénolo, y por esto me voy a quedar. Luego, me iré. Sí, seguro. Me iré. Lo he pensado y ya estoy decidido. En esos cuatro meses ganaré cinco dólares diarios, pagaré los alquileres atrasados que le debo al blanco por vivir en la barraca, y luego le seguiré pagando para estar al día, hasta que la cosecha termine.

Mi mujer y yo estamos ya cansados de vivir aquí y no pensamos aguantarlo más. Trabajamos durante todo el verano para pagar los alquileres del año, y pasamos el invierno sin comer, en esta vieja barraca. No, no, señor. Esto es absurdo. Y de nada serviría que fuéramos a la ciudad. En la ciudad los alquileres son tan altos como aquí y tampoco hay trabajo.

Le voy a decir qué pienso hacer. Me iré a Nueva Jersey. Sí, sí, seguro. Puede estar seguro de que lo haré. Y, entonces, dejaré de trabajar sólo cuatro meses al año para el hombre blanco, y de pagarle los alquileres de doce meses para vivir en esta barraca, y de pasar hambre la mitad del año. Me iré a Nueva Jersey, y me quedaré allí. Sí, señor, allí me puedo ganar la vida, no aquí.

Ya he estado una vez en Nueva Jersey. Hará unos dos años de eso. Pero tuve que volver aquí, porque mi padre enfermó, y me dijeron que volviera, cuando estaba agonizando. En Nueva Jersey tenía un buen empleo en una fábrica de cremalleras y ganaba dos dólares por hora, siempre, todos los meses, y no como aquí, que gano menos de la mitad de eso trabajando para el hombre blanco, sólo cuatro meses al año.

Mi hermano está allí, en Nueva Jersey, y me proporcionó el empleo de que le he hablado. El sigue allí. No, no ha vuelto. Dice que ahora ya es del Norte, y no quiere saber nada de Mississippi. Y hace bien. Aquí por poco lo matan; un blanco se enfadó con él por una tontería y le pegó dos tiros. Mi hermano se pasó toda la noche y el día siguiente en un charco, allí donde lo dejó el blanco pensando que estaba muerto. Pero al fin mi hermano salió y se arrastró media milla, hasta llegar a una casa, donde le auxiliaron. Por eso no quiere volver a Mississippi.

Cuando haya trabajado los cuatro meses para el blanco y le haya pagado los alquileres, mi hermano me mandará dinero para que mi familia y yo vayamos a Nueva Jersey y nos quedemos allí, como él hizo. El día en que nos vayamos será un gran día. Mi hermano vive en una casa muy bonita, y tiene un baño de veras, con agua que sale de la pared, y tiene todo el calor que quiere cuando hace frío. No, él no volvería a vivir en una barraca como ésta. Y, cuando me vaya, tampoco yo volveré a vivir en una barraca. Pero no me iré hasta que haya trabajado esos cuatro meses para el blanco y le haya pagado los atrasos que le debo.

El blanco me dijo que me denunciaría al *sheriff*, si me iba sin pagarle lo que le

debo, y que el *sheriff* me cogería. Pero el blanco no tiene por qué preocuparse. Ya pagaré, antes de irme. No, no estoy dispuesto a que me cojan y me metan en la cárcel, y a que entonces no pueda ir a Nueva Jersey. Tengo metido entre ceja y ceja ir a Nueva Jersey, e iré.

Ya hubiera ido, el año pasado, después de la cosecha y de pagar los alquileres que le debía al blanco, pero mi madre se puso enferma y tuve que cuidarme de ella ante todo. Mi madre ya ha pagado el seguro de pompas fúnebres, pero no tiene seguro de tumba ni de sitio en el cementerio. Vive en la ciudad, con su hermana, y no puede trabajar, por lo que tampoco puede ganar dinero.

Hay mucha gente que se olvida del seguro de cementerio y luego resulta que ya es demasiado tarde. Supongo que si se olvidan es porque se han pasado toda la vida sobre el suelo, y no se acuerdan de procurarse un sitio debajo del suelo, para que les pongan allí cuando se mueran.

A esto se debe que todavía esté yo aquí, y no en Nueva Jersey. Pero me iré tan pronto arregle lo del seguro de cementerio de mi madre. Ahora nada me impedirá ir allá para quedarme, y trabajar en el buen empleo que mi hermano me dará, y ganar el dinero suficiente para que mi familia pueda comer y vestirse.

No tengo nada contra el blanco, excepto que no le da la gana de arreglar la barraca, y que no me dejó cavar una tumba en su tierra para enterrar a mi padre cuando se murió sin seguro de cementerio.

Le dije al blanco que yo me encargaría de hacer todo el trabajo necesario para arreglar la casa y que a él no le costaría ni un céntimo, salvo el material del techo, algunas tablas y los clavos. Pero dijo que no quería gastarse dinero en una casa vieja, como ésta, que de todos modos iba a derrumbarse cualquier día. Cuando me dijo esto, yo le contesté que bastaba con que me dejara coger la techumbre y las tablas de cualquier otra barraca vieja, de su propiedad, en la que ya nadie pudiera vivir. Y tampoco quiso.

Yo no sé qué le pasa al blanco, no sé si es tacaño de por sí, o si no le importa lo que les ocurra a los negros que trabajan para él. Algo de eso debe haber porque no se porta como debiera para con los negros que trabajan para él. Una vez le dije que los negros que trabajan para él, y que le pagan diez dólares al mes de alquiler, debieran vivir en casas sin goteras, y sin ventanas rotas por las que entran las ratas del campo, y luego se pasean por encima de uno por la noche.

Pero de nada sirvió que le dijera esto. Bueno, sirvió para que se enfadara. Me dijo que mejor sería que cerrase el pico y que no volviera a abrirlo, si quería evitarme problemas. Parece que los negros no pueden hablar de nada al hombre blanco. Aquí, en esta tierra, hay algunos blancos que se portan bien, pero el mío no es de éstos.

Mi padre vivía aquí mismo, en la cuarta casa, carretera abajo, y casi toda su vida trabajó aquí, en esta plantación, para el blanco, y, antes, para su papá. Mi padre se encontraba en mejor posición que la mayoría de los negros que viven aquí, porque había pagado su seguro de pompas fúnebres. Pero no había pagado ni cinco de su

seguro de cementerio.

Por eso tuve que pedirle al blanco que me adelantara veinticinco dólares con los que comprar un sitio en el cementerio, en el que enterrar a mi padre. El papá del blanco solía dejar que los negros fuesen enterrados en cualquier sitio de su tierra, cerca de la casa donde había vivido el muerto, pero el hijo no me dejó.

Prometí al blanco que tan pronto llegara el tiempo de la cosecha trabajaría de firme y le devolvería los veinticinco dólares. Pero no quiso prestármelos. Tampoco tenía tiempo para escribir una carta a mi hermano de Nueva Jersey, pidiéndole que me mandara dinero para enterrar a mi padre. Mi padre ya llevaba dos días muerto, y el de las pompas fúnebres me dijo que la ley mandaba que los muertos fuesen enterrados en algún sitio u otro, antes de que terminara el tercer día.

Mi padre había pagado hasta el último centavo de los cincuenta dólares del seguro de pompas fúnebres, pero ni cinco del seguro de cementerio. Este era el problema. El de pompas fúnebres se gastó los cincuenta dólares en la caja, y, claro, no quedó nada para el cementerio. Uno no sabe lo pobres que pueden llegar a ser los pobres, hasta que uno es tan pobre que ni siquiera puede ser enterrado.

Cuando vi que no podría convencer al de pompas fúnebres para que me diera una parte del dinero que había cobrado del seguro, a fin de que yo pudiera dedicarlo al cementerio, entonces fue cuando salí de la ciudad y me vine aquí, y le pedí al blanco que me prestara veinticinco dólares para el cementerio.

Y entonces el blanco dijo que no quería prestármelos. Le dije que el hombre de pompas fúnebres me había dicho que tenía que enterrar a mi padre aquel mismo día, porque así lo manda la ley, y que yo tenía que desembarazarme de mi padre y la caja, o de lo contrario el de pompas fúnebres cogería la caja con mi padre dentro y la dejaría en una calleja que hay detrás de su establecimiento. Y el blanco me dijo que enterrar a mi padre era asunto mío y no suyo.

Quizá no todo el mundo lo sepa, pero de este modo descubrí yo que uno nunca es más pobre que cuando intenta enterrar a alguien y no puede obtener el dinero necesario para que le dejen a uno enterrar el muerto en un pedazo de tierra. Uno piensa que seguramente habrá algún cementerio gratis para la gente como mi padre, pero no es así, no lo hay. Me dijeron que en la ciudad hay un cementerio en que los pobres pueden ser enterrados gratis, pero allí no quieren a los pobres del campo.

Los vecinos me quisieron ayudar, pero entre todos reunieron muy poco dinero. Ya el día se estaba acabando y faltaba poco para el anochecer. Entonces fue cuando volví a casa del hombre blanco, y le pedí por favor que me dejara cavar una tumba, detrás de mi casa, y enterrar allí a mi padre.

Ya puede usted imaginar lo que me contestó. El blanco dijo que si cavaba un hoyo en cualquier lugar de sus tierras y metía a mi padre dentro, él se encargaría de hacer pasar un tractor por encima para que no quedase ni rastro de la tumba. Intenté explicarle que la tumba de mi padre no le quitaría ni un palmo de su tierra de labor, porque, si me lo permitía, la cavaría junto a mi casa, a la entrada o detrás. Y él dijo

que no quería que su tierra estuviera llena de negros pudriéndose debajo.

Tenía que encontrar una solución u otra. Apenas me quedaba tiempo. El sol ya estaba muy bajo, rasando las copas de los árboles, y se iba hundiendo de prisa. Tres vecinos y yo fuimos por el camino hasta la carretera asfaltada, para pedirle al tendero negro que nos dejara la camioneta, y con ella ir a buscar a mi padre a casa del de pompas fúnebres y llevárnoslo en la caja.

Llegamos a la ciudad cuando ya era de noche, y, como suponíamos, la caja estaba en la calle detrás de la tienda de pompas fúnebres, tal como me habían anunciado. La cargamos en la camioneta y emprendimos el camino de vuelta. Mientras regresábamos, los cuatro hablamos sobre cómo podríamos solucionar el problema, y al fin nos dimos cuenta de que sólo había una solución.

Entonces, ya hacía rato que era de noche; la luz de la luna era muy floja, y parecía que de un momento a otro el cielo fuera a nublarse, y que comenzaría a llover. Llevamos la camioneta a un lado de la carretera y la metimos en el margen, en la parte más ancha del margen, y buscamos un sitio seco y alto, alejado del agua que pasaba por el regato. Allí comenzamos a cavar con los picos y las palas que trajimos de la plantación, e hicimos un hoyo lo bastante hondo y ancho para que cupiera el ataúd.

Bueno, allí no había ningún predicador ni diácono ni nada, y lo único que podíamos hacer era quedarnos allí, en pie, quitarnos los sombreros y cantar un poco. No cantamos muy alto —sólo lo bastante alto para que las canciones sonaran como deben— para que no nos oyeran unos blancos que vivían en una casa cercana, y no les entrase curiosidad, y no vinieran allí y vieran lo que ocurría junto a la carretera del Estado, durante las horas de la noche. Entonces echamos tierra sobre la caja, y tapamos el hoyo, apisonando bien la superficie, de manera que todo quedó como antes, y ahora ni los que pasan por la carretera, ni nadie, puede darse cuenta de lo que hay allí.

La única manera de marcar el lugar, para acordarnos después de dónde estaba mi padre, era poner un viejo anuncio de la fábrica de pan Holsum que encontramos en el suelo. Y allí lo pusimos. El anuncio de la fábrica de pan parecía una cosa natural allí, al margen de la carretera.

Para ir a la tumba hay que seguir el camino que va a la carretera asfaltada, entonces girar hacia la ciudad, y a cosa de media milla está la tumba. A mano derecha, junto a la tela metálica, allí donde hay un árbol con la corteza como tiñosa, verá el anuncio de la fábrica de pan Holsum, plano en el suelo, y al lado una lata de fruta con flores.

Todos los domingos, mi mujer va allí y pone flores en la lata de fruta, porque mi madre no puede levantarse de la cama e ir ella. Ahora, pago veinticinco centavos a la semana por el seguro de cementerio de mi madre, de modo que cuando muera tendrá sitio en el que ser enterrada. El seguro de pompas fúnebres ya lo tiene pagado.

Francamente, no me parecería decente ir a vivir a Nueva Jersey y dejar a mi

madre aquí, sin haber pagado una tumba en el cementerio. No me parece decente enterrarla junto a la carretera, de noche, y cuando nadie lo vea.

Cierto es que el Estado se preocupa de mantener limpios los márgenes de la carretera, y se corta la mala hierba, y se cuida el césped, y se recogen las latas vacías de cerveza que la gente tira, pero estoy decidido a que mi madre tenga la tumba que mi padre no pudo tener. Quiero que la entierren en el cementerio, de día, con el predicador, y cantando todos en voz alta, tal como la gente que se muere quiere ser enterrada.

No, que yo sepa, los negros de Georgia y de Alabama no vienen a esta parte de Mississippi. Que yo sepa ningún negro de Georgia o de Alabama ha venido aquí. Y los que sepan lo que yo sé, se quedarán donde están o, en todo caso, irán a Arkansas. Quizás allí la situación de los negros no sea mejor que la nuestra, pero puede estar seguro de que no será peor.

Si ese Bisco de quien me ha hablado me preguntara, le diría que se fuese a Nueva Jersey, tal como yo haré. No me avergüenzo de haber nacido en el Gran Sur, pero no estoy dispuesto a que el Gran Sur acabe conmigo.

Desde antiguo, la vieja carretera de Memphis ha sido un estrecho camino, a veces polvoriento pero casi siempre embarrado, recto y liso, que avanza sobre las oscuras y suaves tierras del Delta, a lo largo de las vías del ferrocarril que va de Clarksdale a Coahoma, en la zona norte de Mississippi.

Mucho antes de la Guerra Civil, por esa carretera, en aquel entonces fuente de buenos ingresos para los salteadores de caminos, circulaban las diligencias y carros de carga, pero ahora no es más que un camino interior entre campos de algodón. No consta en las guías, y, desde la construcción de la carretera asfaltada, unas millas hacia el este, los automóviles apenas la utilizan.

Ahora, en los años sesenta, la vieja carretera de Memphis sigue tan embarrada, resbaladiza y traicionera, en los días lluviosos, como era cuarenta años atrás, si la memoria no me engaña, cuando constituía el único camino que los transportistas de algodón podían utilizar, y por la que sólo de vez en cuando circulaba un solitario automóvil, en trayecto desde Clarksdale a Memphis.

En el verano de 1918, durante el último año de la Primera Guerra Mundial, yo contaba quince años de edad, y ya llevaba dos meses en el cargo de chófer del automóvil oficial de la YMCA, en un campamento de instrucción militar situado en Millington, Tennessee, unas dieciocho millas al norte de Memphis.

Debido a que yo era el único conductor del automóvil oficial, y habida cuenta de que estaba en servicio veinticuatro horas al día, me mandaban con frecuencia a la estación de Millington para recibir a algún conferenciante o músico que hacía el recorrido de los puestos de la YMCA. Sin embargo, con mayor frecuencia me despertaban, entre la medianoche y el alba, para que fuese a buscar y devolviera al campamento a algún soldado borracho, en cualquier bar ilegal de Millington o en una casa de prostitución, con el fin de evitar que faltara a la lista de diana del día siguiente. Alguna que otra vez, uno de los miembros de la plana mayor quería ir a la iglesia, el domingo, y yo lo llevaba a la ciudad, donde esperaba a que el servicio religioso terminara.

Sin embargo, aquel verano la tarea que con más regularidad tuve que realizar fue la de llevar al secretario o a cualquier otro miembro de la plana mayor de la YMCA a Memphis, los fines de semana en que querían visitar a sus amigos o pasar las horas de permiso en un hotel.

Al cabo de dos meses de haber comenzado este trabajo, mi historial de conductor era excelente, ya que jamás fui denunciado por correr más de la cuenta ni tampoco tuve ningún accidente, y el secretario de la YMCA dijo que mi habilidad de conductor le inspiraba tanta confianza que no tenía ningún inconveniente en que fuese en tren a Clarksdale, cogiera el turismo Ford de su propiedad y lo condujera a

Millington, en un trayecto de cien millas, nada menos.

Un caluroso sábado del mes de agosto, poco después del mediodía, me apeaba del tren en Clarksdale. Al cabo de media hora, ya me encontraba ante aquella casa cuyas señas me había dado el secretario. Era una casita blanca. Llamé a la puerta, para decir a la esposa del secretario que yo había venido para llevar el automóvil a Millington.

La esposa del secretario, muchacha de unos veinticinco años, esbelta y con el cabello negro, abrió la puerta inmediatamente, como si hubiera esperado mi llegada. Me dijo que su marido le había anunciado que yo iría a recoger el automóvil, y que me había preparado un almuerzo con pollo frito, guisantes y ensalada de tomate. Insistió en que debía hacer los honores a la comida que me había preparado, en que no podía emprender el largo viaje de regreso a Tennessee sin haber comido.

La muchacha se sentó conmigo a la mesa, pero no comió, y mientras jugueteaba nerviosamente con un cuchillo y un tenedor, me hizo tantas preguntas sobre su marido que tardé una hora en acabar la comida. Me preguntó por qué su marido quería tener el automóvil en Millington, cuando en realidad podía utilizar el coche oficial de la YMCA; me preguntó con qué frecuencia su marido pasaba los fines de semana en Memphis; repetidas veces se mostró interesada en saber si su marido salía a menudo y si dormía fuera, en vez de hacerlo en el dormitorio de la YMCA. Le dije que mis deberes, consistentes en lavar, sacar brillo, engrasar y conducir el automóvil oficial, apenas me dejaban tiempo para enterarme de a dónde iba su esposo, ni de lo que hacía cuando no se encontraba en el comedor o en el dormitorio de la YMCA.

Cuando me levanté de la mesa, la muchacha me dijo que ya era muy tarde, y que parecía que al atardecer habría tormenta, por lo que sería mejor que pasara la noche en su casa y emprendiera el regreso a primera hora del día siguiente. Me llevó a una habitación en la que dijo podía pasar la noche, se inclinó sobre la ancha cama y pasó suavemente la mano sobre la colcha blanca y brillante. Instantes después dijo que no tenía hijos, y que se sentía muy desgraciada allí, sola en la casa. Cuando, desde la cama, dirigió la vista hacia mí, en sus ojos apuntaban las lágrimas.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando saqué el automóvil del cobertizo de la parte trasera de la casa, e hice un ademán de despedida a la muchacha, que me había seguido hasta la calle. Cuando miré hacia atrás por última vez, la esposa del secretario se puso las manos ante el rostro, de manera que parecía que volviese a llorar.

Conduje despacio por las calles de Clarksdale, deteniéndome a menudo para preguntar qué camino seguir, hasta que encontré la vieja carretera de Memphis, que avanzaba hacia el norte, a lo largo de las vías del ferrocarril Central de Illinois. Habían pasado ya las horas más calurosas de aquel día de agosto, pero las oscuras nubes de tormenta que la esposa del secretario había presentado, comenzaron a avanzar rápidamente, procedentes del Mississippi, que discurría a pocas millas de allí, en el momento en que yo enfilaba la carretera sin asfaltar que conducía a Coahoma.

Durante los primeros minutos pude ir a veinte millas por hora, y creí que si no me detenía en toda la noche podría llegar a Memphis al alba del día siguiente, y entregar el coche al secretario de la YMCA, en Millington, poco antes de la hora del desayuno.

La tormenta avanzaba más rápidamente que mi automóvil, debido a que los baches de aquel camino no me permitían acelerar, y entonces comencé a preguntarme si no habría sido mejor que me hubiese quedado en Clarksdale, tal como la muchacha me había propuesto. Había recorrido unas nueve o diez millas cuando de repente comenzó a llover de un modo torrencial, y entonces comprendí que ya era demasiado tarde para dar media vuelta y regresar a Clarksdale. El agua llenó los baches de la carretera, y el parabrisas quedó tan embarrado que me veía obligado a sacar la cabeza por la ventanilla a fin de poder ver lo que tenía delante.

La carretera se había convertido en una interminable charca, y, súbitamente, las ruedas traseras comenzaron a resbalar en el barro, y a dar vueltas y vueltas, sin avanzar. Incluso en estas circunstancias, pensé que si conducía despacio y cuidadosamente, podría seguir mi camino, pese al resbaladizo barro del Delta. Pero en aquel preciso instante, las ruedas patinaron de lado, el automóvil se salió de la carretera, se metió en la cuneta y, en el segundo siguiente, volcó, sin darme tiempo a saltar fuera, tal como yo hubiera querido, para no quedar aprisionado debajo. Oí el ruido del parabrisas al romperse, en el mismo momento en que la lona de la techumbre, aplastada contra el suelo, quedaba en contacto con mi cuerpo y con el volante. Oí el sonido de agua saliéndose de algún lugar cercano a mí, y después el agua me mojó la cabeza.

El motor dejó de funcionar cuando se sumergió en el agua del bache, y yo pude oír entonces el repiqueteo de la lluvia sobre el coche volcado, y los frecuentes estallidos de los relámpagos que fulminaban los cipreses junto a la laguna cercana a la carretera. Pronto percibí el olor de la gasolina que se salía del depósito situado sobre mi cabeza, y entonces temí que el automóvil se incendiara.

Cuando quise moverme, sentí dolor en el brazo izquierdo. Intenté liberar el brazo de lo que lo aprisionaba, a fin de poder arrastrarme y salir de bajo el coche, pero el dolor se intensificaba a cada movimiento que yo hacía. Y entonces comprendí que estaba aprisionado entre el suelo y el automóvil. Comenzó a invadirme una extraña sensación de desmadejamiento y debilidad, y pensé en la fresca y blanca colcha, sobre el mullido lecho de Clarksdale.

No recuerdo nada de lo ocurrido desde aquel instante hasta la mañana del día siguiente.

Cuando abrí los ojos y miré alrededor, aquella mañana, vi que me encontraba en una estrecha habitación, con techo de vigas de rústico aspecto, paredes formadas con tablas sin pintar, una sola ventana, y un gran hogar de ladrillos, ennegrecido por el humo. Luego, vi que estaba en una ancha cama, de madera, cubierto con una colorida manta de confección casera.

Al ver aquella cama y la manta, y debido a que ignoraba cómo había llegado allí, no pude evitar preguntarme si estaba soñando, o si verdaderamente me encontraba en cama, en casa de Bisco, en Georgia. Si cerraba los ojos, podía ver aquel cuarto de la casa de Bisco, tan claramente como la noche en que quise acostarme junto a mi amigo.

Ignoro cuanto tiempo estuve con los ojos cerrados.

Cuando los volví a abrir, vi a una corpulenta mujer negra, en pie junto a la cama, que me miraba con expresión solemne y preocupada. Tenía la piel negra y brillante, y sus grandes pechos reposaban sobre su estómago prominente. Cuando se dio cuenta de que la miraba, se inclinó sobre la cama y puso la palma de su mano en mi frente. La mano era fresca y confortante, y deseé que no la apartara jamás.

Se irguió, destellaron sus blancos dientes en una maternal sonrisa, y movió negativamente la cabeza, con expresión de alivio. La imagen de la mujer, vista inmediatamente después de despertar, en el escenario de un dormitorio que no me parecía desconocido, era exactamente igual que la de la madre de Bisco, tal como la recordaba cuando, largos años atrás, en el condado de Coweta, en Georgia, quise pasar la noche en casa de Bisco, y dormir en la cama de coloridas mantas. Alcé la cabeza de la almohada y con la mirada busqué a Bisco, como si estuviera convencido de que también estaba allí. Pero allí tan sólo nos encontrábamos la mujer negra y yo.

Mientras me preguntaba cómo había llegado allí, recordé el patinazo del automóvil sobre la carretera embarrada y su vuelco en la cuneta. También recordé que había intentado liberar el brazo para salir de bajo el automóvil, y después de esto ya no recordaba nada más. Con la vista fija en las vigas, comencé a preocuparme por el mal concepto que de mi arte de conductor se formaría el secretario de la YMCA, cuando supiera que su automóvil se encontraba en la cuneta de la vieja carretera de Memphis, volcado, en un ignorado lugar del Estado de Mississippi.

Entonces, entró en la habitación un mulato alto y atlético, ataviado con un mono de trabajo manchado de barro, y se acercó a la cama. Me sonrió, tal como había hecho la negra, como si se alegrara de que, al fin, hubiera yo abierto los ojos.

Primero, me preguntó cómo me llamaba y dónde vivía, y, luego, me dijo que se llamaba Troy, y su esposa, Mandy. Mientras me hablaba, su mujer trajo mis ropas, que dejó a los pies de la cama. Mi uniforme de algodón caqui, así como los calcetines y la ropa interior, había sido lavado y planchado. Los zapatos también estaban limpios, y el sombrero de fieltro, con las insignias de la YMCA en la parte frontal, había sido limpiado, secado y cuidadosamente moldeado para que volviera a tener la forma que debía.

La maternal negra salió de la estancia, y, después, de la casa. Y entonces oí las voces de varios chiquillos que jugaban en el patio. Troy me ayudó a sentarme en la cama, y me dijo que tenía la certeza de que el brazo izquierdo sólo estaba magullado, y no roto, y que si me lo hubiese fracturado, él habría ido a Clarksdale, en busca de un médico.

Mientras Troy me ayudaba a vestirme —me abotonó la camisa y me anudó los cordones de los zapatos—, me dijo que se alegraba de que no hubiese resultado gravemente herido, al volcar el coche y quedar yo aprisionado bajo su peso. Dijo que había tenido mucha suerte de que él pasara por allí, en el instante en que lo hizo, ya que hubiese podido ahogarme en el agua del bache.

Mientras me vestía, Troy me contó lo ocurrido la noche anterior. Dijo que la tormenta encharcó el campo, por lo que tuvo que dejar de arar el terreno que cultivaba, situado a un cuarto de milla de su casa, y casi había llegado a ésta, con sus dos mulas, cuando vio el automóvil volcado en la cuneta. Entonces dio unas cuantas voces, para ver si había alguien debajo del automóvil, y nadie contestó, pero pese a esto, quiso cerciorarse. Entonces, se puso a gatas y miró debajo, y vio mi brazo, que salía de debajo del automóvil. Me habló, pero yo no contesté.

Troy dijo que no había medio de sacarme de allí, como no fuera quitando el automóvil, así es que enganchó las dos mulas a las ruedas, y puso el automóvil de lado. Dijo que, entonces, tanto él como yo, parecíamos dos figuras de barro, y que, por ser de noche, no pudo ver mi rostro. Sabía que estaba vivo, aunque inconsciente, porque percibía mi respiración. Puso el automóvil en pie, sobre las ruedas, me colocó en el asiento trasero, y con las dos mulas lo arrastró unas cien yardas, hasta llegar a su casa.

Dijo que él y su esposa pensaron que lo mejor que podían hacer era alojarme en su casa, desnudarme, lavarme y meterme en cama, para que descansara hasta el día siguiente. El médico más cercano se encontraba en Clarksdale, a once millas, y no había medio de telefonarle.

Troy dijo que después de lavarme y meterme en cama, él y su mujer me tentaron los brazos, las piernas y las costillas, para ver si me había roto algún hueso, hasta que vieron que no era así. La casa tan sólo constaba de dos habitaciones, y como sea que yo ocupaba una de las dos únicas camas, y los niños dormían en la otra, él y Mandy durmieron envueltos en una manta, en la cocina, tuvieron la lámpara encendida toda la noche, y se turnaron, para vigilarme, hasta el amanecer.

Cuando desperté, aquella mañana, y vi a Mandy, eran alrededor de las nueve de la mañana.

Me trajeron un desayuno de huevos revueltos, con mucho tocino, y bizcochos calientes, pero yo padecía un dolor de cabeza tan intenso que apenas pude comer, y dije a Troy que quería regresar a Millington lo antes posible. Sentía el brazo izquierdo como paralizado, colgando inerme al costado. Aun en el caso de que hubiera tenido fuerzas para conducir, no habría podido utilizar el automóvil. El eje delantero estaba roto, una rueda había saltado, y se había quedado sin aceite ni gasolina.

Troy me dijo que, por la tarde, pasaba un tren que recorría el trayecto de Clarksdale a Memphis, y que si íbamos a Coahoma, dos millas más allá, el jefe de estación lo haría parar. Troy me aseguró que cuidaría del automóvil, y que no dejaría

que nadie lo tocara, hasta que vinieran a buscarlo. Luego, enganchó las dos mulas al carro, y por la carretera nos dirigimos a Coahoma.

Por el camino, hablé de Bisco a Troy, y le dije que habíamos sido compañeros de juegos, cuando éramos muy chicos, allá en la zona media de Georgia, y que aquella mañana, al despertar, tuve la certeza de encontrarme en casa de Bisco y creí que él y Mandy eran los padres de Bisco. Me hubiera gustado que Troy me dijera que él y su mujer tenían parentesco con Bisco, o, por lo menos, que lo conocían, pero Troy contestó que todos sus parientes vivían en Mississippi y que jamás había conocido a nadie de Georgia. Sin embargo, también dijo que se enorgullecía de haber traído a mi memoria la imagen de un muchacho tan excelente como Bisco, y que le gustaría que algún día Bisco y yo le visitáramos, y que pasáramos un día juntos, en cuyo caso, Mandy nos prepararía una comida con pollo frito.

Cuando avistamos Coahoma, comencé a preguntarme cómo podría recompensar a Troy por todo lo que había hecho en mi ayuda, desde que me encontró bajo el automóvil, en la cuneta, hasta el momento en que me dejara en el tren de Memphis. Entonces comencé a comprender que Troy me había salvado la vida, ya que si no se hubiera detenido ante el coche volcado, hubiera podido ahogarme en el agua del bache. Todavía me quedaban los diez dólares que el secretario de la YMCA me había dado para gastos, y unos cuantos dólares míos, sin embargo no sabía cuánto costaba el billete del tren que debía devolverme a mi punto de origen.

Al llegar a la estación de Coahoma, fui a la taquilla y compré un billete hasta Memphis tan sólo, no hasta Millington, mi punto de destino, ya que así me costaría menos dinero, y, por otra parte, sabía que cualquiera de los camiones militares que pasaban por allí podía llevarme, sin que me costara un centavo, de Memphis a Millington.

Después de pagar el billete, me quedaron todavía casi diez dólares, que entregué a Troy. Troy protestó e intentó devolvérmelos, diciendo que había actuado impulsado por la buena voluntad y que no quería beneficiarse en méritos de un acto que él había realizado animado por la buena voluntad, tan sólo. Dijo que en el mundo había muy poca gente con sentido de la humana hermandad, y que estaba muy orgulloso de haber tenido ocasión de hacer un favor a un hombre blanco.

El tren se detuvo en la estación de Coahoma el tiempo preciso para permitirme subir. En pie en la plataforma, en el instante en que el tren volvía a emprender la marcha, comprendí que difícilmente volvería a ver a Troy, y, entonces, me acordé vívidamente de la última vez que vi a Bisco. Desde la plataforma, con la cabeza vuelta hacia atrás, veía a Troy que agitaba la mano en ademán de despedida. Y estuve viéndole hasta que el tren tomó la primera curva.

En Millington, por la noche, expliqué al secretario de la YMCA lo que le había ocurrido a su automóvil, y me apresuré a asegurarle que Troy lo guardaría celosamente en su casa, hasta que fueran a buscarlo.

El secretario frunció el cejo, sacudió la cabeza y guardó silencio durante un rato.

Luego dijo que hubiera debido hacer caso a su mujer, y haber dejado el automóvil en Clarksdale. Cuando me preguntó si al volcar el automóvil había yo resultado herido le contesté que todavía me dolía el brazo y que tenía una fuerte jaqueca. Después me preguntó cómo estaba su mujer. Y yo le dije que ella había dicho que se sentía sola, en Clarksdale, y que quería ir a Millington.

Me dirigió una rápida mirada, y me dijo que mejor sería que un médico me examinara la cabeza. Luego, mientras se iba, dijo que quería que el viernes por la tarde le llevara a Memphis, en el coche oficial de la YMCA, para pasar el final de semana allí.

En la Tierra de Bisco, el estudiante negro de los años sesenta ha llegado a la mayoría de edad sin padecer la herencia racial del miedo y el servilismo. Aun cuando todavía esté en enseñanza secundaria o en los primeros cursos de la universitaria, y sea uno entre los muchos miles que difícilmente tendrán la oportunidad de terminar estudios superiores en alguna de las principales universidades del Sur, siente el deseo, inspirado por la educación recibida, de gozar de una libertad de conducta y de expresión que sus padres y abuelos jamás conocieron.

Esta es la primera vez que el estudiante negro de Arkansas, o de cualquier otro lugar del Profundo Sur, tiene el valor de rebelarse abiertamente contra las limitaciones sociales y económicas que durante los dos últimos siglos han sido impuestas a su raza. Y, al igual que los estudiantes de nuestros días, en cualquier otra parte del mundo, el estudiante negro no duda en rechazar los reaccionarios principios del orden establecido, cuando éstos tienen la finalidad de reprimir los progresistas ideales de la juventud.

Todas las tradiciones se aferran tenazmente al pasado. Y las tradiciones raciales están hondamente enraizadas en los hombres blancos del Sur. Como casi todos los estudiantes negros saben perfectamente, todavía tienen que recorrer un largo camino antes de que puedan cruzar las fronteras de las razas, y logren abolir la discriminación, para convertirla en un capítulo cerrado de la Historia. Han tenido ocasión de percatarse de que la promulgación de leyes amparando los derechos civiles es una cosa, y la eliminación de los prejuicios raciales es otra.

Lo que anima a los estudiantes, en cualquier lugar del mundo, es el universal deseo de humana libertad. En esta nueva era norteamericana de total emancipación, la educación ofrece a la juventud negra la promesa de la libertad, así como la posibilidad de que tal promesa se convierta pronto en realidad. No cabe pues sorprenderse de que los estudiantes negros adquieran rápidamente el valor necesario para reclamar la libertad social, así como la libertad civil.

Sin embargo, el problema estriba en que la simple reclamación de un derecho, e incluso la exigencia de su reconocimiento, no siempre han bastado para obtenerlo. El recurso a la violencia y a la rebelión ha sido, a menudo, el único medio para llegar a una meta idealista; pero tampoco hay que olvidar que esto último constituye, esencialmente, una llamada a la opinión pública, la cual es una potente fuerza, en toda democracia, capaz de tener una eficacia muy superior a la de la simple manifestación de fuerza. Por esta razón, el acto de imponer la integración en un restaurante y de sentarse ante un mostrador en el que se sirven almuerzos debe considerarse tan sólo como un acto simbólico en contra de la discriminación. En última instancia, el éxito de la integración, o, digamos «desegregación», no depende

de lo que ordene la ley, sino de la comprensión y humanidad de las gentes.

Lo que los estudiantes negros con sentido de la responsabilidad han pretendido lograr, mediante sus entradas en lugares prohibidos, sus sentadas en el suelo y sus manifestaciones de todo género, ha sido algo más que tener derecho a pedir un bocadillo a una camarera blanca en un establecimiento público, y a comérselo en presencia de los blancos. Su verdadero objetivo ha sido obtener el derecho —incluso a costa de la desobediencia civil, si ello fuere preciso— a tener las mismas oportunidades que los otros estudiantes tienen de cursar la carrera de derecho, ciencias económicas, medicina o ingeniería, en la universidad que prefieran. Al igual que todos, el estudiante negro sabe que la política declarada de los blancos segregacionistas del Profundo Sur, consistente en proporcionar iguales, pero separadas, instituciones de enseñanza a negros y blancos, es tan discriminatoria y antidemocrática en su formulación como lo es en los fines que persigue.

La ambición de este estudiante negro, de dieciocho años, que cursa los últimos estudios de secundaria en Little Rock, es obtener el título de ingeniero químico. En la actualidad asiste a los últimos cursos de física y química, en una institución negra, y quisiera ingresar en la universidad del Estado para obtener el título de ingeniero industrial. Sin embargo, cuando le den el título de segunda enseñanza, no será admitido en la universidad del Estado. Y cuando llegue el día en que pueda ingresar en ella, ya le habrá pasado la edad, y se habrá convertido en un involuntario universitario frustrado.

No sé qué voy a hacer. Jamás podré reunir el dinero suficiente para ir a una buena universidad del Norte. En las universidades negras de Arkansas no se cursan los estudios superiores que yo quiero emprender. Mi familia no tiene dinero suficiente para mandarme a estudiar fuera del Estado, ya que los gastos de hospedaje y manutención son muy elevados. Pero, si pudiera ingresar en la universidad del Estado de aquí, podría pagarme los estudios con mi trabajo en cualquier cosa. Me gusta hacer experimentos de química, especialmente para encontrar nuevos productos sintéticos.

Si pudiera seguir con mis experimentos, quizá llegaría a descubrir algo nuevo, como han hecho otros mediante sus experimentos con la resina y el aceite de cacahuete. Pero para ello es preciso estudiar mucho, y tener unos laboratorios mejores de los que tenemos en la escuela a la que voy. Quizá algún día permitan que todos ingresemos en la universidad del Estado, pero, por el momento, parece que cuando este día llegue, ya será demasiado tarde, al menos para mí.

He solicitado becas en varias universidades del Norte pero todavía no he recibido contestación. No crea, aún no he perdido las esperanzas. Imagino que reciben multitud de solicitudes de muchachos como yo, y que no pueden atender a todos. Si tengo suerte quizá logre una beca, pero es cuestión de suerte. De todos modos, no hago más que pensar en qué otros medios puedo utilizar para seguir adelante con mis estudios. No estoy dispuesto a pasarme la vida limpiando baños y sanitarios, como

hace mi padre.

En la escuela hablamos mucho sobre la segregación y cosas por el estilo, pero éste es un tema sobre el que ya no queda nada que decir, como no sea que a Dick Gregory se le ocurra un chiste nuevo. A mi juicio, más vale mirar la realidad, y ver lo que está pasando en Little Rock, que hablar de segregación. En la actualidad todo está dividido, partido por la mitad: blanco y negro, negros y blancos, gente de color y gente blanca, negrazos y blancos, morenos y blancos.

No se puede hacer esto ni se puede hacer lo otro. Cuida lo que dices y cuida a donde vas. «Despeja, negro, despeja». Estas son las palabras que dicen los muchachos blancos. Mis padres están acostumbrados a eso. Han vivido toda la vida en este ambiente... Cuarenta años o más, así. Papá siempre me dice que vigile, que tenga cuidado con lo que digo, y que no me meta en líos. Y mi madre lo mismo... Ella tiene un miedo terrible a los blancos.

Yo no tengo miedo. No es miedo lo que siento, sino desagrado. Y esto es todo. No me parece justo que no pueda hacer una cosa o que no pueda ir a un sitio, sólo porque los blancos no quieren. Yo no quiero infringir la ley. Pero tal como está la situación, son muchas las cosas que un muchacho de color no puede hacer, sin meterse en un lío. Ahora, un blanco, sólo porque le dé la gana, puede atizarme un tortazo, y, aun en el caso de que yo no se lo devuelva, puede acusarme de alterar el orden público y hacer que me encierren por una temporada.

Esta es una de las cosas que no me gustan. Los blancos saben muy bien cómo burlar las leyes de derechos civiles. Por ejemplo, supongamos que uno va paseando por una calle atestada, y procura andar con cuidado y no tropezar con nadie. Entonces, uno tiene la mala suerte de que le empujen, y tropieza con un blanco, en cuyo caso ya está uno metido en un lío serio, que puede tener graves consecuencias, aunque uno no tenga culpa de lo ocurrido. Si se trata de un blanco con mala baba, cabe la posibilidad de que le sople un par de tortazos al negro, o que le pegue un tiro, por mucho que el negro se haya excusado y haya dicho que siente mucho haber tropezado con él.

No, no tengo resentimientos contra los blancos. Soy incapaz de odiar a los blancos, salvo a aquellos que son mala gente. Por lo general, los blancos tienen más dinero que los negros, y algunos de ellos poseen magníficos automóviles y viven en casas amplias y lujosas, pero ésta no es razón para que los odie, ya que, si pudiera, también yo tendría un bonito automóvil y una gran casa. Además, hay muchos negros que se encuentran en posición más desahogada que algunos blancos. A mi modo de ver, en este aspecto la situación está igualada: mitad y mitad. Y tampoco odio a los blancos porque ellos tengan la piel blanca y yo la tenga negra. Para mí, eso importa lo mismo que la religión, es decir, que si ellos son metodistas y yo baptista, o algo por el estilo.

El blanco al que no tolero es el estafador, y conste que muchos lo son. Son esos que viven como reyes, gracias a estafar a los negros. Algunos se dedican a cobrar

plazos, una vez a la semana, y cobran lo que ya está pagado, sea una máquina de lavar, un televisor, o muebles. Otros que también cometen estafas son los vendedores que van por las casas vendiendo algo que luego resulta inservible, y, a veces, después de cobrar la entrada, ni siquiera entregan la mercancía. Estos individuos emplean los más diversos trucos, y es preciso tener mucho cuidado con ellos.

Algunos cobradores de plazos dicen que el comprador lleva dos semanas de retraso en sus pagos, y amenazan con llamar a la policía si uno no paga el doble. Los hay que incluso se abren la chaqueta y dejan ver una pistola colgada bajo el sobaco, si uno no se apresura a pagarles.

Los vendedores, a veces, enseñan muestras del producto, luego toman nota del pedido, se embolsan un dólar o más, como entrada, y nunca entregan el objeto comprado. Se largan de la ciudad, y santas pascuas, y uno no puede llamar a la policía para que los detenga y los obligue a devolver el dinero.

Nunca he estado en el Norte, y no sé cómo se vive allí. Algunos aseguran que en Chicago o en St. Louis los negros viven mejor que aquí, pero otros dicen que allí ocurre lo mismo que aquí, en Little Rock. Dicen que allí los salarios son más altos, y que uno puede comer y vestirse mejor que aquí. Pero también hay quien dice que allí los negros están obligados a vivir en una determinada zona de la ciudad, igual que aquí, y que también pagan alquileres muy altos. Si esto último es verdad, no veo mucha diferencia.

Por lo que me han dicho, todos los negros nos encontramos en una situación parecida, sea cual sea el lugar en que vivamos. Esté uno donde esté, los blancos siempre intentan avasallarnos.

Yo sólo quiero adquirir una buena preparación, para poder ser independiente. Esta es la única manera en que un negro puede ser feliz. Pero mi problema consiste en que, cuando termine secundaria, quizá no pueda proseguir los estudios.

Jamás me he mezclado en las peleas que suelen provocar los grupos de muchachos blancos. No les tengo miedo, y soy perfectamente capaz de luchar a puñetazos con ellos, pero no estoy dispuesto a salir a la calle y liarme a tirar piedras y a blandir cadenas de bicicletas. Creo que puedo hacer cosas mejores que ésas. Los estudiantes de color debieran dedicarse a estudiar intensamente, todo lo que puedan, para que luego, al obtener el título, tengan oportunidades de obtener buenos empleos. De lo contrario, a poco que se descuiden, terminarán limpiando retretes, cargando basura y sacando brillo a los zapatos de los blancos, hasta el fin de sus días.

De eso puede usted estar seguro: jamás me dedicaré a estos trabajos. Todavía no sé qué clase de actividades emprenderé, ni cómo me las arreglaré, pero, para empezar, quiero tener una sólida preparación, la mejor que pueda. Me he jurado cumplir este propósito. Quizá después no llegue muy arriba, pero, por lo menos, tendré una buena base.

Tal como le he dicho, no estoy de acuerdo con los que dicen que los negros deben echarse a la calle, y pasarse la vida escupiendo al rostro de los blancos, y haciendo

cuanto puedan para fastidiarlos. Hay quien dice que debemos escupir al rostro de los blancos, robarles y cargárnoslos a cuchilladas. E incluso han formado clubs para eso.

Me parece absurdo. Si los estudiantes negros dedican su tiempo a fastidiar, de un modo u otro, a los blancos, lo único que hacen es perjudicarse a sí mismos. No hacen más que desperdiciar el tiempo que debieran dedicar a estudiar, para poder, luego, obtener los buenos empleos que, ahora, suelen ocupar los blancos.

Mi padre dice que, dentro de poco, el ejercicio del derecho de voto por los negros traerá grandes cambios. Dice que tan pronto los negros comiencen a votar tal como deben, la situación comenzará a variar. Esto me parece mucho mejor que formar clubs antiblancos.

Por esto, nunca me verá dedicado a fastidiar a los blancos, ni dispuesto a liarme a tiros o a cuchilladas con ellos. Me dedicaré a estudiar. En estos momentos, todavía no sé cómo me las arreglaré para hacerlo, pero algún medio encontraré.

Los negros *gumbos* del sur de Arkansas llevan tantos años en los Estados Unidos como los *gullahs* de Carolina del Sur, los *geechees* de Georgia y los *guineas* de Alabama y Mississippi.

Pero el destino reservó a los *gumbos* el triste privilegio de ser los primeros negros norteamericanos que perdieron su medio de vida como trabajadores agrícolas, en virtud de la aparición de las máquinas cosechadoras. Los *gumbos* de las plantaciones del Delta de Arkansas sufrieron esta suerte sin que se prestara la menor atención a las consecuencias que ineludiblemente les afectarían, exactamente igual que tampoco se prestó atención alguna a los derechos humanos de los primeros africanos que fueron encadenados, transportados a través del Atlántico, y vendidos como esclavos para el resto de su vida.

Originariamente, los *gumbos* eran los esclavos de Angola vendidos en pública subasta, en Nueva Orleáns, durante los últimos años del siglo dieciocho y los primeros del diecinueve. Se les llamó *gumbos* debido a que *gumbo* llamaban, en su idioma bantú, al quingombó una vez guisado, con otros ingredientes; y porque, durante la travesía, los frutos del quingombó les sirvieron de lecho y de alimento, a bordo de los buques de los tratantes de esclavos.

Tras ser comprados por los propietarios de las plantaciones —quienes también adquirirían cuanto quingombó quedaba en el buque—, los *gumbos* fueron enviados a la parte oriental de Luisiana y al sur de Arkansas, en cuyas fértiles llanuras regadas por las aguas del Mississippi fueron dedicados a talar los árboles y, luego, a cultivar algodón.

La palabra *gumbo* seguramente no habría pasado a formar parte del habla americana, si los franceses de Nueva Orleáns no se hubieran amancebado con las esclavas de Angola, y si a los esclavos varones de las plantaciones no se les hubiera proporcionado hembras indias ouachita para que cohabitaran con ellas y las fecundaran.

A su debido tiempo, los niños mulatos fueron enviados desde Nueva Orleáns a las plantaciones, mientras que las niñas pasaban rápidamente de mulatas a cuarteronas y de cuarteronas a octavonas. Por su parte, los dueños de las plantaciones seducían con vestidos y adornos a las indias ouachitas, a las que luego entregaban a los esclavos negros.

Después, y debido a tener su origen en esta fusión de africanos, franceses e indios, la palabra *gumbo* llegó a ser la voz popular con la que denominar cualquier cosa o cualquier persona resultado de una mezcla, sea sopa, abono, vegetación, o africanos, franceses e indios.

Ahora, en los actuales años sesenta, los descendientes de los esclavos *gumbos*,

que se distinguen de los demás negros norteamericanos en virtud del cálido matiz cobrizo de su piel y del abrupto perfil francés, son víctimas de la aparición de la maquinaria agrícola, que les deja sin trabajo y les exilia de sus tierras. Desde el punto de vista de los economistas, estos trabajadores no son más que anticuadas unidades de trabajo, sin valor en venta. En nuestros días, cosechar el algodón a mano en los cultivos del Delta de Arkansas, sería tan anticuado y antieconómico como emplear la guadaña para cosechar el trigo de un campo de seiscientos cuarenta acres, en Nebraska.

Para muchos negros, tener que abandonar los campos de algodón del sur de Arkansas representa convertirse en refugiados sin hogar, en su propia patria. Tras ser desahuciado de la barraca de dos habitaciones en que vivía en la plantación, barraca que, por lo general, es el lugar en que el trabajador nació, un negro de edad avanzada pasa a ser un desarraigado social y económico, sin sitio al que ir, ni posibilidad de ganarse decentemente el sustento. Además, debido a haber sido toda su vida trabajador agrícola, y, en consecuencia, a no tener derecho a los beneficios de los seguros sociales, no percibirá ni un céntimo, en concepto de jubilación, cuando alcance los sesenta y cinco años o más.

Pero ni siquiera con esto acaban las desdichas de estos desarraigados. En muchas de las pequeñas poblaciones situadas en aisladas zonas, alrededor de los campos de cultivo de algodón, se emplean subterfugios insidiosos y autoritarios, al mismo tiempo, para impedir que las familias negras exiladas del campo vivan dentro de los límites de la población y, en consecuencia, adquieran el derecho a percibir los pocos dólares mensuales que proporciona la beneficencia de la localidad. Cuando las familias negras llegan a estos lugares, se les ordena que se vayan, que sigan su camino, y, caso de no hacerlo, son expulsadas por la policía.

A consecuencia de la actitud adoptada por los ayuntamientos de estas ciudades, las familias negras terminan en las atestadas barracas y villamiserías de las zonas segregadas de Pine Bluff y Little Rock. Es frecuente que los negros jóvenes vayan a Chicago y Detroit en busca de trabajo y de un mejor modo de vida. Los mayores se quedan, y viven en la pobreza y la desesperanza el resto de sus días.

Este *gumbo* alto, delgado, de tez cobriza, típico perfil afro-franco-indio, y cabello liso y negro, con hebras plateadas, tiene sesenta y seis años de edad. Por lo general, trabaja dos o tres días a la semana, como jardinero. Le pagan cuarenta centavos por hora, a cambio de pasarse la jornada entera ocupado en cortar el césped, cultivar flores, podar arbustos y limpiar de hojas caídas el suelo. Dijo que pagaba cuatro dólares semanales por el alquiler de la casa en la que vive con su mujer, en el embarrado barrio negro de Pine Bluff.

No, no tengo inconveniente en hablar de mí. No tengo nada de qué avergonzarme. He trabajado mucho durante toda mi vida, y estoy orgulloso de haberlo hecho. Cuando tenía diez u once años, comencé a trabajar en una plantación de algodón, unas treinta millas al sur de aquí. Y allí, en la misma plantación, pasé toda la vida,

hasta hace poco más de un año, cuando me faltaba poco para cumplir los sesenta y cinco.

Entonces fue cuando el blanco me dijo que me estaba haciendo viejo, y que trabajaba demasiado despacio, y que ya no le servía. Me dijo a mí y a mi mujer que recogiéramos nuestras cosas y que nos fuéramos. No, yo no esperaba que me dijera eso. Fue la sorpresa más mala que he tenido en toda mi vida. Había pasado más de cincuenta años cultivando algodón por cuenta del blanco, y antes por cuenta de su papá, y me llevé un disgusto cuando me dijo que no podía seguir en la plantación y que debía irme.

Mis padres también vivieron toda su vida en la misma plantación. Allí teníamos nuestro hogar, y aquella tierra era nuestra tierra. Mi mujer también nació allí, y allí nació nuestra hija, la única que tuvimos. Nuestra hija se casó con un predicador mendicante, que vino del otro lado del Gran Río, se detuvo allí donde vivíamos, predicó, pasó la bandeja, y, luego siguió viaje hacia California. No he vuelto a ver a mi hija, desde entonces, y me parece que no volveré a verla.

El predicador dijo que había nacido en Georgia, no dijo en qué parte de Georgia, y que se había hecho hombre en Alabama y Mississippi, donde su padre trabajó en un aserradero. Se llamaba Henry, pero no dijo cómo se llamaba su padre, y, claro, no sé si se llamaba Bisco o Frisco o algo parecido. De todos modos, el predicador era un hombre alto y fuerte, a pesar de que tan sólo era un predicador mendicante, sin un pedazo de pan que llevarse a la boca.

Tal como le decía, en la plantación yo era uno de los mejores trabajadores. Y el blanco me lo había dicho varias veces, hasta aquel día en que cambió de opinión. Yo no sabía que estuviera descontento, hasta que vino y comenzó a decirme que iba yo muy despacio en recoger el algodón. Pasaba que las manos se me estaban haciendo viejas, y se me ponían duras en las junturas, y no podía mover los dedos lo bastante aprisa para recoger el algodón, pese a que lo intentaba con todas mis fuerzas. Pero el hombre blanco me dijo que esto era asunto mío y no suyo, y que a él eso no le importaba.

El blanco dijo que todos los trabajadores, menos yo, recogían cuatrocientas libras al día, mientras que yo, esforzándome mucho, sólo recogía algo menos de doscientas. Mi mujer intentó ayudarme, pero hacía ya tiempo que le dolía el espinazo y no podía agacharse cuanto debía para recoger el algodón. Y nunca pude pasar de las doscientas libras, incluso cuando mi mujer me ayudaba.

El blanco ya había comprado dos máquinas cosechadoras de algodón, y estaba esperando que le mandaran dos más. Le pedí que por favor me dejase manejar una de las máquinas, en vez de dedicarme a recoger el algodón a mano. Pero contestó que yo ya tenía más de sesenta años, y era demasiado viejo para aprender a manejar la máquina como se debe. Puso a los chicos jóvenes a manejar la máquina cosechadora, y me dijo que yo era ya tan viejo que más me valdría dejar de trabajar y retirarme. Irme de allí, y retirarme.

Entonces fue cuando el blanco dijo que los tiempos habían cambiado, y que quería que me fuera de la plantación, y que me las arreglara, en cualquier otro sitio, lo mejor que pudiera. Dijo que podía estar contento, porque me trataba mucho mejor que a las dos mulas de las que se desembarazó, al comprar la máquina cosechadora. No, no había necesidad de que me explicara por qué me trataba mejor que a las dos mulas. El blanco vendió las dos mulas a la fábrica de comida para perros. A las mulas les dieron un martillazo en la cabeza, y luego cargaron los fiambres en un camión, uno encima de otro. Me entristeció ver el triste fin de aquellas dos excelentes mulas. Yo les había dado de comer, y las había cuidado cuando tuvieron cólico, y había arado con ellas, durante qué sé yo cuántos años. Cuando se trabaja con un par de mulas, tal como yo trabajé con aquéllas, uno llega a tomarles cariño, y ellas le toman cariño a uno. Sí, sí, no crea, le toman cariño a uno, puede estar seguro. Es lo mismo que trabajar con hombres. Igual.

Y, entonces, yo le supliqué al hombre blanco que me dejara quedar, pero él dijo que no, que no quería que me quedase en la plantación, ni tampoco que siguiera recogiendo algodón por su cuenta. Dijo que podía contratar a todos los mejicanos que le diera la gana, en el tiempo de la cosecha, a sesenta centavos la hora, y que no tenía que proporcionarles cabañas en las que dormir, porque los mejicanos dormían en el granero, y que podía despedirlos el mismo día en que terminaran de recoger el algodón. Nunca he podido comprender por qué razón a los mejicanos les pagan sesenta centavos por hora por hacer el mismo trabajo por el que a nosotros, los negros, nos pagan treinta centavos. El blanco dijo que esto estaba mandado por las leyes del gobierno, pero a mí me parece que el gobierno no se porta tal como debe al ordenar esto. No, no señor, el gobierno no se porta con justicia, en este asunto.

De todos modos, los mejicanos me daban mucha lástima. Ni siquiera sabían las palabras necesarias para decir lo que querían o lo que hacían. Tenían que señalar las cosas con el dedo, porque no sabían las palabras. Si querían tomar un trago de agua, o una cerilla para encender el cigarro, tenían que señalar con el dedo. Y siempre así.

Cuando el blanco me dijo que recogiera mis cosas, y que me fuera, yo le dije que no tenía ni un dólar con el que pagarme un poco de comida. Y él me dijo que de eso él no tenía la culpa. Dijo que él no era Dios Todopoderoso, y que si el mundo es como es, él no tenía la culpa. Me dijo que rezara, y quizás así me bajaría algún buen consejo del Cielo. Yo soy religioso, pero jamás he oído decir que el Buen Dios le dijera a alguien cómo ganar dinero. No, ni siquiera a los predicadores se lo dice.

Yo pensaba que el blanco me dejaría vivir, a mí y a mi mujer, en la cabaña hasta el día de nuestra muerte, y se lo dije, pero no quiso escucharme. Dijo que iba a quemar la cabaña porque era un obstáculo para las máquinas de cosechar y retrasaba su trabajo.

Como es bien sabido, un negro no puede ponerse pesado y hablar seguido con un hombre blanco, y suplicarle que haga algo, porque se expone a que el blanco se enfade, y, entonces, puede ocurrir cualquier cosa. He visto cosas horribles, sí, las he

visto demasiadas veces para que ahora, a mi edad, me exponga a que me pasen a mí. No, a mi edad, no quiero que me pasen esas cosas.

Lo último que dije al blanco fue que me daba una gran tristeza tener que dejar la plantación, después de haber nacido allí, de haber vivido y de haber trabajado allí, para él y para su papá, toda mi vida, desde que tenía once años. No le dije más, porque no me atrevía a decirle más. Además, no se me ocurrió nada más, y yo tenía miedo de que no me escuchara.

Me dijo que dejaría que uno de los negros jóvenes nos llevara, a mi esposa y a mí, en camión, a Pine Bluff, o a cualquier otro sitio que quisiéramos, siempre que no estuviera muy lejos de Pine Bluff. Me dijo que me daba permiso para llevarme los muebles, y todo lo que fuese mío y de mi mujer. Después, me dio diez dólares de su propio bolsillo. Sí, se metió la mano en el bolsillo, me dio diez dólares, y se fue. Se fue tan aprisa que ni siquiera me dio tiempo para darle las gracias por los diez dólares.

A otros también les ha ocurrido lo mismo que a mí y a mi mujer, y han tenido que dejar la plantación, y venir a Pine Bluff, cuando el blanco les dijo que ya no los necesitaba, pero no he podido saber dónde se encuentran, porque la ciudad es muy grande, y aquí yo no conozco a nadie. Cuando mi mujer y yo llegamos aquí, a Pine Bluff, en el camión, pensé que lo mejor que podía hacer era ver de encontrar a una persona amable que me permitiera dejar mis muebles y mis cosas en el huerto de su casa. Y tenía que hacerlo de prisa, porque el chico que conducía el camión dijo que le habían ordenado que descargara rápidamente mis muebles, y que volviera a la plantación antes del anochecer, y tenía miedo, también.

En el camión no llevábamos mucho mobiliario. No. Sólo unas cuantas sillas, la mesa de la cocina, la vieja máquina de coser de mi esposa, y cosas así. Pero viéndolo todo apilado en la caja del camión, con la cama encima, la gente que nos veía pasar, en busca de un sitio en el que descargar aquello, seguramente pensó que el río se había desbordado y que todos tendrían que refugiarse en un sitio al que no llegaran las aguas.

De todos modos, el caso es que no sé qué habría sido de nosotros si no hubiéramos encontrado a un hombre bueno, negro, que se apiadó de mí. Dejó que mi mujer y yo descargáramos los muebles en el huerto de su casa, y nos dejó que durmiéramos en el porche. Estuvimos cuatro días allí, guisando la comida en su cocina, y durmiendo en el porche, hasta que al fin pude encontrar una casa, con un alquiler de cuatro dólares semanales.

El problema eran las ratas. Yo estoy acostumbrado a las ratas, pero no a estas ratas grandes y gordas que, aquí, en Pine Bluff, por la noche, corretean por encima de uno, cuando uno está intentando dormir, como si fueran las dueñas del lugar. Las ratas del campo no me molestan, pero estas ratas de ciudad me ponen nervioso.

Mi otro problema, además de las ratas, es ganar lo suficiente para comer. Me estoy haciendo viejo aprisa, y pocos blancos hay que quieran contratar a un viejo

como yo. Dicen que los negros jóvenes trabajan más y más, por el mismo precio. Pero, si no tengo derecho a cobrar jubilación, es natural que tenga que trabajar para ganarme el pan. Me han hablado de la beneficencia del Estado, pero, de todos modos, tampoco dan mucho dinero.

La verdad es que, en un año y medio, he tenido veinte o quizá más empleos de jardinero, y por mucho que lo haya intentado, no he podido encontrar un trabajo fijo. A veces trabajo dos o tres días a la semana, y, luego, me pagan, me despiden, y me dicen que no vuelva. Entonces, no me queda otro remedio que buscar otro trabajo de jardinero, en otra parte de la ciudad. El empleo en el que he durado más ha sido uno en el que estuve tres semanas. Y, en este caso, trabajé, en total, sólo seis jornadas.

Sé que, como jardinero, hago un buen trabajo. La gente queda contenta, y me lo dice. Pero el caso es que no quieren que trabaje fijo para ellos. Les he preguntado a algunos blancos por qué me despiden, y uno me dijo que se debía a no sé qué lío de los seguros sociales. Una señora blanca me dijo que si me contrataba fijo, y me tenía empleado durante dos o tres meses, tendría que pagar cuotas al Estado, por los seguros sociales. Dijo que prefería contratar un jardinero distinto cada dos o tres semanas, a pagar los seguros.

Esa es otra cosa que me preocupa. Si alguien hay que necesita de los seguros sociales, este alguien soy yo. Pero, parece que no hay manera de que yo entre en los seguros sociales y pueda cobrar lo que me corresponde. Parece que todo el mundo, menos yo, puede entrar en los seguros sociales, y casi todos los que me contratan dicen que tienen que deducir un dólar, o algo así, de mi paga para pagar la cuota. Y es muy desagradable perder un dólar todas las semanas, por culpa de los seguros sociales, y, luego, no cobrar ni cinco de los seguros sociales.

No me gusta comenzar a gritar, y decir que los blancos se portan mal. No fue ésta la educación que recibí. Pero si lo que pasa con los seguros sociales no está mal, tampoco se puede decir que esté bien. No. No hace mucho, fui a la oficina de los seguros sociales y les pregunté que cuándo me tocaría cobrar el seguro del Estado, porque ya había cumplido los sesenta y cinco. Pensaba que seguramente no me darían mucho, pero que algo me darían. Pero ellos dijeron que seguramente no me darían ni cinco, porque yo no entraba en los seguros.

Les dije que había trabajado toda mi vida en la plantación, hasta hacía un año o poco más, y que durante el año pasado había trabajado de jardinero en Pine Bluff, y que, a veces, me quitaban un dólar de la paga, diciendo que era para los seguros.

Pero los de los seguros contestaron que todo el tiempo que trabajé en la plantación no contaba para los seguros, y que el dólar que me quitaban de la paga de jardinero no servía para nada, porque yo no era empleado fijo en una misma casa durante el tiempo necesario para quedar incluido en los seguros. Me dijeron que no debía permitir que mis patronos me quitaran un dólar, hasta que obtuviera un empleo fijo y hubiera trabajado tres o cuatro meses por cuenta del mismo patrono. Dijeron exactamente eso. Pero aquella gente no sabía que un negro como yo no puede hablar

cara a cara con los blancos, y decirles qué es lo que deben hacer y qué lo que no deben.

Si fuera más joven, les diría a los blancos lo que deben pagarme por mi trabajo, y les diría que no pueden deducir nada con el pretexto de pagar unos seguros sociales que luego no me dan nada. Me dicen que los negros jóvenes se portan así, pero yo soy un moreno de los viejos tiempos, y me es imposible hablar de esta manera a mi edad.

A mí, lo que más me interesa ahora es beneficiarme de los seguros sociales. Si ponen esto en los derechos civiles me darán una gran alegría. Y, además, ahora que se ocupan de eso, también creo que en los derechos civiles debieran poner algo sobre las ratas entre las que nosotros, los negros, vivimos aquí. Se me salen los pies de la cama porque la cama es más corta que yo, y no hay noche en que no venga una rata y me muerda el dedo gordo de un pie, o los dos. Yo soy un hombre que puede soportar muchas penalidades, pero, de veras, no puedo acostumbrarme a estas ratas que vienen con la oscuridad de la noche.

Durante más de siglo y medio, la riqueza del Profundo Sur se obtuvo en función de la servidumbre y del trabajo muscular de los negros. El cultivo del algodón, principal fuente de la opulencia del terrateniente blanco sureño, no hubiera prosperado sin el trabajo de los *gullahs*, los *geechees*, los *guineas* y los *gumbos*. Pero, ahora, los tiempos han cambiado, y gracias a la mecanización de la agricultura, los músculos humanos han sido sustituidos por los tractores, las cosechadoras y las complejas máquinas de múltiples usos.

En el Sur agrícola ya hay muchas regiones en las que no se necesita el trabajo de los negros, y, por ello, se rechaza incluso su presencia. Entre estas regiones —sin contar la zona de cultivo mecanizado del algodón— se encuentra la Gran Pradera de la parte oriental de Arkansas. Es ésta una parte de la Tierra de Bisco en la que el suelo no se presta al cultivo del algodón, y que, ahora, tampoco tolera la presencia de negros americanos.

La Gran Pradera es una reducida zona de la región *bayou*, entre los ríos Mississippi y Arkansas, que durante los últimos cincuenta años ha producido más arroz que cualquier otra región de los Estados Unidos. Pocos son los norteamericanos que basan su alimentación en el arroz, pero los bebedores de cerveza prorrumpirían en amargas quejas si los fabricantes de este brebaje llegaran a carecer de arroz.

Los tres elementos naturales imprescindibles para la producción de arroz —delgada capa de tierra sobre una base dura, abundancia de agua y clima subtropical— concurren en esta región de Arkansas. Y, ahora, en la Gran Pradera, el cultivo del arroz constituye la operación agrícola más altamente mecanizada del país. Esta combinación de circunstancias naturales y de perfecta tecnología ha sido la causa de que el cultivo del arroz sea extraordinariamente rentable, de que no exija grandes esfuerzos, y de que, en él, se pueda prescindir casi totalmente del trabajo humano.

En la Gran Pradera, los arrozales son nivelados mediante máquinas; se inundan y se riegan en el momento oportuno mediante ingenios electrónicos; se abonan y se siembran desde el aire, con avionetas; y las máquinas combinadas más complicadas que por el momento se han inventado realizan la tarea de cosechar el arroz. Esta técnica y esta maquinaria especializadas exigen personal debidamente preparado, y los negros jamás tuvieron el privilegio de recibir las enseñanzas pertinentes, en las tierras dominadas por el hombre blanco. Igual que las mulas que, cuando dejaron de ser útiles fueron enviadas a la fábrica de comida para perros, los trabajadores negros también fueron enviados a su destino, en cualquier otro lugar del país.

Este opulento propietario de casi quinientos acres de tierra de arroz, situados en la Gran Pradera, entre Stuttgart y DeWitt, es un hombre de modales campechanos, despaciosos hablar, blanco, sureño y protestante, que en la actualidad cuenta entre

cincuenta y sesenta años. Nació en Arkansas, se educó en Arkansas, heredó las tierras de su padre, no ha viajado más allá de la zona media del Sur, está dominado por el orgulloso odio del blanco sureño hacia el negro, y se ha dedicado durante más de treinta años al cultivo del arroz. Durante los primeros veinte años, el trabajo en los arrozales lo hacían las mulas y los negros. Ahora, este cultivador ya no necesita mulas ni negros.

En nuestros días, este terrateniente contrata los servicios de una empresa de ingeniería agrícola para que se encargue de nivelar los arrozales, emplea los de otra empresa para que fertilice y siembre las tierras mediante una avioneta, y se sirve de otra empresa para que con las máquinas cosechadoras recoja el fruto de sus campos. Tal como los científicos aconsejan, cada dos años arrienda, en riguroso turno de rotación, arrozales inundados a una empresa dedicada a la cría de peces, a fin de que la tierra recupere la fertilidad perdida durante los dos años anteriores. Esta técnica de cultivar el arroz no es rara en la Gran Pradera. Y el propietario no vive como un rudo campesino, sino como un eficiente hombre de negocios, que viste con rebuscada elegancia campestre.

Le voy a contar exactamente la verdad, dijo. Aquí, no necesitamos a los negros para nada. Hace ya tiempo que dejamos de utilizarlos; eso fue cuando substituímos a las mulas por tractores. A los negros les consta que no los necesitamos. Casi todos se han largado, y no volverán. Por eso no verá en estos andurriales sus negros traseros meneándose por entre las barracas, ni en los campos de arroz. Si quiere contemplar este espectáculo todavía podrá verlo en las tierras de cultivo de algodón.

Con los tractores hice derribar algunas de sus cabañas, y ordené que pegaran fuego a las restantes, en cuanto dejé de utilizar a los negros en los trabajos del campo, hará cosa de unos cinco años. Entonces, les dije que recogieran sus trastos y que salieran a toda prisa de mis tierras. Algunos negros viejos pusieron cara de pena, para dar lástima, y dijeron que no tenían dónde ir. Yo les dije que me importaba un carajo, y que nuestro país estaría mucho mejor si todos ellos se fueran al infierno o al África. A los negros hay que hablarles así, porque de lo contrario resulta imposible lograr que sus seseras de cemento comprendan lo que se les dice.

Algunos negros jóvenes pretendieron que los dejara aprender a conducir los tractores, pero no les hice el menor caso. Si se deja que esos jodidos negros se queden en las tierras de uno, en menos que canta un gallo cada negro ya ha tenido un montón de pequeños hijos-puta, quizás ocho o diez o más, y eso significa tener que pagar más impuestos para construir escuelas y contratar maestros. Cuando pago impuestos para escuelas, quiero que mi dinero sea destinado a la educación de niños blancos, no de pequeños simios negros. Y así solucionamos nuestros problemas. Nos desembarazamos de los negros, y, al mismo tiempo, mantuvimos los impuestos bajos.

No sé a dónde fueron los negros que se largaron de aquí. Sencillamente, desaparecieron. Se perdieron de vista, gracias a Dios. Por esto, en nuestro condado tenemos el más bajo porcentaje de negros que hay en todo Arkansas. Los negros que

se quedaron no rebasan, en total, el diez o el quince por ciento de la población. Así está bien. Es lo que debe ser. Me parece un buen ejemplo, cuando en casi todo Arkansas esos hijos-puta representan un cincuenta por ciento o más de la población.

Desde luego, todavía quedan algunos, los que le he dicho, ocupados en los trabajos más pesados de los molinos de arroz de Stuttgart, o bien dedicados a hacer de porteros o a trajinar basura. Para esta clase de trabajo verdaderamente los necesitamos. No me gustaría ver el espectáculo de un blanco empleado en esta clase de trabajos, limpiando retretes y cargando basura. Estos son trabajos de negros. Y algo parecido ocurre con la limpieza casera, y la cocina. Realmente, no podríamos prescindir de las negras para esta clase de faenas.

Yo creo que la mayoría de los morenos que dejaron los campos de arroz fueron a Little Rock o a Memphis, o al Norte. Es muy de lamentar, en cuanto respecta a los blancos de Little Rock y Memphis, pero me alegra que hubiera negros que fueran al Norte, así los nortños, que tanto se quejan de la situación racial, tendrán que tragarse una buena dosis de la medicina que pretenden darnos a nosotros. Ahora sabrán lo que es bueno.

No, aquí jamás tuvimos negros de Georgia. En los viejos tiempos, cuando en la Gran Pradera necesitábamos negros, nosotros mismos los criábamos. No, eso no representaba un problema. Era fácil, teniendo tanto jodido negro por ahí. Por esto no necesitábamos traerlos de Georgia. Sí, conozco bien a esos negros de Georgia, la mayoría de ellos son medio blancos, y no tenemos ningún interés en que vengan aquí a armar jaleo y a meter falsas ideas en las cabezotas de nuestros negros. Si veo por aquí a algún negro de Georgia o de Alabama, lo primero que le digo es que se vuelva por donde vino, o que siga adelante hasta llegar a Tejas. Ignoro si alguno de éstos se llamaba Bisco. No me parece un nombre propio de un negro; seguramente es uno de esos medio blancos de Georgia.

Los del Norte no hacen más que protestar de la discriminación y la segregación de aquí, pero ahora veremos cómo se las arreglan para tratar con los negros. Desde hace tiempo los del Norte se han dedicado a acusarnos de esto y lo otro, pues bien, ahora ha llegado el momento en que podemos repantigarnos, y dedicarnos a contemplar cómo los yanquis se echan las manos a la cabeza ante lo que les aguarda y comienzan a pedirnos ayuda.

Siempre he estado dispuesto a iniciar una colecta entre los amigos, para comprar billetes de autobús a cualquier negro, su mujer y sus diez o doce cabrones de hijos, a fin de que se vayan al Norte, a vivir con los yanquis. Siempre estoy dispuesto a eso, y cuando tengo ocasión de hacerlo, quedo satisfecho.

Y ahora le diré por qué lo hago. Esta tierra no ofrece peligros, es tranquila, y, además, muy bonita. Ahora no tenemos motivo para temer nada, sea de día, sea de noche. No, aquí no ocurre como en las ciudades en que hay miles de negros capaces de pegarle cuatro cuchilladas a un blanco para robarle la chaqueta, y de violar a las mujeres blancas. Aquí, podemos salir de noche, tranquilamente. Aquí, por la noche,

no hay hijos-puta negros merodeando con la intención de romperle la cabeza a uno de un estacazo, o de pegarle una puñalada. Incluso una mujer blanca puede pasearse sin faja ni sostenes, de noche, por donde le dé la gana, sin peligro de que un negro intente violarla. Apuesto a que eso no ocurre en el país de los yanquis.

Todos sabemos lo que ocurre en estos sitios del Norte al que han ido los negros. Basta con leer el periódico o ver la televisión. Y me jugaría cualquier cosa a que sólo se cuenta la mitad de lo que de veras ocurre. Robos, asesinatos, violaciones, lo peor que podamos imaginar. Pero esto es sólo el principio. Espere, espere un poco y verá. En todo el país, la situación empeorará, y mucho. Y mucha gente va a salir perjudicada... Algunos van a dejar la piel, en este asunto. Lo único que puede detener la avalancha que se nos viene encima es que esos amantes de los negros que hay por ahí despierten de una maldita vez, abran los ojos y comprendan que la causa de todos los problemas está en la cosa esa de los derechos civiles.

Los únicos derechos civiles que los negros debieran tener son los que ya tenían, y conste que todavía me parecen demasiados, más de los que en realidad merecen. Podían viajar por las carreteras, ver la misma televisión que los blancos y comprar lo que querían en las tiendas. Pero si la ley les dice que pueden vivir en cualquier parte de la ciudad, la que más les guste, y que pueden comer en los mismos restaurantes en que uno come, bueno, en este caso, esto no significa más que darles ánimos, estimularlos. Y precisamente eso es lo que menos falta les hace: ánimos, apoyo, estímulo. Si usted cede un poquito ante un negro, enseguida se envalentona y pretende avasallarle. Se quejarán de que los discriminamos hasta que llegue el momento en que les entreguemos nuestras mujeres blancas. Sé perfectamente lo que digo. No en balde nací y me crié en Arkansas.

Estos problemas jamás se hubieran planteado, si los del Norte nos hubieran dejado en paz. Pero no, no señor, tuvieron que venir al Sur, a Little Rock, a Nueva Orleans y Birmingham y a otras ciudades grandes, y comenzaron a hablar como locos sobre segregación, discriminación y derechos civiles. Hasta el momento, en nuestro país todo marchaba de maravilla. En todo el Sur, los negros estaban en el sitio que les corresponde, y no intentaban salirse de él.

Pero estas plañideras yanquis del Norte —e incluso algunas de Washington— comenzaron a armar jaleo, y a decir a los negros que debieran tener más derechos civiles. Entonces, los negros comenzaron a creer que valían tanto como los blancos. Y así, no tardó en llegar el momento en que reclamaron igualdad de derechos en todo. Comenzaron queriendo mandar a los micos de sus hijos a las escuelas blancas, y queriendo comer en nuestros restaurantes. Pero esto es sólo el principio, después sus ambiciones lo alcanzaron todo. En fin, que no hay quien les pare.

Ahora, los yanquis del Norte tienen que tragarse una sobredosis de la medicina que nos recetaban, y parece que se les está atragantando. Por mucho que intenten digerirla, tienen tan pocos deseos como nosotros de mezclarse con los negros. Y se arrepienten con toda el alma de haber comenzado este asunto.

Bueno, ahora resulta que ya tienen sus leyes de derechos civiles. Pero antes de que comenzara la agitación entre los negros, éstos vivían pacíficamente, tranquilos y satisfechos. No esperaban que les diéramos más de lo que ya tenían. Ahora, por mucho que les demos, aunque les reconozcamos todo género de derechos, jamás estarán contentos. Ya hablan como si creyeran que pueden dominar el país entero, y regirlo y gobernarlo como les dé la real gana. Si los acontecimientos siguen desarrollándose tal como lo han hecho hasta el presente momento, vendrá el día en que los negros pretendan que se apruebe una ley en la que se establezca que constituye un acto criminal, debidamente penado, el que una prostituta blanca no les conceda igualdad de derechos.

El gobierno de Washington puede lograr que se aprueben todas las leyes que le dé la gana, e imprimirlas en letras de medio metro, y colgarlas en letreros en todas las cabinas telefónicas de Arkansas, y en todos los sitios que quieran, pero las leyes en favor de los negros jamás lograrán que nosotros alteremos el modo en que los tratamos. Nosotros hacemos las cosas a nuestra manera. No tema, jamás me verá vivir en una casa contigua a la habitada por un hatajo de negros que no hacen más que andar meando y cagando por todas partes. Si esto es lo que los yanquis amantes de los negros quieren, que lo hagan ellos, pero, por Dios Todopoderoso, le aseguro que nadie conseguirá que yo aguante la proximidad de esa mierda de negros. Antes de pasar por una cosa así, estoy dispuesto a prender fuego a sus casas, o a volarlas con una buena carga de dinamita, a ver si se van todos al infierno de una vez para siempre.

Desde luego, suerte tuvimos de limpiar de negros la Gran Pradera, mucho antes de que se provocaran los actuales disturbios. Tal como están las cosas podemos permitirnos el lujo de apiadarnos de los yanquis del Norte, y alegrarnos de nuestra situación. Es muy de lamentar lo que les ocurre a los yanquis, pero, en realidad, se lo ganaron a pulso.

La población de Bastrop se encuentra sobre una arenosa colina que se alza a escasos pies sobre el perenne verdor de los prados del Delta, en la zona nordeste de Luisiana.

La Plaza del Ayuntamiento es el centro comercial de Bastrop, y allí, lo mismo que en casi todas las poblaciones cabeza de partido de la Tierra de Bisco, abundan las oficinas de préstamos de cincuenta dólares, los cubiles de los abogados con immaculadas camisas blancas, las tiendas en las que se venden mesas y sillas de hierro y enseres para los jardines, así como pequeños triciclos rojos, y diversas tiendas, en cuyos escaparates de vidrios manchados por las moscas se exhiben rosáceas bragas de rayón mezclado al veintinueve por ciento.

Aquí es donde los comerciantes blancos procuran extraer los dólares a los negros, y tan pronto los tienen en la palma de la mano, haciendo gala de brusquedad propia de una experta prostituta, envían a los negros a su segregada villamiseria hasta que hayan ganado unos cuantos dólares más.

Si abandonamos la plaza del Ayuntamiento, y vamos a las calles bordeadas de copudos árboles en las que residen los blancos, advertiremos que Bastrop en nada se diferencia de las demás ciudades del Profundo Sur, en las que la mitad blanca de su población de nueve o diez mil habitantes vive, trabaja y actúa en conformidad con las centenarias costumbres sociales, religiosas y políticas de la comunidad.

Lo mismo que en cualquier otro lugar entre Carolina del Sur y Luisiana, en Bastrop la piel blanca y las pretensiones de riqueza o de aristocrático linaje son requisitos indispensables para alcanzar una aceptable categoría económica y social. De igual manera, frecuentar la iglesia y ser inquebrantablemente fiel al mecanismo político allí dominante, es indispensable para ser aceptado como ciudadano de pleno derecho. Los disconformes y los disidentes de cualquier tipo pronto descubren que, en Bastrop, sólo se les ofrecen dos caminos: acatar la realidad o sufrir el consecuente boicot económico y social.

Bastrop está geográficamente aislado, en una parte extrema de Luisiana, es algo así como el bolsillo trasero del pantalón de Luisiana. En consecuencia, ha padecido el triste sino de quedar culturalmente rezagada, tan pronto terminaron los gloriosos días de las plantaciones, en el siglo diecinueve. Las escasas carreteras pavimentadas que conducen a las cercanías de la ciudad vienen desde los bosques del sur de Arkansas, y las pocas carreteras vecinales terminan en los pantanos existentes entre los ríos Mississippi y Ouachita. La única vía de comunicación que la ciudad tiene con el resto del mundo es la carretera de cuarenta millas de longitud que va a Monroe, único lugar, en cien millas a la redonda, que por la cuantía de su población merece el nombre de ciudad.

Sin embargo, Bastrop pervive y prospera gracias a ser el centro de una amplia

región algodonera, forestal y ganadera, en la que tampoco faltan las industrias químicas. En Bastrop viven muchos trabajadores negros *gumbos*, a quienes se paga salarios de treinta centavos la hora o quince dólares semanales. Gracias a esta combinación de riqueza natural y recursos humanos, los blancos de Bastrop están ahora tan contentos como lo estaban hace un siglo de encontrarse en una población geográfica y culturalmente aislada del resto de Norteamérica.

Probablemente, los cultivadores de algodón, los ganaderos y los dedicados a las explotaciones forestales de Bastrop seguirán contentos y felices, en tanto puedan mantener al trabajador negro sometido a su dominio social, económico y político —lo cual, incluso en los actuales años sesenta, equivale a mantener al negro en su sitio—, y en tanto puedan hallar ingeniosos medios para perpetuar escalas salariales inferiores a las que por término medio imperan.

Las anteriores circunstancias son comunes a muchos sureños de las dos razas que viven en los Estados ribereños del Mississippi, desde Memphis a Nueva Orleans. Sin embargo, el blanco del Norte, y especialmente el de Nueva Inglaterra, que se traslada a esta región para trabajar como técnico, ingeniero o supervisor en una planta industrial no siempre puede acostumbrarse a ciertas expresiones de odio o crueldad racial. Por lo general, los del Norte no tardan en descubrir que la celebrada hospitalidad con que los sureños reciben a los visitantes, en la puerta frontera de sus casas, se transforma inmediatamente en brutalidad cuando tratan a los sirvientes negros en la puerta trasera.

Aquella mujer de cuarenta años, con formación universitaria, era la esposa de un ingeniero especializado en la industria petrolera, que había vivido en Bastrop, con su marido y tres hijos, durante casi dos años. La familia siempre había residido en Nueva Inglaterra, antes de trasladarse a Luisiana, y sus ingresos nunca le permitieron tener criada hasta que llagaron a Bastrop. Allí, el aumento del sueldo del marido, y el bajo salario que en Bastrop se paga a las criadas, permitieron que contrataran a una criada negra.

Hace cosa de un año me di cuenta por primera vez de que en esta ciudad algo funcionaba mal. Mi esposo y yo habíamos trabado amistad con mucha gente, y, entonces, ya habíamos intimado con nuestros vecinos. Una mañana, poco después de desayunar, vino una de las vecinas y me dijo que ella y otra vecina se disponían a tomar una taza de café y a charlar un poco, y que tendrían mucho gusto en que yo me uniera a ellas. Acepté encantada la invitación, y fui.

Las tres hablamos de diversos temas, de todo y de nada, durante unos minutos, mientras tomábamos el café. De repente, la voz de una de las mujeres adquirió dureza, y dijo que ella y otras mujeres de la misma calle tenían problemas con sus criadas y que yo tenía la culpa. Quedé tan sorprendida que, por un momento, pensé que bromeaba, y me eché a reír.

Se produjo un largo silencio, y, entonces, vi que en los rostros de mis dos amigas había aparecido una tensa expresión de ira. Entonces les pregunté qué había hecho yo

para causarles problemas. Apenas terminé de formular la pregunta, ya no pude hablar en más de media hora. Las dos estaban tan indignadas que casi constantemente hablaron a la vez.

A pesar de su tumultuosa manera de expresarse, pronto supe la causa de su enfado. Desde hacía tiempo había yo adquirido la costumbre de dar algún dinero de propina a nuestra criada negra, cuando teníamos invitados a cenar. A Kathy le pagamos quince dólares a la semana, que es exactamente lo que cobran las demás criadas en esta ciudad, pero a mí no me parecía justo que las noches en que teníamos invitados trabajara unas cuantas horas más, sin recibir una compensación. E incluso cuando venían amigos a tomarse unas copas, daba algo, poca cosa, a Kathy.

Kathy nunca se quejó del sueldo que le pagamos, y, antes, yo había tenido buen cuidado en enterarme del sueldo que por lo general se paga, aquí, a las criadas. Pero, era tan bajo este sueldo, y eran tantas las horas que Kathy trabajaba, que me daba un poco de vergüenza pagarle tan poco. Como puede imaginar, tanto mi marido como yo queríamos seguir las costumbres de Bastrop al pie de la letra, ya que teníamos intención de quedarnos aquí bastante tiempo.

De todos modos, yo aprovechaba la ocasión de tener invitados a cenar o a tomar una copa, para dar una propina a Kathy, y así suplementar un poco su migrado sueldo.

Después, resulta que siempre me ha gustado hacer regalos sin importancia a la gente a quien trato con frecuencia, y así es que de vez en cuando le regalaba a Kathy algo que me constaba le hacía ilusión, o que necesitaba. Kathy tiene cinco hijos, y está casada con un hombre que trabaja de portero y gana un salario de quince dólares semanales, igual que ella. Los regalos nunca me costaban más de dos o tres dólares, pero me daba cuenta de que, para ella, significaban mucho más.

Entonces ocurrió que algunas criadas negras de mis vecinas descubrieron que yo daba propinas a Kathy, y que de vez en cuando le hacía un regalo. Como es natural, no puedo culpar a Kathy de haber hablado del comportamiento que yo seguía para con ella, ni tampoco a las otras criadas por desear que también les dieran propinas cuando trabajaban más de ocho o nueve horas.

Yo creía que todas las demás amas de casa se sentirían obligadas a pagar algo a las criadas cuando trabajan hasta la media noche, después de haberse pasado el día al pie del cañón. Cuando las dos mujeres me hablaron del modo en que lo hicieron, aquella mañana, me indigné tanto que les dije que quienes obligaban a una criada negra a trabajar más horas de las normales y luego no le daban una propina, no tenían derecho a tener criadas. Estaba indignada de veras.

No sé qué más dije, aquella mañana, porque estaba tan enfadada que creo fui capaz de decir cualquier cosa. Sea lo que fuere lo que en realidad dije, el caso es que logré ofender a las dos vecinas, porque ninguna de ellas ha vuelto a dirigirme la palabra, ni a invitarme a tomar café en su casa. Lo cual significa que me han puesto en su lista negra. Y me alegro.

Durante los últimos meses, las otras vecinas —las que todavía son amigas mías— me han dicho que aquellas dos van propalando toda clase de embustes acerca de mí. En primer lugar, me llaman «norteña», que es un modo desdeñoso de mencionarme, a su juicio, y después hacen correr rumores de que he perdido todas mis amistades en Bastrop, que me siento tan desgraciada que no hago más que suplicar a mi marido que dimita de su cargo en la fábrica de productos químicos, que nos vayamos de aquí, etcétera.

Quien quiera ver un buen ejemplo de sociedad cerrada que venga a Bastrop. Ignoro si esto es algo típico del Sur, pero puedo asegurarle que más molesto no puede ser.

Corren infinidad de embustes sobre mí en Bastrop. Hay quien dice que tengo un pasado inmoral y que vine aquí para ocultarlo. Una de las historias que corren es que fui la amante de no sé quién mientras iba a la universidad, en Boston. Y es cierto. Estoy orgullosa de ello. He sido la única amante de mi marido, desde que le conocí. Y estoy segura de que las chismosas matronas de este pueblo no pueden alardear de algo parecido. No, no alardearán de eso si es que conocen a sus maridos tan bien como otras los conocen.

Otra historia que he oído viene a decir que tengo sangre negra, y que esto se ve en mi piel oscura y cabello negro rizado. Dicen que intento engañar a la gente y hacerme pasar por blanca. Lo que ignoran cuantos dicen semejantes sandeces es que estoy muy satisfecha de ser lo que soy y como soy, y que no tengo el menor deseo de cambiar. No puedo siquiera imaginar cuál será la próxima historia que inventen, pero tengo la certeza de que estará inspirada por las peores intenciones.

En la actualidad somos pocos los norteños —como ellos nos llaman— que vivimos en Bastrop, pero de vez en cuando dos o tres norteños nos reunimos y hablamos de la maledicencia que sobre nosotros circula por la ciudad. Tomamos unas copas, nos consolamos unos a otros, y de vez en cuando nos lamentamos todos a coro. O nos reímos. Lamentarse o reír son dos actitudes que siempre resultan sedantes. Luego, uno regresa a casa y vuelve a sentirse como un ser humano normal y corriente, y no como un enfermo contagioso e intocable.

Pero este confortante sentimiento no suele durar mucho. Al cabo de pocos días ya vuelve a circular un nuevo embuste humillante. No hace mucho corrió la voz de que yo pretendía «desegregar» la iglesia, y que me proponía inducir a Kathy y a otros negros a organizar una manifestación pacífica en el interior del templo, a entrar en él y sentarse por las buenas, durante el servicio religioso del domingo. Jamás se me había ocurrido hacer tal cosa, pese a que creo firmemente que los negros tienen el derecho de acudir a la iglesia que prefieran, y de asistir a los servicios religiosos de la comunidad a la que pertenecen.

El caso es que el pastor se enteró del bulo y dijo que correspondía a los feligreses decidir si la iglesia debía continuar segregada o si debía «desegregarse». Dijo que en vez de organizar una votación durante el servicio religioso del domingo, prefería

hacer circular una propuesta de integración a fin de que los partidarios de ella la firmaran.

Como forzosamente debía constarle al pastor, era evidente que habría muy poca gente dispuesta a firmar una propuesta de integración de la iglesia o de lo que sea, aquí, en Bastrop. Las presiones sociales y económicas en una ciudad sureña como ésta son realmente avasalladoras. Pero mi esposo y yo firmamos. Los resultados no tardaron en percibirse. Desde luego, la cosa esa de la propuesta no fue más que una trampa. Lo único que algunos ciudadanos pretendían era ver nuestros nombres estampados en la propuesta, y en cuanto los vieron, aquélla dejó de circular entre los feligreses, no fuera que otros la firmaran también. Y la iglesia sigue segregada, como de costumbre.

Desde entonces me han colgado el sambenito de «amante de los negros», agitadora en pro de los derechos civiles, activista comunista, y, cómo no, norteña. Cuando, los domingos por la mañana, mi esposo y yo vamos a la iglesia, somos recibidos con una frialdad glacial. Nuestros mejores amigos nos hablan, y el pastor nos estrecha la mano como si con ello cumpliera un desagradable deber, pero, por el modo en que los demás desvían la vista para fingir que ignoran nuestra presencia, se diría que hemos cometido los más horrendos crímenes, y que no sólo somos intocables, sino también «inmirables».

Supongo que con el tiempo este desagradable comportamiento de las gentes de Bastrop se suavizará un poco, siempre y cuando vivamos aquí unos cuantos años, pero, por el momento, representa un precio muy alto, que nosotros estamos obligados a pagar por el delito de tener arraigadas convicciones, y el valor de expresarlas. Sin embargo, lo que ocurre nos proporciona la compensación de percatarnos de que todavía conservamos la fortaleza de carácter precisa para manifestar nuestras creencias y no someternos a los prejuicios generalmente imperantes.

No hay duda de que, en los presentes días, se cometen actos terribles —incluso asesinatos— contra los negros, en muchos lugares del Sur, pero no creo que exista ningún lugar en el que se tenga un odio tan intenso y tan sutil a los negros, como se tiene aquí, en Bastrop. Realmente es odio, odio y nada más. No cabe expresarlo con otra palabra. Los negros saben que son odiados, y procuran andar con tiento, y no realizar ningún acto que pueda desagradar a los blancos y motivar brutales represalias.

Jamás he visto a un blanco escupir al rostro de un negro, ni tampoco a un automovilista blanco atropellar deliberadamente a un niño negro, pese a que, según he oído decir, tales cosas verdaderamente ocurren, pero sí me constan otras anécdotas demostrativas del profundo y sutil odio que se tiene aquí a los negros.

No hace mucho se inauguró una nueva lavandería automática, con máquinas que funcionaban echándoles una moneda. Era modernísima, perfectamente equipada, con las máquinas automáticas y los secadores más modernos que yo haya visto, y, como es natural, todas las mujeres de Bastrop comenzaron a acudir a ella. Tenía luces

suaves, silloncitos muy cómodos y máquinas vendedoras de caramelos, bombones y bebidas. Las paredes de los lavabos estaban pintadas en agradables colores pastel, con muchos espejos, y, en fin, el establecimiento más parecía un club privado que otra cosa. Tal como cabía esperar, en la entrada había un gran cartel que decía: SÓLO PARA BLANCOS.

El propietario de la lavandería, al ver el éxito de su establecimiento, y, con muy buena vista comercial, enseguida montó otra para el uso exclusivo de los negros. Instaló aparatos exactamente iguales a los de la primera lavandería, lavadoras, secadores, máquinas vendedoras, silloncitos y todo lo demás. La única diferencia estribaba en que no había en la entrada el cartelito prohibitivo.

Las dos lavanderías estaban abiertas día y noche. Cuando la segunda lavandería apenas llevaba una semana abierta, un coche ocupado por varias mujeres blancas acudió a ella, a última hora de la noche. Esperaron a que saliera la última cliente negra, y a que el dueño se fuera a su casa. Entonces, entraron las mujeres blancas, cada una de ellas con un par de sacos de arena, echaron la arena dentro de las máquinas y metieron en las ranuras las correspondientes monedas. Automáticamente, las máquinas se pusieron en marcha. Y al terminar el ciclo previsto, las lavadoras y los secadores estaban ya inservibles, sin posible reparación.

Al día siguiente, el propietario cerró la segunda lavandería, y no la ha vuelto a abrir. Desde luego, la otra lavandería, la de los blancos, sigue abierta.

Y así terminó el asunto. Con este odio y este resentimiento que impregnan la atmósfera de Bastrop, será necesario que pasen muchos años antes de que alguien se atreva a invertir dinero en lavanderías iguales, aunque separadas, para blancos y negros.

Me han dicho que el estilo de vida sureño típico ha dejado de existir, que es cosa del pasado. Pero lo dudo. Después de lo que he visto aquí, y como buena nortea, creo que tendrán que demostrarme la verdad de aquella afirmación. Ahora, las palabras ya no bastan, necesito pruebas.

Los rojos muros, maltratados por el tiempo, de la vieja cárcel de Bogalusa fueron cuidadosamente reparados, cubriendo los desconchados con cemento, y, luego, pintados de un blanco deslumbrante. La señorial apariencia de este edificio, que se alza en la plaza con árboles que constituye el centro cívico de Bogalusa, puede inducir a engaño al forastero recién llegado a la ciudad, quien, de primera intención, quizá crea que la cárcel es una de las viejas mansiones de la Luisiana anterior a la Guerra Civil, con histórico significado, o quizás un moderno motel sabiamente diseñado al estilo neocolonial.

Incluso las rejas de hierro —también pintadas de blanco— de las estrechas ventanas de la cárcel parecen haber sido colocadas allí con la intención de dar al edificio el detalle final que otorgará a su apariencia externa un carácter de autenticidad arquitectónica.

En los actuales años sesenta, el aspecto externo de la cárcel de Bogalusa es muy distinto de lo que era en otros tiempos, pero, en su interior, los sucios muros grises, las jaulas de hierro enmohecido y los bloques de celdas son exactamente como eran en los años veinte.

Y conste que tengo elementos de juicio, porque hace años pasé nueve días y nueve noches en una de estas jaulas. Me metieron allí porque no tenía dinero, ni trabajo, y debía cuatro dólares, por la estancia de cuatro días, al hotel de Bogalusa, situado frente a la cárcel, junto a las vías del ferrocarril.

Y es probable que hubiera pasado noventa días y noventa noches en la cárcel de Bogalusa, y quizá más tiempo aún, si no hubiera sido por la generosa conducta de un detenido, negro como el carbón, de unos cincuenta años de edad, llamado Ramey Salty. Ramey me dijo que el color de su piel era demasiado oscuro para que él tuviera la apariencia de un verdadero *gumbo*, pese a que su cabello era liso y a que lucía un nombre de origen franco-británico, pero que en su interior se sentía como un ser humano igual a cualquier otro.

Cuando le expliqué a Ramey por qué me habían detenido, y le dije que tenía muy pocas probabilidades de que me soltaran, se mostró dispuesto a ayudarme, a riesgo de perder los privilegios de que él disfrutaba en la cárcel. Dijo que, en cierta manera, los policías eran buenas personas, cuando querían, y que no le parecía bien que retuvieran en la cárcel a un muchacho de dieciocho años por deber cuatro dólares, impidiéndole regresar a la universidad y terminar sus estudios.

Ramey Salty había sido condenado, de un modo no oficial y sin formalidades, a permanecer indefinidamente en la cárcel, por el delito de perseverar en la fabricación casera de licor de maíz, en su casa del barrio negro de Bogalusa, después de que la policía le hubiera invitado varias veces a que abandonara aquella industria. El propio

Ramey reconoció que no podía resistir la tentación de fabricar licor para su uso y el de sus amigos, y él mismo sugirió a la policía que le encerraran en la cárcel todos los días desde el anochecer hasta el alba, y de este modo no fabricaría licor.

La única condición que Ramey puso, y que la policía aceptó, fue que le dejaran salir de la cárcel durante las horas del día, para ir a limpiar zapatos en la barbería que había cerca de la estación del ferrocarril. Al cabo de dos años, el trato entre Ramey y la policía seguía en vigor, a plena satisfacción de ambas partes contratantes.

Ramey me dijo que su presente situación le parecía inmejorable, y que alentaba esperanzas de no verse jamás obligado a dejar la cárcel y regresar a su barraca en el barrio negro de la ciudad. Dijo que no tenía mujer que se preocupara y sufriese por su ausencia durante las noches, y que, al vivir en la cárcel, se libraba de tener que pagar alquiler. En la cárcel había agua corriente y un retrete interior; dos veces al día le daban comida consistente en potaje, tocino y pan de maíz. Además, con su oficio de limpiabotas ganaba, en la barbería, el dinero suficiente para comprarse ropa y tabaco, y una botella de *whisky* de marca, siempre que le diera la gana.

Pero, no eran éstos todos los beneficios de que Ramey disfrutaba. Según me dijo confidencialmente, después de hacerme prometer no decir ni media palabra de ello a la policía, tenía una secreta razón para estar tan satisfecho con el trato concertado con la policía. Y la razón estribaba en que él era el único negro de Bogalusa que podía trabajar y vivir en la parte blanca de la ciudad, sin tener que volver al barrio negro al anochecer. Dijo que ambicionaba conservar esta privilegiada situación hasta el momento de su muerte, y llevarse luego el secreto a la tumba, sin que los ciudadanos blancos de Bogalusa llegaran jamás a enterarse de que él había logrado cruzar la frontera racial.

Ramey Salty sufría al verme encerrado en la cárcel. En la primera conversación que tuvimos, me dijo que los negros tienen que procurar acostumbrarse a que los metan en la cárcel sin razón alguna, o por muy poca cosa, pero que, a su juicio, no era justo que la policía encerrara a un muchacho blanco, estafado por su patrono, quien le había dejado varado en una ciudad desconocida, y sin siquiera cuatro dólares para pagar el hotel.

Le había explicado a Ramey que mi patrono no me había pagado lo que me debía, después de haber trabajado yo tres noches en la venta de suscripciones a revistas ilustradas a los trabajadores de los aserradores y fábricas de pulpa de madera de Bogalusa, y que, por eso, debía cuatro dólares al hotel en que estaba alojado. El propietario del hotel cerró mi habitación con llave, mientras yo estaba fuera, se quedó con mi maleta, y luego llamó a la policía y me denunció por planear abandonar el hotel sin pagar mi deuda.

Han pasado más de cuarenta años, desde entonces. Ramey ya no se encuentra en el mundo de los vivos, y todavía me duele no haber tenido ocasión de volverle a ver y expresarle mi agradecimiento por haberme ayudado a lograr la libertad. Una vez, le mandé veinte dólares, junto con una carta que le dirigí a la cárcel de Bogalusa, pero

ignoro si los recibí.

Sin embargo, tengo el consuelo de saber que Ramey Salty nunca perdió la limitada libertad de que gozaba desde el alba hasta el ocaso, y que logró seguir viviendo en la zona blanca de Bogalusa hasta el día de su muerte. Fue enterrado por la policía en el cementerio negro, limítrofe con el Club de Campo de Bogalusa. Su tumba se encuentra a un tiro de piedra de la reja que protege el aristocrático campo de golf, sólo para blancos.

Lo que ocurrió antes de que me viera en las circunstancias que motivaron mi amistad con Ramey fue, sencillamente, que aquel año la primavera llegó antes de lo debido a Carolina del Sur, donde yo me encontraba cursando estudios, por lo que, en la primera semana de abril, sin avisar a mis padres ni decir a dónde iba, hice las maletas y me largué a Nueva Orleans. Allí descubrí enseguida que abrir ostras era un trabajo altamente especializado, que requería previo adiestramiento, que la carga y descarga de mercancías constituía un trabajo apto solamente para hombres con musculatura desarrollada, y que lavar platos en los cafés del barrio francés resultaba monótono, sedentario, y que, en resumen, ni siquiera como oficio temporal merecía la pena.

En un periódico vi un anuncio que ofrecía exactamente el empleo que me convenía. Se ofrecía a tres hombres jóvenes y a dos muchachas, sin que se exigiera experiencia previa, y a ser posible que fueran estudiantes universitarios, sendos puestos en un equipo de vendedores dedicado a una campaña de promoción de la circulación de un importante semanario.

Fui de los primeros solicitantes que aquella mañana acudieron al hotel en que se alojaba el directivo comercial que había puesto el anuncio. Y, poco después, pasaba a formar parte del equipo de cinco vendedores. A medianoche, subimos todos al tren que nos debía llevar a Bogalusa, ciudad dedicada a la industria maderera, junto al Pearl River, en el sudeste de Luisiana. Gratuitamente nos proporcionaron ejemplares de la revista para que la leyéramos durante el viaje. Llegamos a seis de la mañana siguiente, y nos hospedamos en el hotel inmediato a la estación, donde nos dieron habitaciones situadas en el segundo piso.

El jefe del equipo, hombre joven —aparentaba unos veintisiete o veintiocho años —, rubio, que llevaba una maleta demasiado pequeña para aquel viaje que, según nos dijo, duraría cerca de un mes, nos comunicó que la política y la filosofía de la empresa eran contrarias a dar a sus empleados adelantos para pagar la comida y otros gastos personales. Sin embargo, nos prometió que la campaña de promoción de la circulación comenzaría a las siete de la tarde de aquel mismo día, cuando los obreros iniciaran el turno de noche en los aserraderos, y que entonces comenzaríamos a ganar comisiones.

Mientras estaba sentado junto a la ventana de la habitación del hotel, esperando que llegara la noche para poder ganar dinero, y, con él, pagarme la cena, vi que el jefe de equipo y las dos muchachas cruzaban la calle y entraban en el café fronterero, para

desayunarse. Poco después, los tres volvían al hotel y se encerraban en el dormitorio inmediato al mío, en el que se quedaron hasta última hora de la tarde. Poco antes de anochecer, después de pasarse varias horas produciendo ruidos de muelles de somiers, de sillas al caer y de risas, salieron del hotel y fueron a cenar.

Aquella noche, mientras las dos muchachas entretenían al encargado del turno nocturno en su despacho, nosotros recorrimos la fábrica de pulpa de madera, vendiendo suscripciones, de un dólar al año, de aquella revista dedicada a temas de caza y pesca, a diagramas sobre entretenimientos caseros para hombres y a fotografías artísticas de muchachas. El jefe de equipo nos seguía los pasos y cobraba sobre el terreno las suscripciones que nosotros concertábamos. A medianoche, cuando terminamos el trabajo, el jefe de equipo rasgó los boletines de suscripción de los negros, diciendo que la mayoría de ellos no sabían leer y que más les valía no andar mirando fotografías de chicas blancas desnudas. Después, nos dijo que nos pagaría las comisiones —incluso las de las suscripciones de los negros— en cuanto hubiera hecho cuentas, lo cual sería mañana o pasado.

Después de tres noches de campaña de promoción de circulación, y sin habernos pagado las comisiones, el jefe de equipo desapareció, acompañado de las dos muchachas. Los dos restantes vendedores tenían el dinero suficiente para pagar los gastos de hotel y comprar el billete de vuelta a Nueva Orleans. Pero a mí sólo me quedaban cuarenta centavos, en monedas de centavo y de diez centavos.

Llevaba ya dos días y dos noches en la cárcel de Bogalusa, cuando Ramey me comunicó que uno de los carceleros le había dicho que seguramente me acusarían de haber estafado cuatro dólares al hotel, y que me condenarían a tres meses de cárcel. Ramey me dijo que se había ofrecido a pagar de su bolsillo los cuatro dólares, pero que los carceleros le dijeron que no se lo permitirían. Además, le advirtieron que si no abandonaba sus intentos de ayudarme, se exponía a crearse graves problemas, e incluso a perder el privilegio de dormir en la cárcel.

Al atardecer del tercer día, cuando Ramey regresó de la barbería, se detuvo ante mi celda y me dio un bocadillo de jamón y queso que había logrado pasar de contrabando, escondido dentro de la camisa. Cuando le vi sacar el bocadillo, recordé aquel día en que llevé chuletas de cerdo a Roy, allí, en el recinto de los presos encadenados.

Ramey contempló, con una complacida sonrisa en su rostro oscuro y arrugado, cómo me comía el bocadillo, y me dijo que éste era, entre todo lo que se podía entrar en la cárcel sin que los guardias lo vieran, lo que más se parecía a la comida casera. Durante los últimos tres días, apenas probé la comida de la cárcel, consistente en potaje, tocino y pan de maíz, que daban dos veces al día a todos los presos —negros y blancos— en una lata.

Cuando le hube dado las gracias por el bocadillo, Ramey se fue a su celda y se sentó en el camastro. Ramey se encontraba demasiado lejos de mí para que yo pudiera ver lo que hacía. Pero de pronto vi que salía de la celda, cuya puerta los

carceleros nunca se tomaban la molestia de cerrar, y venía hacia la mía. Con la mano se oprimía la camisa, para sostener algo que llevaba escondido dentro. Cuando llegó junto a las rejas, me dio una hoja de papel, un sobre y un lápiz ya casi totalmente gastado. Vi que algunos de los demás presos nos miraban a través de las rejas de sus celdas, pero no dijeron nada.

En voz baja, para que no le oyera el carcelero que se encontraba en el cuarto al principio del pasillo, y no entrara en sospechas, Ramey me dijo lo que pretendían. Dijo que sabía que yo tenía padres o parientes, que se encontraban en algún lugar que no era Bogalusa, y que estaba seguro de que pasaría tres meses en la cárcel, o quizá más, si no escribía a alguien para que intercediera por mí. Me dijo que de nada serviría entregar la carta a los carceleros para que la echaran al correo, porque a él le constaba que abrían las cartas de los demás detenidos, y que, después de leerlas, las echaban a la papelera.

Las luces de las celdas habían sido apagadas, por lo que hasta la mañana siguiente no habría luz y no podría escribir la carta. Y, entonces, Ramey habría salido ya de la cárcel para ir a su trabajo, y, por tanto, no podría echar la carta, por lo que me dijo que, tan pronto hubiera luz, la escribiera, y, luego, que me subiera al camastro y mirase a través de la ventana, y entonces vería a un niño negro jugando en la parte trasera del edificio.

Ramey dijo que avisara con un silbido al niño y le echara la carta a través de las rejas. Dijo que el niño llevaría la carta a la barbería, y que él se encargaría de lo demás.

Pregunté a Ramey por qué se tomaba tantas molestias para ayudarme, y, en cambio, no hacía nada para favorecer a los restantes diez o doce presos. Dijo que los demás debían seguir en la cárcel porque habían sido encerrados por robar, o darle una puñalada a alguien, o por actos igualmente detestables, y que yo me encontraba allí sólo porque no tenía cuatro dólares con que pagar una deuda. Entonces le hablé de algunos de los negros a quienes había tratado —de Bisco en Georgia, de Sonny en Tennessee, y de Troy en Mississippi—, y Ramey dijo que él creía en la amistad entre los individuos de las distintas razas, y que deseaba que las relaciones de este tipo abundaran más.

Entonces, me preguntó si había visto a Bisco recientemente. Tras decirle que no había visto a Bisco desde que quise pasar la noche en su casa, le confesé que ignoraba si Bisco todavía se encontraba en la región media de Georgia o si había ido a otra parte, pero que tenía esperanzas de encontrarle algún día, donde fuera que estuviese. Ramey dijo que jamás olvidaría el nombre de mi amigo, pero que esperaba no ver a Bisco en la cárcel de Bogalusa.

Cuando Ramey regresó a la cárcel al atardecer, como solía, me dijo que la carta que yo había tirado por entre las rejas aquella mañana, ya había sido echada al correo, tras ponerle los correspondientes sellos, y que tenía la seguridad de que dentro de pocos días tendríamos buenas noticias. Al cabo de un rato, reconoció que, al

principio, la operación por él planeada no se había desarrollado tal como estaba prevista, pero que luego todas las dificultades desaparecieron y la aventura había llegado a buen fin. Al parecer, el muchacho que recogió mi carta no era aquel a quien Ramey había encargado esta misión. Sin embargo, Ramey pudo recuperar la carta y echarla al correo.

Por la tarde, cinco días después de que Ramey echara la carta, uno de los carceleros abrió la puerta de mi celda y me dijo que estaba en libertad y podía irme. Yo había dirigido la carta a mi padre, en Georgia, y esperaba verlo allí, pero, en su lugar, me encontré con el secretario de la YMCA de Bogalusa, quien se presentó y dijo que mi padre había enviado una orden de pago por telégrafo, para que fuese satisfecha la factura del hotel y adquiriese el billete de ferrocarril a fin de trasladarme a Atlanta.

Cuando llegué a la YMCA, me duché, me cambié las ropas —el secretario había pagado la factura del hotel y recuperado mi maleta— y, por primera vez en nueve días, cené algo que no era potaje, tocino y pan de maíz.

Mientras me dirigía, acompañado del secretario de la YMCA, a la estación para tomar el tren de Birmingham, en donde tomaría el de Atlanta, le dije que quería detenerme un instante en la barbería, porque no quería partir de Bogalusa sin agradecer a Ramey Salty cuanto por mí había hecho. Antes, mientras cenaba en la YMCA, había contado al secretario que fue Ramey quien me aconsejó que escribiera la carta, y quien, luego, la echó al correo.

El secretario sacudió negativamente la cabeza, con mucho énfasis, y me dijo que más valdría que saliera de la ciudad sin ver a Ramey. Me explicó que la policía intentaba descubrir quién había sacado mi carta de la cárcel y que sospechaba que Ramey se encargó de echarla al correo. Dijo que Bogalusa era un pueblo pequeño y que, si me veían hablar con Ramey en la barbería, la policía se enteraría, y, entonces, privarían a Ramey de los privilegios de que gozaba. Me constaba que si esto último ocurría, Ramey tendría que salir de la cárcel y regresar al barrio negro.

Salí de Bogalusa sin haber vuelto a hablar con Ramey Salty. Sabedor de lo mucho que para Ramey significaba vivir en la parte blanca de la ciudad, tuve la certeza de que al irme sin verle hice a Ramey un favor que él me agradeció más que cualquier otro que hubiera podido prestarle.

En nuestro siglo, pocas son las realidades cuya solidez e inmutabilidad les permite no sufrir variación alguna en el transcurso de cincuenta años. Pero, como si pretendiera demostrar que todavía existen algunas, el paisaje que rodea el lugar en que se alzaba la casa de mis padres, en días pasados, allí, en el condado de Coweta, en la zona media de Georgia, conserva sus principales características, pese al transcurso de cincuenta años.

Las colinas de roja arcilla parecen más erosionadas por la acción del viento y las aguas. La irregular línea de los pinos recortados contra el horizonte es un poco más alta. Las erectas formas de las medio derruidas chimeneas de ladrillo se han convertido en melancólicos monumentos, que recuerdan la existencia de hogares abandonados y derruidos por el tiempo o la piqueta. La maleza se apoderó aprisa de los abandonados campos de algodón, y las lápidas de granito del cementerio han tomado el oscuro color gris del tiempo y del olvido.

Sin embargo, ahora, igual que antes, ajenos al paso del tiempo, los riachuelos avanzan sinuosos a lo largo de sus cauces centenarios, la arcilla junto a ellos todavía tiene un vivo color rojo, las matas de sasafrás crecen pletóricas de vida en los ribazos, los cuervos graznan lúgubrementemente en los campos de maíz, y, como siempre, las tortuosas carreteras sin asfaltar conducen inevitablemente a la aislada soledad de los campos del interior.

Tiempo hubo, y no es preciso remontarnos mucho en el curso de la Historia, en que ésta era tierra de indios, la tierra de caza de los cheroquis, los chocktaws y los creeks. Luego, durante más de un siglo, fue la patria de los grandes terratenientes, de los aparceros, de los pobres *buckras*, y, al mismo tiempo, el lugar en que vivían los mulatos, los cuarterones y los ochavones descendientes de los negros *geechees* que, tras ser liberados de la esclavitud, emigraron desde las plantaciones de las tierras bajas a la zona media de Georgia.

La tierra situada entre el rocoso límite del Piedmont, al norte, y el fértil suelo del sur, ha rendido durante generaciones lo suficiente para que sus habitantes sobrevivieran, pero no lo bastante para enriquecerlos. Es propio de esta tierra intermedia hacer en primavera generosas promesas al necesitado, que luego, cuando llega el otoño, no cumple. Pese a ello, nunca han faltado las gentes animosas que se han mantenido fieles a esta región, con la esperanza de que el año venidero sería más fructífero.

La casa de troncos en que Bisco nació había desaparecido, sin que quedara siquiera el rastro de los ladrillos de la chimenea. Con los restos de la casa se había cegado el pozo, y las bayas habían desaparecido. En los últimos veinte años, la propiedad de la tierra había pasado varias veces de unas manos a otras. Y muy poca

gente quedaba que pudiera haber conocido, o acordarse, de alguien, blanco o negro, que hubiese vivido allí, cincuenta años atrás. Algunos antiguos propietarios y comerciantes se habían trasladado a ciudades cercanas, o a los vecinos condados, y otros estaban ya enterrados bajo los olmos, en el cementerio de la encrucijada, reservado a los blancos.

Asimismo, también fueron muchos los negros que abandonaron el condado de Coweta, en los años veinte, para ir a trabajar a Chicago, Detroit y Filadelfia, y allí se quedaron. Después, otros fueron a Atlanta y a Washington para cursar estudios, o en busca de trabajo, y jamás regresaron.

Así pues, al principio, no pude encontrar a nadie que recordara el nombre de Bisco, ni siquiera el de Nabisco, Frisco o Brisco, pese a que en las vecinas granjas había negros que contaban entre los sesenta y los ochenta años, y que siempre habían vivido en el lugar.

Sola, en una cabaña de una estancia, al término de un largo sendero que cruzaba el campo de algodón, vivía una negra de más de setenta años, con el rostro surcado de profundas arrugas y el cabello blanco. Tenía la piel del claro color de los mulatos *geechees*, y, tras haber dedicado su vida a recoger algodón y lavar ropa, estaba rígidamente encorvada. Dijo que había vivido siempre en aquellos contornos y que creía conocer a cuantos allí se habían criado, en tres o cuatro millas a la redonda.

Si supiera su apellido o el nombre de su padre, dijo, quizá podría recordar cómo era, y, entonces, seguramente sabría si vive todavía o si está por aquí. Todos los negros que conozco van a la Iglesia Africana de China Grove, al menos van cuando se les ha pedido muchas veces que vayan. Y cuando tienen un mal sueño enviado por el diablo, y también van para salvar su alma.

Si una va siempre a la iglesia, como hago yo, es difícil no conocer a los vecinos. Casi toda la vida he sido celadora de la parroquia, así es que recuerdo a todos los vecinos, y sé muy bien sus nombres y la cara que tienen, y las promesas que han hecho de dar limosnas al predicador. Una buena celadora tiene que ayudar a los predicadores a salvar a los pecadores y a los descarriados, y obligarlos a que se rasquen el bolsillo para que el predicador pueda vivir.

No me parece bien quedarse así, sin hacer nada, mientras el predicador se encuentra sin un centavo y tiene que ir al campo todos los días, menos el domingo, y trabajar bajo el sol, en la cosecha de algodón y de maíz, igual que si fuera un cualquiera.

Y tampoco me parece decente que un predicador tenga que dedicarse a cuidar cerdos y gallinas para poder vivir. Pero, según parece, todos tienen que dedicarse un poco a estas cosas. No hay ninguno que con las colectas, tan sólo, pueda vivir. Quizás en otros lugares no ocurra así, pero aquí sí.

Lo que quería decir es que me acordaría de esta persona de la que me ha hablado, si ahora cerrara los ojos, y, entonces viera así dentro de la cabeza, la cara que ponía cuando estaba sentada en la iglesia, o cuando cantaba de pie. Si me acordara de esto,

seguro que lo recordaría, porque esta persona de la que me ha hablado seguramente fue una de las muchas que he tenido que seguir hasta su casa al salir de la iglesia, para convencerla de que debía dar dinero a la iglesia, para que el predicador y su familia pudieran vivir.

Cuando la gente no da al predicador lo suficiente para vivir sin tener que trabajar, apenas se descuida una el predicador hace los petates y se va a otra parte, lejos, para ver de empezar de nuevo y procurar que le den el dinero que se merece por rezar y predicar. Aquí, en la Iglesia Africana de China Grove, ha habido predicadores que sólo se han quedado dos o tres meses, y, luego, por la razón que ya le he dicho, han cogido sus cosas y se han ido a otra parte. Y, verdaderamente, no puedo reprochárselo.

Siempre he hecho cuanto me ha sido posible para recolectar dinero para los predicadores. Pero, ahora, los jóvenes de estos contornos tienen la costumbre de decir que no les sobra dinero para darlo al predicador. No, no es una mala mentira pecaminosa. Cuando dicen que no les sobra dinero, dicen la verdad.

Lo sé muy bien. Se gastan todo el dinero que ganan, porque siempre tienen que pagar una cosa u otra. Ahora, cuando alguien gana un poco de dinero, lo gasta enseguida. Si les queda algún dinero después de pagar las deudas y los plazos de las tiendas, se lo gastan en gasolina para el automóvil viejo que todos tienen, y por la carretera se van a Luthersville o arriba, a Newman, para divertirse y hacer visitas.

Bueno, la verdad es que no puedo recordar a nadie que se llame Bisco ni nada parecido. Pero estoy segurísima de que no era un predicador. Nunca hemos tenido un predicador que se llamara así.

Junto a la misma estrecha carretera de tierra, una milla más allá, sentado en un banco arrimado a la soleada pared de la cabaña de dos habitaciones, había un negro de unos setenta años, por lo menos, con piel del color del tabaco y cabello cano. Vestía un viejo jersey grisáceo y un remendado mono de trabajo, calzaba zapatos cubiertos de barro y se tocaba con un deformado sombrero de fieltro. En la parte trasera de la casa, su mujer sacaba ropas, recién lavadas, de un caldero de hierro, y las colgaba en la valla que rodeaba el huerto. Se abrigaba con un chal de colores, y el fresco aire de primavera estremecía de frío su cuerpo. También era vieja, y con piel de claro color castaño.

Alrededor de la casa pardusca se extendían varios acres de tierra de algodón, explotada en régimen de aparcería. Los requemados tallos de las plantas del año anterior destacaban todavía en la lisura del campo, como un anuncio de que aquella tierra tampoco daría buena cosecha en el presente año.

Me parece como si me acordara un poco de este hombre de quien me habla, dijo el viejo negro. No puedo recordar cómo se llamaba, además de Bisco o Nabisco o algo parecido, pero yo vivía allí, cerca del lugar en que usted me ha dicho que este hombre vivió. También veía a menudo a su papá, pero su papá murió hace ya tiempo. Después de la muerte del padre, la casa se pudrió, sí, se pudrió, y se derrumbó y,

entonces, el blanco quitó los restos con el tractor, para tener más tierra de pastos. Después de eso, no sé a dónde se fue su mamá. Me figuro que se iría a la ciudad.

De todos modos, el caso es que el blanco propietario de aquellas tierras quitó los restos de la casa y luego sembró la tierra allí donde antes estaba la casa, para tener más hierba para sus vacas. Esto ocurrió mientras había guerra, una guerra importante. El chico fue a la guerra, y estuvo fuera, no sé dónde, mucho tiempo. Al volver, se puso a trabajar de jornalero en el aserradero que hay ahí cerca. Y entonces, me parece que se metió en un lío por hablar demasiado y se fue por una temporada.

No, no recuerdo exactamente en qué lío se metió el chico, lo más seguro es que replicara a un blanco cuando no debía. De todos modos, como le decía, el caso es que se fue al Norte, no sé dónde, y, según me dijeron, se quedó allí hasta que supo que su mamá había muerto. Cuando llegó, su mamá ya había sido devuelta aquí, desde la ciudad donde vivía, y enterrada en el cementerio de China Grove, pero entonces el chico compró una lápida y la puso sobre la tumba de su mamá.

Sé exactamente en qué parte del cementerio está esa tumba y si pudiera ir allá se la enseñaría. Pero mis piernas ya no son lo que eran en otros tiempos. No. Ahora sufro mucho cuando aro el campo, y apenas puedo seguir el arado, y tengo que sentarme y descansar un buen rato, muy a menudo, porque es que no puedo. No, no puedo seguir ya el arado.

Todavía no recuerdo en qué clase de lío se metió aquel muchacho. Me consta que fue por hablar, y nada más. No robó nada, ni pinchó a nadie, ni se pegó con nadie. No, no hubo tiros ni puñaladas, como los blancos dicen que hay cuando quieren crearles problemas a los negros. Y también estoy seguro de que no fue nada así como molestar a una mujer blanca, o algo de eso. Todo fue por hablar demasiado, cuando no debía. Por contestar a un blanco. Cuando un negro se encuentra en un lío, casi siempre se debe a esto.

De todos modos, como le decía, ahora me parece que voy acordándome. A medida que pienso, voy acordándome. Era algo referente al salario. El chico dijo que le habían pagado menos de lo que debían. Eso, eso fue. Protestó porque después de haber trabajado en el aserradero durante toda la jornada del sábado, en horas extraordinarias, sólo le pagaron la mitad de la jornada y por horas ordinarias. No sé qué dice la ley, al respecto. De todos modos, como le decía, el caso es que el blanco le dijo que no iba a pagarle ni un centavo más y que mejor haría en callarse, o de lo contrario más le valdría irse de estas tierras a toda prisa. Entonces Bisco era un hombre alto y fuerte, pero tuvo la prudencia de marcharse sin replicar al blanco y sin pelearse con él. Y, entonces, se fue al Norte, no sé a dónde. Luego, tal como le he dicho, se enteró de que su mamá había muerto, regresó y puso una lápida en la tumba del cementerio de China Grove. Bisco se portó muy bien con su mamá, primero mientras estaba viva, y luego, cuando estaba muerta. Así era Bisco.

Cuanto más pienso en eso, de más cosas me acuerdo. Después de la muerte de su madre, Bisco se quedó a vivir en el condado de Coweta, se dedicó a aparcerero, se casó

y tuvo hijos. Se casó con una muchacha muy joven. La chica quizá no tenía más de catorce o quince años cuando se casó. Muy joven y muy linda. Sí, señor, muy linda. No era una chica negra, negra de veras. Tenía la piel mucho más clara que algunos blancos. Bisco tampoco era negro. Bisco era un moreno un poco más claro que yo todavía.

De todos modos, como le decía, unos blancos que llegaron de no sé dónde y que compraron tierras aquí, comenzaron a decir que la mujer de Bisco tenía la piel demasiado blanca para ser *geechee*, y que, en realidad, Bisco se había casado con una mujer blanca del Norte y que pretendía hacerla pasar por negra para poder vivir con ella. Francamente, no sé si era verdad o no, pero eso es algo que jamás me importó. Aquellos blancos dijeron que no iban a tolerar que un negro viviera con una blanca, y se acostara con ella, y, entonces, dijeron a Bisco que se desembarazara de su mujer o que se largara de aquí. Yo creo que nadie, blanco o negro, quiere dejar a una esposa, si es que está contento con ella. De todos modos, como le decía, Bisco dijo que no iba a dejar a su mujer y que tampoco pensaba irse.

Algunos blancos buenos se pusieron de parte de Bisco, y dijeron que no estaba bien obligarlo a dejar a su esposa. Pero los otros blancos, los que iban contra Bisco, eran los ricos, los que habían comprado hacía poco muchas tierras, y dijeron a los pobres *buckras* que le visitarían de noche.

Nunca pensé que ninguno de los blancos que han vivido siempre aquí fuese capaz de portarse de una manera tan cruel con las gentes de nuestra raza, pero sí fueron capaces. Y los visitantes de la noche fueron una noche a casa de Bisco y le dijeron que al alba tenía que irse del condado de Coweta y no regresar jamás.

Todos sabemos lo que hacen algunos blancos cuando se enfadan con los negros, y cuando dicen palabras como las que dijeron a Bisco. Los visitantes de la noche hacen desaparecer a los negros, y nunca más se sabe de ellos, a no ser que algún día, por casualidad, uno encuentre sus despojos flotando en el pantano. Bisco hizo lo que le mandaron los visitantes de la noche. Mucho antes de que amaneciera, Bisco reunió todas sus cosas y las metió en su automóvil. Y, luego, con su mujer y sus hijos, se fue en el automóvil, fuera del condado, no sé a dónde.

Y que yo sepa, no ha vuelto, desde entonces. Según me han dicho, se fue a Alabama o a Mississippi, y quizá se fue todavía lejos, mucho más lejos. No, nunca le afearé que se fuera y que se fuera lo más lejos posible de aquí. Cuando los visitantes de la noche rondan la casa de un negro, y están en contra de él por algo que tiene que ver con el color de su piel, el negro no tiene modo de defenderse, no puede hacer nada, salvo irse. Porque, si no lo matan a palos de buenas a primeras, quizá los visitantes de la noche hagan algo peor, y le abran la boca y le echen cemento puro por la garganta, y luego le aten unos hierros al cuerpo, se lo lleven al pantano y lo tiren al agua. De veras, me alegré mucho de que Bisco saliera con vida, después de que fueran a su casa los visitantes de la noche.

Aquí, algunos han dicho que han recibido cartas, por el correo, de la esposa de

Bisco, y dicen que la esposa de Bisco les dice que son muy felices allí, en el sitio en que están. No sé, no puedo acordarme, no sé si es Alabama o Mississippi o algún otro sitio. Pero siempre que estas noticias llegan a mis oídos, me alegro. Sí, señor, me alegro mucho, porque todos sabemos lo que habrían hecho los visitantes de la noche si Bisco se hubiera quedado aquí, y si no hubiera dejado a su mujer, tal como le ordenaron los blancos propietarios de las tierras.

De todos modos, como le decía, el caso es que no me gusta nada tener que vivir aquí, con tantos blancos en los alrededores, y tantos visitantes de la noche, y tantos negros que todavía no se han ido de estas tierras. En los últimos tiempos, los visitantes de la noche no han molestado a nadie, pero eso no quiere decir que no lo hagan mañana o pasado, si es que les viene la idea. De todos modos, tal como le decía, siempre que hay un blanco cerca de mí, procuro tener la boca bien cerrada. Ya soy demasiado viejo para recoger mis cosas e irme, como hizo Bisco. Ni siquiera sabría a dónde ir.

Hay carreteras que conducen fuera de los confines del Profundo Sur, también las hay que trazan círculos sin salida, otras terminan al borde de siniestros pantanos, y unas pocas llevan a Nueva Orleáns.

Quien siga una de estas carreteras y llegue a Nueva Orleáns, después de pasar una temporada en el campo o en otras ciudades del Sur, quizá reciba la impresión de que Nueva Orleáns conserva un poco de cuanto fue el Viejo Sur en tiempos pasados, y tenga también un poco de lo que es ahora el Nuevo Sur. Pero ante todo, el viajero advertirá que Nueva Orleáns goza del privilegio de ser una ciudad con características únicas, entre todas las ciudades del Sur.

Tras esta primera impresión, el viajero podrá constatar que la distinción única de Nueva Orleáns es indiscutible, perenne e inolvidable. El húmedo clima de la ciudad y la profundidad de las aguas de su puerto pueden encontrarse en otras ciudades del mundo. La combinación de modernos edificios y viejas casas que se advierte en Nueva Orleáns puede verse también en otras ciudades norteamericanas. Pero en ningún lugar del Profundo Sur, ni de los Estados Unidos, se da una mezcla que pueda compararse a la del pueblo de Nueva Orleáns, cuyos orígenes son franceses, españoles, italianos, alemanes, ingleses, escoceses, irlandeses, escandinavos, mejicanos, cubanos, africanos, indios, cajún, *creole* y *gumbo*.

Esta única mezcolanza de casi un millón de individuos de todo el mundo ha dado nacimiento a un tipo humano que en ningún lugar podrá encontrarse, excepto en la imaginación de un antropólogo.

A consecuencia del cruce y asimilación de razas durante varias generaciones, Nueva Orleáns es el único lugar de la Tierra de Bisco en el que los conflictos sociales antes pueden ser solventados mediante la comprensión y la inteligencia que con los sufrimientos de la fuerza física y la violencia. Nueva Orleáns también ha padecido disturbios raciales en el pasado y, como cualquier otra ciudad americana de los raciales años sesenta, probablemente volverá a padecerlos en el futuro. Sin embargo, debido a la comprensión y refinamiento de su pueblo, probablemente se conseguirá una solución satisfactoria de los problemas sociales y de derechos civiles, más rápida y fácilmente que en cualquier otra parte de Norteamérica.

La progresiva mezcla de la heterogénea población de la ciudad, llevada a cabo durante más de dos siglos, es la razón que explica el evidente contraste entre el espíritu tolerante y cosmopolita de Nueva Orleáns y los innumerables focos de conflictos raciales y de honda discordancia que se encuentran en la zona que comienza en los mismos límites de la ciudad y que se extiende desde Luisiana hasta Carolina del Sur.

Rebasados los límites del municipio de Nueva Orleáns, en esta zona antedicha,

los negros viven dominados por el miedo y la agresividad y, más importante todavía, por las sospechas y la cautelosa desconfianza hacia el hombre blanco y los motivos que inspiran su comportamiento. En cualquier parte de la Tierra de Bisco, los negros tienen muy buenas razones para desconfiar de los blancos, tal como los propios negros saben merced a las enseñanzas de la experiencia durante largos años, y tal como los padres han enseñado a sus hijos, generación tras generación. El miedo ha sido engendrado por las amenazas y la intimidación, por las torturas y los asesinatos. Y la desconfianza es la lógica defensa contra los malos tratos.

Los negros de la vieja generación viven inhibidos por el miedo, y su único refugio es la desconfianza. Entre los negros de la joven generación, la agresividad reviste las formas de activas protestas, manifestaciones y, en los casos extremos, de la venganza a puñetazos, trancazos y pedradas.

Sea cual fuese la forma de la agresividad, ésta representa un paso revolucionario que cruza las fronteras del miedo y de la desconfianza. Los que actúan agresivamente son los negros de esta nueva época de los raciales años sesenta, a quienes la educación recibida ha liberado del miedo, y les ha hecho vislumbrar un horizonte de igualdad racial, lo cual no ocurrió en el caso de sus padres y abuelos.

En el pasado, algunos románticos —y también ciertos teóricos— creyeron que la pobreza y los sufrimientos constituían un vínculo que unía a los blancos menesterosos con los negros. Pero este vínculo jamás existió en el Sur, y en la actualidad tampoco puede apreciarse, si nos limitamos a observar los hechos reales. Lo que sí ocurría era que, en caso de producirse disensiones entre los dos grupos menesterosos —blancos y negros—, los terratenientes y los políticos daban a los blancos un trato de favor, en perjuicio de los negros. Ello equivalía a un soborno tradicionalmente pagado al blanco pobre, a fin de que contribuyera a mantener a los negros bajo servidumbre política y económica. En consecuencia, los negros se vieron obligados inevitablemente a mirar con recelo a todos los blancos.

En estas circunstancias, la diferencia entre ser blanco y pobre o ser negro y pobre radica en que el primero ha tenido y tiene libertad de movimientos y oportunidades, mientras que el segundo ha quedado prisionero de la discriminación y la injusticia. Incluso cuando la legislación de derechos civiles y la consecuente actividad para imponer su cumplimiento sean ya viejas realidades, esta división racial existente en la Tierra de Bisco seguirá siendo tan evidente como las líneas divisorias que separan los barrios comerciales de los barrios residenciales, en todas las ciudades de los Estados Unidos.

Por esta razón, la pobreza en la Tierra de Bisco no comenzó simplemente debido a que había individuos a quienes faltaba el dinero necesario para comprar alimentos y ropas para su familia. La pobreza comenzó cuando la dignidad humana de los negros norteamericanos quedó disminuida, al denegársele los derechos anejos a su ciudadanía. En el campo o en la ciudad, el ser humano, cualquiera que sea su raza, puede soportar el hambre y la miseria física, con tal de que se le proporcione una

mínima ayuda, pero no reconocer la libertad y la igualdad de los negros, mientras tales derechos se garantizaban a otros ciudadanos de piel blanca, tuvo unas consecuencias psicológicas mucho más trágicas que las causadas por la pobreza material.

La inevitable reacción humana que esta injusticia provocó fue la causa de la rebelión ocurrida en los raciales años sesenta.

En el desarrollo de la rebelión negra, ni una sola población del Profundo Sur tendrá el privilegio de quedar exenta de las manifestaciones de la violencia, en la lucha entre la igualdad y la superioridad. En un bando, se encuentran los hombres obstinados, orgullosos y satisfechos del odio racial que les anima, y que jamás abandonarán sin luchar los prejuicios defendidos durante toda su vida, para aceptar la igualdad de los negros. En el otro bando, están los negros a quienes ya no se puede denegar los derechos que les corresponden, como tampoco se puede demorar el cumplimiento de las muchas promesas que para un futuro lejano les han sido hechas. En años venideros, cuando sea enterrado el último superviviente de las viejas tradiciones del Sur, y con él desaparezcan los últimos prejuicios, el enfrentamiento entre negros y blancos dejará de existir, y, caso de que reviva, no será tolerado.

Sin embargo, corren los años sesenta, y las jóvenes generaciones de blancos y negros de Nueva Orleans no están dispuestas a esperar el futuro, sino que procuran llegar al cese de las hostilidades y a un acuerdo, a fin de evitar que se produzcan los hechos conducentes al estallido de la violencia. Si estos intentos se logran, Nueva Orleans tendrá otra característica sin par de la que enorgullecerse.

Para realzar el contraste que ofrece el avanzado espíritu de Nueva Orleans y la fusión racial de su población —y también para recordar las arraigadas tradiciones de las tierras que rodean a la ciudad— será conveniente dirigir nuestra vista al pasado, y traer a la memoria los días del viejo negrito que, tras ser ferozmente humillado, fingía obedecer alegremente las órdenes de su amo.

En las plantaciones del Profundo Sur, hace apenas una generación, este negrito solía ser un viejo *gullah*, *geechee*, *guinea* o *gumbo*, de cabello blanco y espalda encorvada, vestido con harapos, a quien desde su infancia se había enseñado, con el látigo y el hambre, a vivir dominado por el constante temor de hacer o decir algo que pudiera disgustar a cualquier individuo de la raza blanca. Y si este negrito se portaba como un buen muchacho, se le recompensaba llamándole «tío».

Debido a su avanzada edad y a su deficiente salud, este negrito ya no podía trabajar en el campo. Sin embargo, por considerársele senil, y, en consecuencia, tan poco peligroso como un eunuco cuando se encontraba en la proximidad de mujeres blancas, se le permitía realizar trabajos caseros y actuar de bufón de la familia. Esta era la última recompensa, por haber trabajado toda su vida en los campos.

Los largos años de experiencia le habían enseñado a comportarse como de él se esperaba. Con el sombrero en la mano, en postura de abyecta humildad, escuchaba las órdenes que se le daban. Luego, retrocedía varios pasos, hasta llegar a respetuosa

distancia del amo blanco, y sólo entonces se atrevía a darle la espalda para ir a cumplir el mandato. Se levantaba al alba, iba al patio trasero de la mansión del amo y esperaba pacientemente a que le dieran la primera orden del día. Su jornada terminaba cuando veía apagarse la última luz de la gran casa, a medianoche, o más tarde. Le pagaban con las sobras de la cocina, permitiéndole dormir en el granero, y con ropas viejas.

Además de sus múltiples deberes diarios, tales como ensillar los caballos, barrer las hojas caídas en el jardín, partir leña, pelar pollos, baldear el patio y limpiar los retretes, el viejo mozo y bufón tenía que obedecer caprichosas órdenes que lo obligaban a hacer el payaso, los domingos y fiestas de guardar, por la tarde, para divertir a su amo y sus invitados.

En ocasiones, el tío Ned —o el tío Peter o el tío Jack— tenía que subirse a un árbol, en el jardín delantero, y quedarse sentado sobre una rama hasta que por el cielo pasara un buharro. A veces se le ordenaba que corriera en círculo alrededor de un árbol y ladrase igual que un galgo que hubiera visto a una zarigüeya refugiada en la copa. Se le ordenaba que se pusiera de rodillas e hiciera en voz alta rogativas para que lloviera en los campos de maíz del condado, sin que cayera ni una sola gota en los de algodón. O que se inventara la letra de una canción, y la cantara con todas sus fuerzas, referente a una muchacha mulata clara que ruega a un hombre blanco que la persiga en el bosque. Muchas de estas canciones y rezos improvisados, de melancólico ritmo, han sido conservados hasta nuestros días y forman parte del folklore sureño.

Algunos domingos por la tarde —siempre después de que el pastor, su esposa e hijos hubieran terminado el almuerzo, y se hubieran ido a su casa—, los hombres dejaban a las mujeres en el jardín o en la sala y se iban al granero.

Ir al granero era un acontecimiento, para los hombres del Sur. Y, por lo general, se anunciaba discretamente, mediante una insinuación, algunos días antes. Allí, los hombres bebían *bourbon* amarrándose al cuello de la botella y contemplaban la exhibición que, en obediencia a sus órdenes, había organizado el viejo negro. En estas ocasiones, la tarea del viejo negro consistía en llevar al granero, a punta de escopeta si preciso fuera, a una muchacha y un chico negros, para que se desnudaran y ejecutaran los actos sexuales que los blancos les ordenaban. Después, los blancos viejos volvían al interior de la casa, y los jóvenes se quedaban en el granero, para montar, por riguroso turno, a la muchacha negra. En estas ocasiones, los blancos cruzaban sin ningún escrúpulo las fronteras del color. E incluso, en remotas plantaciones, actos como el relatado era como un rito consuetudinario para celebrar la llegada del hombre del Sur a la virilidad.

En los presentes años sesenta, probablemente en ningún lugar de la Tierra de Bisco se practica la costumbre de ir al granero, observada en las plantaciones del Viejo Sur. Si alguna descripción queda de esta antigua costumbre, seguramente es la contenida en una moderna canción satírica popular, compuesta por un grupo de

compositores, letristas, cantantes y músicos, que se titula «Feliz integración a todos», y que recuerda la melodía de «El Señor está en el frío, frío suelo». Si la interpretación de esta canción tiene lugar en Nueva Orleans, no podremos dejar de percibir en ella ciertas reminiscencias del *jazz* y los *blues* clásicos, tradicionales, negros.

La búsqueda de Bisco ha terminado al ritmo de los *blues* y el *jazz* de Nueva Orleans. En las estrechas calles, detrás del malecón, no se oyen lamentos funerarios, y esto debemos interpretarlo como un buen augurio de que todavía podemos encontrar a Bisco.

La tempestuosa música parece decirnos que Bisco se encuentra aún en su tierra natal —en algún lugar de la Tierra de Bisco—, con los recuerdos de toda una vida, hecha de las penas y las alegrías del negro norteamericano.



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.